

EL RAYO MISTERIOSO

por **MAXWELL GRANT**



*Colección
Hombres*
'AUDACES'
3
PTAS



El rayo misterioso

Maxwell Grant

La Sombra/38

CAPÍTULO I

CARDONA ENTRA DE SERVICIO

EL espacioso vestíbulo del hotel Olimpia, presentaba una escena interesante al hombre que la observaba desde un sillón situado en un rincón.

Había escogido un lugar poco conspicuo. Además, había conseguido pasar casi sin ser notado. El cuello de su gabán oscuro le tapaba el mentón firme y cuadrado. Las páginas extendidas de un periódico contribuían a ocultar su rostro moreno.

Sentado en el sillón, vigilando desde un lugar oscuro, usando un tipo de sombrero que rara vez utilizaba, el famoso detective José Cardona evitaba que le reconociesen y al mismo tiempo tomaba medidas eficaces para observar las facciones de cualquier persona conocida. El as de los sabuesos de Nueva York actuaba a la altura de su renombrada fama.

Los ojos vigilantes de Cardona, se posaron en un grupo de hombres que entraron por unas puertas giratorias. La rápida mirada del detective se clavó sobre un individuo, un hombre corpulento, vestido con un lujoso abrigo de astracán.

Cuando este recién llegado cruzó el vestíbulo, volvió la cabeza en dirección de Cardona. Sonriendo a una observación de su compañero, el hombre corpulento exhibió unos dientes de oro en su boca de labios carnosos.

Cardona no necesitaba ninguna otra señal de reconocimiento. Los dientes de oro en un rostro lleno y grande constituían la señal de identidad de Goldy Tancredo, el individuo que el detective esperaba.

Cuando Goldy y sus amigos cruzaron el vestíbulo y penetraron en un ascensor, Cardona redobló su vigilancia. Sus ojos recorrieron

el vestíbulo entero y continuamente tornaban a posarse en la puerta por donde Goldy entrara.

Al fin, satisfecho de su inspección, incorporándose, se dirigió pausadamente hacia las puertas giratorias. Volvióse al aproximarse a ellas, de forma que no se le podía ver desde el exterior más que la espalda.

Cambiando la postura de su flexible, acercóse poco a poco a la hilera de ascensores.

Mientras esperaba un aparato, miró con el rabillo del ojo hacia la puerta exterior. Observó que entraba otro hombre y ocupaba el asiento vacante en el extremo del vestíbulo.

Una levisima sonrisa de satisfacción jugueteó en los labios del sabueso. El recién llegado era otro detective, que había venido en respuesta a una señal que Cardona hiciera en las puertas giratorias.

—El piso de la sala de baile —dijo Cardona, cuando subía el ascensor—. ¿Dónde se reúnen los Mohawks?

—A la derecha, señor-informó el ascensorista —. La reunión se celebra en el Salón Azul.

—¿El Salón Azul? —preguntó el detective—. Me dijeron que se reunían en el Salón Rojo.

—Allí se reunían antes-explicó el ascensorista, parando el aparato —, pero han cambiado de sala para esta reunión. Vaya a la derecha y doble en el extremo del pasillo. Verá usted la puerta.

Cardona siguió la dirección dada. El pasillo pasaba delante de la sala de baile, que, no se usaba esa noche. Al llegar al extremo, el detective descubrió inmediatamente la puerta del Salón Azul, tapada por un biombo azulado.

Percibió el sonido de voces que provenían del otro lado de la puerta.

Pasando al otro lado del biombo, miró al interior. Vió a un camarero y le hizo una seña. Llevó al servidor afuera, al otro lado del biombo.

—Deseo hablar con el señor Tancredo-explicó —. Hace un momento que ha entrado. Lleva un abrigo de astracán. Dígame que aquí fuera hay un amigo que desea verle.

El camarero asintió con la cabeza. Entró en el Salón Azul.

Transcurrieron dos minutos. Luego, una cabeza asomó por la puerta.

Cardona reconoció la cara. Era la de Bower Riggins, un individuo que había entrado con Goldy Tancredo.

—¡Ah! —saludó Riggins—. Es usted, ¿verdad? ¡Muy bien!

Volvióse y llamó con la mano a alguien que estaba en el salón.

Un instante después, Goldy Tancredo apareció en persona, exhibiendo su reluciente dentadura de oro al ver al detective.

—Espéreme dentro, Riggins-ordenó.

Luciendo un elegante smoking, el hombre de la dentadura de oro presentaba un aspecto imponente, a pesar de su rostro grueso y siniestro. Reunióse con Cardona en el otro lado del biombo y caminó unos cuantos pasos por el pasillo. Luego, frunciendo el ceño se volvió hacia el detective. Gruñó:

—¿Qué hace usted por aquí, Cardona? Supongo que no quiere obsequiarnos con una irrupción de la policía. Estos Mohawks tienen tomadas todas las medidas para que...

El detective interrumpió:

—No estoy adscrito a las patrullas del servicio de bebidas, prohibidas, ni persigo los borrachos. Usted lo sabe, Goldy. He venido por un asunto que le interesa a usted; y si no lo sabe, debiera saberlo.

—Esa es una noticia para mí, Cardona.

—¿Sí? Tiene usted fama de saber escuchar, Goldy. Es extraño que no haya oído lo que se dice por allí.

El aire de perplejidad de Goldy se trocó por otro de comprensión. El hombretón soltó una risita y palmoteó el hombro del detective. En tono serio, dijo:

—Escuche, Cardona. Todas esas habladurías de que alguien quiere «despacharme» no tienen razón de ser. No estoy metido en ningún negocio turbio. Jamás he llevado una pistola. Puede cachearme. ¿Cree que andaría desarmado si estuviese en peligro?

Extendió los lados de su smoking, para que el detective, si quisiera, le cachease.

Cardona no aceptó la invitación. Formuló otro comentario.

—Tiene a Riggins, que le sirve de protección. No se separa de él, ¿no es verdad?

—En efecto-reconoció Goldy —. Pero él tampoco lleva una pistola. Lo llamaré. Cachéelo. Riggins es un amigo, Cardona, y no una escolta. Es posible que de cuando en cuando me sirva de

protección, pero nunca es cosa de importancia.

Cardona meditó. Había algo de verdad en lo que Goldy Tancredo decía. No obstante, el detective no podía olvidar las causas que le indujeron a acometer esta misión.

Goldy pareció adivinar de repente los pensamientos del sabueso. Dijo pausadamente:

—Escuche, Cardona; sé lo que le bulle en la cabeza. Ha estado usted escuchando a algún confidente. Es verdad, ¿eh?

—Es posible—gruñó el detective.

—Le diré a usted lo que les pasa a esos sujetos—rió Goldy—. Todo depende de cómo los trata. Si ellos no tienen nada de que informar, usted cree que están holgazaneando y no se ocupan del trabajo. En consecuencia, inventan cualquier tontería que ellos saben que usted no puede comprobar.

»Esto ha sucedido muchas veces, Cardona. Ellos se figuran que porque yo sé defenderme de los atracadores y les he derrotado muchas veces, algún día uno de esos cobardes me va a liquidar. Así es que esos confidentes, para ganarse los garbanzos, no tienen más que ir a usted para decirle que han averiguado que algún sujeto, no saben quién tiene el propósito de «cargarse» a Goldy Tancredo.

—Hay mucho de verdad en eso—asintió Cardona calmamente—. Conozco su situación, Goldy. Mas, a veces, cuando circula algún rumor, suelo tener un presentimiento. Este es el caso presente.

—Deséchelo pues, Cardona—sonrió Goldy—. Aunque puede acertar. Cosas más raras han ocurrido. Mas puedo asegurarle una cosa: no me imagino a ninguno de esos rufianes que sea capaz de atacarme. Especialmente en este lugar, Cardona. Esta es una reunión de políticos. Los Mohawks no se ocupan más que de política. Nadie les molestará.

—Como quiera, Goldy —observó el detective, encogiéndose de hombros—. Sin embargo, voy a quedarme por aquí un rato.

—Entre, entonces—sugirió Goldy—. Entre cuando guste. Tome asiento y participe en el banquete. No creo que conozca usted a muchos de los reunidos, pero será usted bien acogido...

—Gracias, Goldy —sonrió Cardona—. Probablemente, entraré más tarde.

El detective continuó su marcha por el pasillo, después que Goldy Tancredo volviera al Salón Azul. Se aproximó a los

ascensores y miró con recelo en la negrura de la sala de baile.

Cardona observó que otros señores, vestidos con smokings, salían de un ascensor y se dirigían al Salón Rojo, situado en el otro extremo del pasillo.

Percibió algunas palabras y averiguó que una sociedad de ingenieros daba una cena allí.

Regresando al Salón Azul, pensó si no habría cometido un error al ir al hotel Olimpia.

Goldy Tancredo dio en el clavo al sugerir que el detective había estado escuchando a algún confidente. Corrían rumores insistentes procedentes del mundo del hampa, de que la vida de Goldy Tancredo peligraba.

¿Había traicionado a alguien Goldy Tancredo?

José Cardona consideró el caso cuando se dirigía al Salón Azul. El detective no estaba en el hotel Olimpia para proteger a Goldy Tancredo. Se encontraba allí, para frustrar un posible crimen.

Encogiéndose de hombros, penetró en el Salón Azul. Encontró un sillón en una mesa de un rincón, con un grupo de políticos de escasa importancia.

Estos hombres, que asistían por vez primera a una reunión de los Mohawks, permanecían callados. Aceptaron al detective como si fuera uno de la misma cofradía, y no hicieron el menor esfuerzo para iniciar una conversación.

Así, José Cardona vigilaba. Su mirada alerta no perdía de vista a Goldy Tancredo ni a su compañero Riggins. El detective estaba preparado para el caso de que surgiera algún incidente, y a medida que transcurría el tiempo, se convencía cada vez más de que su presentimiento era acertado.

El detective presentía que se iba a intentar una muerte violenta en el hotel Olimpia, esta misma noche. Esperó pacientemente mientras los Mohawks charlaban y rompieron a cantar.

Al fin, intranquilo y nervioso, Cardona se incorporó. Dirigióse hacia la puerta y al aproximarse a ella se detuvo. Algo le dijo que el peligro tal vez acechaba fuera. Tuvo la sensación de que el momento culminante estaba cercano.

Luego, mientras la alegría de los reunidos iba aumentando, ocurrió lo inesperado.

José Cardona observaba a Goldy Tancredo y a Riggins mientras

el par se reía de las cabriolas y travesuras de un político calvo y regordete. De pronto, la escena entera desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Sin el menor aviso, la sala quedó sumida en una oscuridad completa.

Todas las luces, no sólo del salón azul, sino del hotel entero, se extinguieron de súbito. Al surgir la impenetrable oscuridad, los gritos y las risas se apagaron.

¡Un silencio sepulcral reinó por el edificio envuelto en una negrura!

CAPÍTULO II

DOS ASESINATOS

MIENTRAS los Mohawks se divertían tan ruidosamente en el Salón Azul, celebrábase un banquete en el otro lado del hotel Olimpia.

En el Salón Rojo, unos treinta caballeros escuchaban las palabras del señor que presidía en la cabecera de la mesa.

Este caballero era Ricardo Reardon, un miembro prominente de la Sociedad de Ingenieros Electricistas, la agrupación que se había reunido allí esa noche.

Hombre corpulento, Reardon tenía un aspecto imponente.

En esta ocasión, presentaba a un joven que estaba sentado al lado de él. En términos reposados y convincentes, Reardon informó a los reunidos que en Rolando Furness, la Sociedad tenía un miembro relevante, cuya habilidad sería pronto reconocida por todos.

Mientras Rolando Furness, enrojecido el rostro por los elogios de Reardon, miraba el mantel, el Salón Rojo quedó envuelto en la oscuridad. Como si alguien hubiera tocado un interruptor invisible, la negrura substituyó a la luz.

El súbito cambio pilló a Ricardo Reardon en medio de una frase.

Tras una pausa momentánea, el presidente reanudó su discurso, con voz extrañamente modulada, en medio de aquella impenetrable oscuridad.

Anunció:

—Esperaremos hasta que vuelva la luz. Luego oiremos las palabras de nuestro asociado, Rolando Furness.

Una brusca exclamación salió del caballero sentado a la derecha del presidente.

Rolando Furness se había puesto en pie en la oscuridad.

Evidentemente el silencio y la atmósfera que en la sala reinaba le habían alarmado.

Habló presa de viva excitación, casi jadeante, en la espesa negrura al volverse hacia el lugar donde Ricardo Reardon había estado sentado.

En tono bajo y ahogado, murmuró:

—Ocurre algo, algo que no creía pudiese suceder, algo que puede significar un grave peligro...

Tan sólo Reardon percibió las palabras de alarma. El presidente tanteó a ciegas y asió el brazo de su compañero. Notó que Furness temblaba. Reardon también se puso en pie. Luego al oír que Furness musitaba de nuevo algo, retrocedió apartándose de la mesa.

Un súbito destello de luz recorría el Salón Rojo. Los rayos brillantes de una potente linterna se enfocaron, sobre los hombres que había a la cabecera de la mesa. Los demás comensales vieron a Reardon y a Furness, alzando los brazos con sorpresa al ser cogidos en el círculo de aquel terrible resplandor.

La luz provenía de la puerta del salón. Tenida por una persona invisible, era un verdadero reflector que se proyectaba sobre los dos personajes principales de la reunión. Furness, boquiabierto, hallábase en parte delante de Reardon.

El ladrido de un revólver sonó en la oscuridad. Aunque la llamarada apareció detrás de la luz, el disparo tenía un sonido casi ahogado. El disparo fue repetido varias veces.

Rolando Furness se tambaleó. Se desplomó sobre la mesa, quedando su cuerpo claramente revelado en el círculo de iluminación.

Un segundo después, cayó Ricardo Reardon. ¡Dos hombres, llenos de vida pocos momentos antes, estaban inertes ante los testigos horrorizados!

El potente fulgor de la linterna se extinguió. Una oscuridad infernal fue todo lo que quedó.

Ninguno de los hombres reunidos en el Salón Rojo tuvo ánimos para afrontar la inesperada situación. ¡Había ocurrido una tragedia ante sus ojos sobresaltados, una tragedia oculta por una asombrosa extinción de las luces!

El mismo silencio y la misma oscuridad envolvían al Salón Azul, en el otro extremo del hotel. Allí, José Cardona, tenso en medio de

las tinieblas, seguía aún al lado de la puerta, esperando oír el sonido de las detonaciones.

Pero el sabueso no oyó nada. Las detonaciones sordas del otro lado del hotel no llegaron a sus oídos.

El detective esperó. Un chasquido sonó procedente de su mano izquierda.

Había sacado su lámpara de bolsillo y había oprimido el botón. ¡Pero el instrumento no funcionó!

Cardona gruñó. No acertaba a comprenderlo. Apretó ferozmente el botón mientras su mano derecha empuñaba un revolver. Los segundos se convertían en minutos y la antorcha no se encendía. El detective maldijo su negligencia, abrigaba la esperanza de que podría luchar sin la ayuda de la luz.

De pronto surgió el inesperado alivio. El Salón Azul se inundó de repente de luz. Las luces se habían encendido. Durante un momento, el detective vio una multitud de rostros pálidos de espanto. Luego empezó un zumbido cuando los Mohawks reanudaron su interrumpido alboroto.

Cardona vio a Goldy Tancredo. El individuo tenía un aire serio, de preocupación; luego, poco a poco, exhibió su dentadura de oro en una sonrisa débil. Riggins, recobrando ánimos como su jefe, sonrió también forzosamente.

¡Una falsa alarma!

Este fue el pensamiento momentáneo de José Cardona. Luego, observando que no había sucedido nada anormal, el detective franqueó la puerta y penetró en el pasillo...

Allí, como en el Salón Azul, se habían encendido las luces. No acechaba nadie en el corredor, pero los oídos del detective percibieron el sonido de unos gritos frenéticos de terror.

Respondiendo, echó a correr por el pasillo en dirección del otro extremo del hotel. Se guardó la antorcha eléctrica en un bolsillo y exhibió su insignia al encontrarse con un grupo de caballeros asustados que luchaban empujándose por huir al pasillo.

La insignia y el revólver cortaron en seco la huida. Los hombres se desplomaron en sus sillones. Miraron a Cardona suplicando ayuda.

Unos dedos que apuntaban y unas palabras excitadas dirigieron la atención del sabueso hacia el espectáculo que provocara esta

conmoción.

Echados sobre la cabecera de la mesa presidencial aparecían los cadáveres de Ricardo Reardon y Rolando Furness.

Cardona no necesitaba ningún testimonio para comprender lo que había ocurrido. ¡Su ojo experto observó que el presidente de la Sociedad y el joven ingeniero electricista habían sido asesinados a sangre fría!

Cardona cerró calmadamente la puerta de la sala y echó la llave. Ordenó a un hombre que telefonease. Con un gesto señaló a los que estaban de pie que tomasen asiento. Con rostro firme se impuso, asumiendo el mando de la situación; luego, después de observar a las personas presentes, se aproximó a los cadáveres.

La policía no tardó en llegar. Cardona abrió la puerta a los agentes.

El detective había actuado de la mejor manera posible, dadas las circunstancias. Cuando pasara por el corredor, no vió a nadie que pudiese estar complicado en este doble asesinato.

Estaba seguro de que probablemente el asesino escapó; no obstante, fue esencial retener en el salón a todas las personas presentes. Cardona realizó esto con verdadera eficiencia.

Disponiendo ya de varios agentes, inició su interrogatorio.

Averiguó inmediatamente que los tiros fueron disparados desde la puerta y que las víctimas fueron enfocadas por una luz potente. Ninguno de los presentes-y la mayoría eran íntimos amigos de Reardon y Furness-podía sugerir un móvil de los asesinatos.

Algunos detalles importantes del caso exigían cierto tiempo. El inspector Klein llegó, acompañado de varios detectives más. Al fin, tomadas las declaraciones y examinados los testigos, José Cardona se encontró solo en una sala desierta. Salió al pasillo y se dirigió pausadamente al otro extremo del hotel. Miró en el Salón Azul.

La reunión de los Mohawks continuaba animadísima. Los políticos, en plan alegre, se divertían. No habían tenido noticia de los asesinatos. Cardona observó a Goldy Tancredo y a Riggins divirtiéndose muchísimo en la mesa presidencial.

El detective volvió al Salón Rojo. Encontró al inspector Klein. Su superior observó la expresión seria del rostro de Cardona.

—¿Qué sucede, Cardona? —inquirió el inspector Klein.

—Hay una reunión en el Salón Azul-respondió el detective,

lentamente —. En el otro lado del hotel. El club de los Mohawks.

—¿Y qué?

—La reunión solía celebrarse en el Salón Rojo.

—¿Cree que eso está relacionado con lo sucedido? —Cardona asintió.

—Sí-respondió pensativo —. Probablemente esta relacionado con lo ocurrido. Se trata de un asesinato en masa, inspector, que no se llevó a cabo.

Se dirigieron hacia el vestíbulo interior. Cardona se detuvo un instante en lo alto de la escalera. Quería comprobar si existía algún rastro de un hombre que hubiese llegado por allí.

Extrajo su linterna sorda del bolsillo y recordó de repente que no funcionaba; luego se detuvo y profirió una exclamación de perplejidad.

¡La linterna estaba encendida!

¡Había estado encendida en el bolsillo del detective!

El interruptor estaba tal como quedó cuando fue oprimido; el instrumento que no funcionó en un momento necesario, lanzaba ahora unos destellos inútiles.

Perplejo Cardona apagó y encendió la antorcha. Repitió varias veces la operación. Funcionaba perfectamente.

Profiriendo un gruñido, el detective extinguió la linterna y se la guardó en un bolsillo. Aunque parecía funcionar perfectamente, adquiriría otra. Era inútil confiar en una linterna que había fallado en un momento crítico.

Tenía que realizar un trabajo de importancia ahora. Quería averiguar quién entró y salió del Salón Rojo, probablemente descendiendo con rapidez la escalera y saliendo después a la calle para zambullirse en la oscuridad. Quería averiguar cual fue la causa de que las luces del hotel se apagaran.

Fueron cosas que resultaron imposibles de esclarecer. Cuando Cardona hubo terminado su investigación, no había aclarado nada. Se figuró conocer el móvil. Comprendió el modo como se ejecutaron los asesinatos. Eran cosas importantes.

Mas la pista que buscaba-la causa de la extinción de las luces-era algo que no consiguió esclarecer.

Cardona, cuando llegó a la Jefatura, estaba aún nervioso porque no había logrado descubrir el menor indicio de la causa de la

misteriosa oscuridad. Se sentó a su mesa de escritorio y se rascó la barbilla. Notó, que algo que llevaba en el bolsillo chocó con el brazo del sillón.

Irritado, sacó la deficiente antorcha eléctrica y la tiró en una papelera. Se levantó del sillón y fue a entregar su informe al inspector Klein. No se percató de la importancia de la acción que acababa de realizar en aquel momento.

Inconscientemente, el detective José Cardona había arrojado la única pista que poseía.

CAPÍTULO III

LA SOMBRA EMPIEZA

GRANDES titulares anunciaban el doble asesinato en el hotel Olimpia. Los neoyorquinos leyeron la última fechoría de los gangsters.

Ricardo Reardon y Rolando Furness eran las víctimas desgraciadas. Mas era creencia general que estos desgraciados habían sido asesinados por error.

El detective José Cardona había expresado tal opinión y había sido aceptada.

Todos los periódicos de Manhattan estaban de acuerdo. El caso era demasiado evidente para ser motivo de dudas. Conocíase hasta al hombre que los criminales buscaban.

Unos pistoleros desconocidos fueron a matar a Goldy Tancredo, y cometieron una equivocación. De una manera misteriosa, apagaron las luces del hotel Olimpia. Al amparo de la oscuridad, penetraron en el Salón Rojo, donde creían que los Mohawks celebraban su reunión.

Ricardo Reardon, hombre corpulento, había sido confundido con Goldy Tancredo. Unas balas certeras derribaron a Reardon. Rolando Furness, que se encontraba en la zona de peligro, fue asesinado también. Era posible que le tomaran por Bower Riggins.

Las columnas de los periódicos aparecieron llenas de detalles sensacionales, incluyendo las declaraciones, desvirtuadas, de los testigos. Los miembros del Sindicato de Ingenieros Electricistas, al ser interrogados, habían dado versiones distintas. Dichas manifestaciones eran mencionadas de pasada.

Un hombre declaró que los disparos precedieron a la luz de la linterna; otro afirmó todo lo contrario. Uno manifestó haber visto

que la luz se alejaba; otro, que se apagó antes de alejarse. Otro testigo declaró que el asesino usó una linterna de acetileno en lugar de una eléctrica.

Mas la substancia de todas las informaciones indicaba que el golpe iba dirigido contra Goldy Tancredo. Un personaje muy importante, apreciado por los políticos, pero impopular entre los gangsters, había escapado de la muerte.

Un error le salvó la vida. Goldy personalmente no sabía nada. No salía de sus lujosas habitaciones del hotel Marathon. Ya no se vería su famoso abrigo de astracán en el restaurante Brindle.

Reservado, a excepción de su sonrisa, Goldy había manifestado a la policía y a los periodistas que no sabía de nadie que tuviese el propósito de asesinarle.

En realidad, el famoso personaje insistía en que las balas mortíferas no fueron destinadas a él. No obstante, los periodistas estaban mejor informados y comunicaron lo que sabían al público.

El detective José Cardona leyó la Prensa matutina con verdadero placer. Su presencia en el hotel Olimpia era elogiada por todo los periódicos. Había acertado al vigilar a Goldy Tancredo. No era culpa suya que los asesinos se hubiesen equivocado.

El jefe de la policía de Nueva York, el comisario señor Weston, había expresado su aprobación de la táctica de Cardona. Apoyaba al detective e inmediatamente le encargó que se ocupara del caso.

Entre los periodistas que se ocupaban activamente de la historia del doble asesinato, estaba Clyde Burke, un reportero de El Clásico, de Nueva York.

Veterano de la Prensa, Clyde creía que Cardona tenía razón. No obstante, secretamente se preguntaba cuál sería el resultado del caso. Pues Clyde sabía por experiencia que existía alguien que podía castigar a los gangsters asesinos, cuando las medidas policíacas más enérgicas fracasaban.

Clyde Burke pensaba en La Sombra. Como otros periodistas familiarizados con los hechos del mundo del hampa, Clyde había oído hablar de las proezas de un personaje misterioso que desde hacía mucho tiempo luchaba implacablemente contra las hordas del crimen.

Un rey de la noche-un personaje extraño y fantástico, casi sobrenatural, cuyos ojos veíanlo todo y cuya mano invisible

fulminaba desde la oscuridad-La Sombra —había llegado a ser reconocido como la amenaza invisible que sembraba la muerte en las fortalezas del mundo del crimen.

Sin embargo, Clyde Burke conocía por experiencia lo que otros habían recogido de los rumores que circulaban. Él, como otros, había oído decir que La Sombra utilizaba varios agentes que le ayudaban en su guerra contra los ases del crimen. Clyde sabía perfectamente que esto era verdad.

¡Pues Clyde Burke era un agente secreto de La Sombra!

En una habitación del hotel Metrolite, otro joven meditaba las mismas cuestiones que interesaban al joven reportero. Huésped del hotel, Harry Vincent examinaba los titulares del día. El también era un ayudante del misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra.

En una oficina del rascacielos Badger, un individuo de rostro gordinflón repasaba también la Prensa de la mañana. Con unas tijeras grandes recortaba las columnas relativas a la historia del doble asesinato perpetrado en el hotel Olimpia. De profesión, este individuo de aspecto plácido, era un agente de Bolsa. Llamábase Rutledge Mann y sus muchas relaciones le conocían simplemente como un especialista en cuestiones financieras.

Pero Rutledge Mann, que no tenía ninguna opinión sobre la hipótesis de Cardona, se preguntaba qué sucedería en el futuro. Como Harry Vincent y Clyde Burke, Rutledge Mann servía a La Sombra.

Mientras los otros eran agentes activos y con frecuencia trabajaban, Mann actuaba meramente en calidad de agente de enlace. Suministraba la información y los datos necesarios. Estos recortes que estaba reuniendo en estos momentos, los preparaba para entregárselos a La Sombra.

Terminada la recopilación, Rutledge Mann metió los recortes en un sobre.

Salió de la oficina, tomó un taxi que le llevó a la calle Veintitrés y penetró en un edificio vetusto. En uno de los pisos superiores, detúvose delante de la puerta de una oficina desierta que ostentaba el nombre de “Jonas” en sus cristales cubiertos de telarañas. Introdujo el sobre en la ranura del buzón.

El trabajo del agente de enlace estaba terminado, hasta recibir

nuevas órdenes.

El orificio del buzón, era el medio por el que Rutledge Mann entregaba el producto de su labor a La Sombra. Ahora había remitido a su jefe un informe completo sobre el doble asesinato del hotel Olimpia.

La labor reporteril de Clyde Burke, el examen de los periódicos efectuado por Harry Vincent, y el servicio de recortes de Prensa de Rutledge Mann, provocaron un hecho importante.

Un suceso extraño e invisible ocurrió en algún lugar de Nueva York; y su comienzo fue un chasquido que sonó en una habitación secreta.

Una negrura intensa terminó de pronta por una luz azulada que apareció en el rincón de un cuarto de paredes negras. Un resplandor casi sobrenatural se enfocó sobre la pulida superficie de la mesa, debajo mismo del círculo de la luz de una bombilla azul.

Este fenómeno no podía ocurrir más que en un lugar. Ese sitio constituía el santuario de La Sombra.

Dos manos aparecieron debajo del resplandor azulado. Manos largas, de dedos puntiagudos que combinaban la suavidad con la fuerza. No era posible confundir las manos de La Sombra, pues en un dedo de la mano izquierda aparecía la señal de identificación.

Era una piedra preciosa extraña, misteriosa, que brillaba como un ascua. Sus destellos, de un purpúreo profundo, se trocaron en vívido carmesí. Aquella piedra tenía el fulgor de fuego vivo.

Era el girasol de La Sombra, un ópalo de fuego, sin par en el mundo. Era una gema de matices cambiantes y translúcidos.

Las manos blancas exhibieron un sobre y vaciaron su contenido. Los recortes de Rutledge Marín aparecieron a la vista. La mano derecha cogió una pluma y un pliego de papel. Mientras unos ojos invisibles examinaban los informes, la mano empezó a escribir.

Unos datos breves y esenciales aparecieron como si fuesen pensamientos.

Mientras la mano descansaba, los ojos, desde la oscuridad, miraban aquellas notas. La tinta azulada se secó y luego desapareció. El recuerdo de las palabras quedó encerrado en cerebro.

Si José Cardona hubiese visto aquellas inscripciones, se habría quedado atónito. ¡Pues La Sombra, paso a paso, iba socavando la

hipótesis del detective! ¡Iba descubriendo poco a poco una relación existente entre el personaje importante y los asesinatos del Salón Rojo!

Mientras el sabueso creía que Goldy era un hombre que escapara por error de una grave amenaza, La Sombra veía en el personaje a un individuo que había tramado un asesinato. Goldy Tancredo, amenazado, era la última persona de quien podía sospechar que era un cómplice. Mas las deducciones de La Sombra indicaban lo contrario.

El cambio de la reunión de los Mohawks del Salón Rojo al Azul, y la celebración del banquete en la misma noche que los ingenieros celebraban el sayo, fueron considerados como una mera coincidencia. No obstante, para La Sombra, no podía aceptarse semejante conclusión.

Los pistoleros que atacaron tras una cortina de oscuridad, no podían cometer tamaña torpeza. La Sombra, versado en la táctica del mundo del crimen, rechazó rápidamente esa hipótesis.

Ricardo Reardon y Rolando Furness uno, quizá los dos, estaban señalados para morir.

¿Por qué?

No eran criminales. Sin embargo, debía existir alguna explicación. Del estudio del pasado, y de la observación del futuro, podía descubrirse el móvil.

Una racha de crímenes parecía inminente; crímenes que llevaban la marca del genio. El secreto de unos planes de gran envergadura seguía envuelto en el misterio; sin embargo había medios de descubrirlo. Donde la policía se contentaba con buscar a unos asesinos desconocidos, La Sombra se proponía seguir otro rastro.

La Sombra escribió:

Goldy Tancredo.

Una risa suavísima hendió la oscuridad de la habitación. Sus tonos cuchicheados despertaron ecos vibrantes. La mano escribió unos comentarios bajo el nombre anotado. Había que vigilar a Goldy Tancredo. Había un medio para realizarlo. La Sombra trazaba sus planes.

Dos nombres más aparecieron en el papel. El uno junto al otro y La Sombra los contempló.

Ricardo Reardon-Rolando Furness

La mano continuó sus comentarios. Debía investigar la vida y la carrera profesional de estos hombres. En alguna parte de sus vidas podría descubrirse alguna pista.

Unos auriculares se deslizaron sobre la mesa, cuando las manos se extendieron para cogerlos. La Sombra habló en una bocina. Sus palabras susurradas pasaban por una línea particular a un oyente tan reservado como él.

—Burbank al aparato.

La voz reposada procedente del otro extremo del hilo era la del agente de enlace invisible, de La Sombra. Las palabras que le llegaban eran retransmitidas ya a La Sombra, y a sus colaboradores.

—Clyde Burke de servicio-respondió La Sombra, en un tono sin inflexión —. Comience a observar las actividades de Goldy Tancredo...

La voz continuó. Burbank aun escuchaba. Mientras La Sombra hablaba, su mano seguía escribiendo. Todas las palabras que dijo a Burbank estaban escritas en tinta azul en un pliego de papel blanco. Las instrucciones fueron escritas en clave.

La Sombra concluyó sus órdenes. Mientras decía a Burbank que esperara, dobló el papel, antes de que la escritura hubiese llegado al período de desaparición, y lo metió en un sobre. Este debía ir a parar a manos de Rutledge Mann. La escritura no desaparecería hasta después que el agente de Bolsa conociese su importancia.

—Harry Vincent de servicio-prosiguió La Sombra —. Cooperará con Rutledge Mann para descubrir algunos datos relativos a Ricardo Reardon y a Rolando Furness...

La voz continuó, la mano escribió y cerró su mensaje. Los auriculares se deslizaron por encima de la mesa. Las instrucciones a Burbank habían terminado. Las órdenes para Rutledge Mann, selladas en sobres separados, fueron llevadas por las manos de La Sombra.

La luz se extinguió con un chasquido. Invisible dentro de las paredes del cuarto sin ventanas, La Sombra volvió a reír.

En el futuro, sus ojos vigilarían alerta las actividades públicas y secretas de Goldy Tancredo, el hombre que escapara de la muerte. Entretanto, hurgando en el pasado, sus agentes descubrirían datos relativos a Ricardo Reardon y a Rolando Furness.

En las actividades de Goldy Tancredo, y de los ingenieros asesinados, residía el secreto del crimen y quizá de otros planes más siniestros aun.

Goldy, simulando estar bien relacionado con algunos políticos de segunda fila, trataba de ocultar su objetivo.

Claramente, La Sombra percibió que las pretensiones de Goldy eran un “bluff”; que usaba a los inocentes Mohawks a modo de coartada. Con igual claridad, La Sombra conocía que los asesinatos de Reardon y Furness obedecían a un propósito bien definido.

Los ecos de la risa de La Sombra persistieron. Al fin, cual susurros agonizantes de unos fantasmas invisibles, se desvanecieron en la nada. Dentro del santuario del rey de la noche no quedaba más que una oscuridad impenetrable.

¡Extraña oscuridad! Cual un sudario negro ocultó la presencia del misterioso personaje. De la lóbreguez del cuarto, La Sombra salió a la luz. Volvería a hundirse en las tinieblas, pues el rey de la noche atacaba mejor desde una negrura infernal.

CAPÍTULO IV

DESDE LA TORRE

EN contraste con la impenetrable oscuridad que siempre reinaba en el santuario de La Sombra, la luz del día brillaba aún sobre la isla de Manhattan.

Terminaba la tarde y las calles de la ciudad iban oscureciéndose, mas el sol hacia resplandecer las oficinas de los grandes rascacielos.

Rayos oblicuos de luz se reflejaban en las pulidas paredes de edificios futuristas.

El piso de oficinas más alto de la Torre era el noventa y tres. Allí, en un despacho particular, un hombre grueso y con gafas examinaba la edición de la tarde de un periódico neoyorquino. Tras su mesa de caoba, leía las reseñas de la tragedia del hotel Olimpia.

Sonó un golpe en la puerta. El hombre grueso paso el diario a un lado y ordenó a la persona que entrase. Entró una taquígrafa.

—Son más de las cinco, señor Fawcett. El personal se ha marchado ya. Yo me voy ahora, a menos que tenga algunas cartas más que despachar.

Respondió Fawcett:

—Puede marcharse. Yo espero a Hobbs. No pudo regresar a tiempo de asistir a la conferencia de ventas este mediodía.

La taquígrafa asintió con la cabeza y se marchó. El hombre grueso reanudó su lectura durante un rato, luego dejó el periódico y se levantó de la mesa.

Fue a la ventana y miró hacia abajo, hacia las calles de la ciudad que se extendían en el fondo.

Con una sonrisa en los labios, Fawcett salió de su despacho. Entró en otro cuarto y cerró la puerta tras sí. El cristal de la puerta de su oficina particular ostentaba el nombre:

HECTOR FAWCETT Presidente

Fawcett llegó a otra puerta; franqueándola entró en una antesala, donde una hilera de puertas de ascensores guareció a la vista.

La puerta que quedaba detrás de él llevaba otra leyenda:

EMPRESA CLIMAX Equipos Electroterapéuticos

Las puertas de los ascensores eran unas barreras de metal pesado, que cerraban por completo esta antesala al mundo exterior. Héctor Fawcett sonrió satisfecho. Recorrió con la vista las puertas de los ascensores.

Todas, menos una, eran puntos de parada en el piso noventa y tres. La única excepción, la constituía un hueco especial que llegaba exclusivamente a los pisos de observación superiores. Seguro de que no había nadie en la antesala, Fawcett volvió a sus oficinas, dejando la puerta sin cerrar con llave.

Esto sería una invitación al esperado visitante. Entretanto, el presidente de la Empresa Climax inició un breve paseo por las diversas oficinas.

Todo el piso noventa y tres estaba ocupado por dicha empresa. Fawcett pasó de despacho en despacho. Cada rincón del piso tenía una oficina particular como la ocupada por el presidente.

Mas, exceptuando la propia habitación de Fawcett, dichas oficinas estaban desprovistas de mesas y sillas. Servían de salas de exhibición de los diversos equipos electroterapéuticos y otros instrumentos similares. El negocio producía grandes beneficios.

Recordó que había citado el caso de Hobbs. Los otros vendedores no habían visto nunca a este miembro del personal. ¿El motivo? Hobbs estaba siempre en movimiento. Entraba y salía de Nueva York, iba a todas partes; el hombre era la imagen de lo dinámico.

Algún día, prometió Fawcett, Hobbs explicaría a los otros vendedores su secreto, cómo vendía tanto. Mas, por el momento, Hobbs estaba demasiado ocupado tomando pedidos de clientes, para dedicarles una charla sobre el secreto de las ventas.

Sonriendo aún al recordar esto, Héctor Fawcett se aproximó a una oficina interior. Esta habitación, cuya puerta estaba cerrada con llave, servía de almacén de los aparatos nuevos. Fawcett tenía la única llave de aquella puerta. La abrió, encendió la luz y recorrió

con la vista los diversos aparatos eléctricos.

La mayoría eran duplicados de otros que estaban expuestos en las oficinas de los rincones. Había una excepción notable.

Era éste un instrumento de forma extraña, montado sobre ruedas de caucho.

Consistía en una caja cilíndrica con una puerta curvada en la parte delantera.

En la parte superior, montado en un grueso poste, había un proyector bruñado que se asemejaba, un reflector.

En un costado tenía un interruptor de mando. También poseía varias palancas para enfocar y un dispositivo de rotación. Estos tenían una forma extraña, mas no constituían nada singular. Lo más raro era la parte delantera barnizada del reflector mismo.

¡La parte delantera del reflector era de color negro!

Constituía una paradoja sorprendente. ¡El aparato parecía destinado a emitir luz y, sin embargo, tenía una capa por cuya superficie no podía penetrar la luz!

La sonrisa de Héctor Fawcett se convirtió en una risotada. El presidente de la empresa giró sobre sus talones y salió del almacén. Cerró con llave la puerta. Volvió a su oficina particular y cogió el teléfono de su mesa. Marcó un número. Reconoció la voz que le respondió.

Saludó:

—Hola... Sí... Esperando ahora... Sí, he leído la Prensa... Exactamente tal como esperábamos... No hay motivo para retrasarlo ahora...

“Sí-continuó —. He tomado nota. He hecho esas observaciones... Es cuestión de Hobbs ahora... No... No... Es innecesario realizar una prueba. Simplemente fijar la hora exacta... Te llamaré más tarde.

Héctor Fawcett colgó el receptor. Permaneció junto a la ventana contemplando las vistas de la ciudad.

Héctor Fawcett soltó una risita.

Organizador experimentado, Héctor Fawcett estaba ahora empeñado en una empresa que podría representar millones. Los planes estaban terminados. Se había efectuado la primera prueba, con extraordinario éxito.

¿Un crimen? ¿Un hecho delictivo? ¿Qué importaba? ¿Un doble asesinato?

Había sido necesario.

Tales consideraciones no detenían a este hombre. Su afán de enriquecerse sobrepasaba a todo lo demás. Tras un aspecto exterior que denotaba un hombre de negocios de absoluta integridad, el verdadero Héctor Fawcett era un individuo sin conciencia.

Había un motivo para su sonrisa. En todas sus anteriores empresas comerciales, había disimulado cuidadosamente sus actividades poco escrupulosas.

Sabía el modo de obtener el prestigio que acompaña a un negocio próspero.

En carácter de presidente de la Empresa Clímax, sus negocios podían resistir la prueba de una investigación minuciosa.

Como Goldy Tancredo, Héctor Fawcett era un hombre que evitaba la realización de un crimen, pero Fawcett ni siquiera se había permitido intervenir en asuntos turbios. Como Goldy, había vigilado su actuación simplemente porque conocía el riesgo implicado.

Había maneras más fáciles de hacer dinero, pero cuando podía perpetrarse un crimen con el mínimo de riesgos, el asunto tomaba otro aspecto. Al presentarse este caso, Héctor Fawcett se dedicó a sus planes actuales.

El cielo se oscurecía en estos momentos. En la lóbreguez de su oficina, Héctor hacer se alejó de la ventana.

Había oído el ruido de una puerta que se abría. Su visitante había llegado.

Encendiendo la luz, Fawcett tomó asiento detrás de la mesa en el instante en que otro hombre entraba en la habitación.

Héctor Fawcett saludó con una sonrisa. Esta era la persona que él esperaba.

Conocido en la oficina por el nombre de Hobbs, aceptado por el resto del personal como un viajante que pasaba la mayor parte del tiempo de viaje, este visitante era el compinche de Héctor Fawcett en su colosal empresa criminal.

CAPÍTULO V

BURKE INFORMA

GOLDY Tancredo hallábase sentado en el gabinete de su lujoso departamento del hotel Marathon. Bower Riggins, el hombre que él llamaba su amigo, y otros su escolta, estaba en un rincón junto a la ventana.

Vestido con una bata de brillantes colores, Goldy Tancredo parecía estar completamente tranquilo en esta habitación. No tenía el aire de un hombre perseguido. No obstante, era muy significativo que no hubiese salido esa noche. Normalmente este personaje no tenía la costumbre de quedarse de noche en casa.

Un hombre corpulento entró en el aposento y dirigió una mirada escrutadora a Goldy. Aunque vestía traje de calle, el individuo tenía las maneras de un criado que había entrado a anunciar alguna cosa.

—¿Qué hay, Curry? —preguntó Goldy.

—Un reportero que quiere verte-informó Curry—. Un sujeto llamado Burke. Viene de El Clásico. Solicita una entrevista.

—Hazlo pasar, Curry. Hablaré con él. Conozco a Burke.

El jefe tendió una mano al entrar Clyde Burke. Aunque no hizo ningún esfuerzo para levantarse, estrechó cordialmente la mano del reportero. Burke tomó un sillón que Goldy le señaló e inició en tono serio la conversación.

—Escucha, Goldy. Sabes lo que busco. Una historia para mi periódico. Los muchachos están enterados. ¿A santo de qué quieres tomarles el pelo?

—¿Enterados de qué? —inquirió Goldy, suavemente.

—Enterados de que alguien quiere suprimirte —repuso Clyde—. ¿Por qué no nos dices algo que nos sirva de tema? Si tú sabes quién quiere suprimirte, no te perjudicará el que nos lo digas.

—¿No? —sonrió Goldy, exhibiendo su dentadura de oro—. Escucha, Burke, tú no eres ningún idiota, como la mayoría de esos reporteros. Tú no me tomas por un confidente, ¿verdad? Si yo lo fuera —añadió con desdén—, estaría pudriéndome bajo tierra desde hace mucho tiempo.

—Se ha cometido un doble asesinato-observó el reportero, con tono grave—. Si tú tienes algún medio para facilitar la captura de los asesinos, deberías decirlo.

Goldy Tancredo se reclinó en su sillón y sonó una carcajada. Lanzó una mirada a Bower Riggins y luego señaló a Clyde Burke.

—Escucha esto, Riggins-rió—. Este periodista habla como José Cardona. ¿Recuerdas lo que dijo cuando estuvo aquí esta mañana?

Riggins asintió con una sonrisa.

—Escucha-Goldy habló a Burke ahora —; si no pude decirle nada a Cardona, ¿crees que puedo tener alguna noticia para ti?

—No —reconoció el periodista—. Pero cuando Cardona te habló...

—Le dije la verdad —interrumpió Goldy—. Le dije que no conocía a ningún rata que tuviese el valor de matarme. Reconocí que había muchos necios que podrían quererme mal, porque les había estropeado algunas operaciones: Pero no tuve necesidad de nombrarles.

—¿Por qué no?

—Porque Cardona tenía ya la lista. ¿Para qué crees tú que Cardona paga a un batallón de confidentes? ¿Para oírles contar chistes? Escucha, reportero. Si algún pájaro quería «despacharme» anoche, Cardona puede adivinar lo mismo que yo quién es. Esa es la situación —prosiguió—. Cardona puede echar más pronto el guante al pájaro de marras. A mí no me preocupa. Yo no busco complicaciones. Es trabajo de la policía: que lo haga Cardona. Es asunto que le incumbe a él.

Goldy sonrió más agradablemente al ver a Clyde Burke, mover la cabeza en señal de asentimiento.

—Bien —comentó Burke—. Si Cardona está satisfecho...

—¿Satisfecho? —interrumpió Goldy—. Escucha, muchacho; él comprendió la situación enseguida. ¿Quieres saber por qué? Se lo diré, siempre que no lo des a la publicidad.

—Continúa-invité Burke.

—Cardona —explicó Goldy—, se figura que los pájaros que «despacharon» a esos ingenieros no estarán satisfechos hasta que atenten otra vez contra mí. Cardona me cree cuando le digo que no sé quiénes son los asesinos.

»En consecuencia, se está quieto sin hacer nada, como yo. ¿Por qué motivo había de molestar a una pandilla de ratas u obligarme a mí a hacerlo? Hay una banda que se tomaría la molestia de buscarme, si les molestasen. Entonces, Cardona no adelantaría nada. Lo que él quiere es que los asesinos de los ingenieros vuelvan a dar señales de vida.

Goldy hizo una pausa y continuó:

—Te diré lo que he hecho por Cardona. Yo no salgo de casa, fingiendo que estoy asustado. Es una buena táctica, ¿eh? Desde luego, no corro ningún riesgo, aunque esto de que tu vida peligra pueda ser una tontería. Pero si esos barbianes quieren buscar camorra me tiene sin cuidado. Lo mismo que a Cardona.

Goldy Tancredo sonrió y se estrechó una mano con la otra para demostrar un estrechón de manos ilustrativo. Era un esfuerzo para explicar la entente cordiale existente entre él y José Cardona.

Clyde Burke sonrió. Dijo:

—Muchas gracias, Goldy. Has explicado satisfactoriamente lo que me tenía perplejo. No es una historia para mi periódico; pero puede significar la posibilidad de que ocurran algunos sucesos interesantes pronto.

A pesar de su aire de comprensión, Clyde Burke no había averiguado nada que no supiera ya. Este acuerdo particular entre Cardona y Goldy Tancredo era lógico. En realidad, era posible que el detective y el astuto Goldy hubiesen coincidido en los nombres de ciertos gangsters.

La conversación de Clyde era un mero pretexto. Quería permanecer en las habitaciones de Goldy el mayor tiempo posible. No era esto parte de su trabajo para El Clásico. Era una misión que le ordenara La Sombra.

Mientras Clyde pensaba en algún medio para prolongar la visita, el teléfono repiqueteó en una mesa, al lado de Goldy. El jefazo alzó el receptor. Clyde vió relucir la dentadura de oro mientras Goldy hablaba en el aparato.

—Diga... Sí... —Goldy parecía mostrar gran interés—. Sí.

Perfectamente... De acuerdo... ¿Hobbs estará allí?... Bien... Bien...

Los ojos de Goldy chispeaban de satisfacción. De pronto recordó que un visitante escuchaba sus palabras: Quizá fue debido al hecho de haber mencionado el nombre de Hobbs. Sea cual fuere la causa del cambio de Goldy, el resultado fue inmediato.

En tono vago continuó:

—Sí, sí, está bien... Me alegro de que me hayas llamado... Siento muchísimo no poder asistir a la fiesta... No, me encuentro perfectamente bien de salud, pero he decidido no salir de mis habitaciones por ahora...

“Sí, seguramente, se lo diré cuando lo vea... Sí, sí, un día de éstos te telefonearé...”

Goldy dirigió una mirada a Riggins, cuando bajaba el receptor. Observó:

—Estoy descubriendo que soy muy popular. Ese es el décimo o el duodécimo amigo que me ha telefoneado para invitarme a una juerga. Una pandilla de coristas y otras ninfas. Pueden excluirme de la vida noctámbula durante una temporada. De momento, no me conviene trasnochar.

El intento de despistar fue ejecutado hábilmente. Pero Clyde Burke adivinó que Goldy trataba de ocultar un mensaje de verdadera importancia. El reportero recordó que Goldy había mencionado el nombre de Hobbs.

Levantándose del sillón, Clyde Burke arrojó una mirada en torno del aposento. Observó la suntuosa instalación y finalmente su vista se posó sobre un rincón, al lado de la ventana.

Un armario para libros, arrimado a la pared, llegaba hasta una cortina cuyos pliegues colgaban sobre el saliente de la ventana. En la parte exterior de la ventana, Clyde vio la barandilla de un balcón.

—Hasta otro rato, Goldy-dijo el reportero —. Quizá vuelva a visitarte otro día.

—Espera un momento-sugirió Goldy —. Riggins baja contigo. Va a salir.

La escolta del jefe se reunió con el periodista. Descendieron al vestíbulo del hotel y salieron por la misma puerta. Allí se separaron. De ordinario, Burke habría ido seguidamente a un teléfono para comunicar con Burbank.

La proximidad de Riggins se lo impidió en esta ocasión.

El periodista caminó varias manzanas antes de entrar en un establecimiento para telefonar. Habló con Burbank. En frases breves, manifestó que Goldy Tancredo había recibido una llamada sospechosa, que se refería a un individuo llamado Hobbs. Añadió lo que había observado referente a la proximidad de un armario de libros a una ventana con balcón.

Cuando Clyde Burke salió del establecimiento, llamó a un taxi y ordenó al chofer que le condujera a la redacción de El Clásico. El único sentimiento del reportero era que había perdido un cuarto de hora, entre el tiempo de su partida de las habitaciones de Goldy, y su llegada al locutorio telefónico. Por otra parte, estaba seguro de que había escapado a toda observación.

En esto se equivocaba. Desde el momento que salió del hotel Marathon, una figura sigilosa le siguió por la acera opuesta. El mismo individuo esperó delante del establecimiento donde telefonara, y le oyó dar al chofer la orden de llevarle a las oficinas de El Clásico.

Ahora, un gangster de rostro de lince, jersey oscuro, apareció a la vista y se zambulló presuroso en una calle transversal. La aparición de Riggins con Clyde Burke en la puerta del hotel, fue la señal para que este gangster le siguiera los pasos.

Secretamente, el rey de los “racketeers”, de los «protectores y aseguradores» del comercio y de la industria, estaba aliado a las fuerzas del mundo del hampa.

Un personaje de importancia, un verdadero jefazo, Goldy Tancredo, como Héctor Fawcett, era un poder en la amenaza inminente.

¡La oscuridad silenciosa que precediera al doble asesinato del hotel Olimpia, no constituía ningún misterio para Goldy Tancredo!

Clyde Burke, agente de La Sombra, había adivinado ese hecho.

¡Pronto La Sombra visitaría personalmente la residencia de Goldy Tancredo!

CAPÍTULO VI

EN LAS HABITACIONES DE GOLDY

APENAS Clyde Burke hubo salido del piso de Goldy Tancredo, Curry entró a hablar con su amo. La expresión del criado era tranquila. Su tono, confidencial.

Anunciaba a otro visitante.

Informó:

—Ping Slatterly.

—Hazlo pasar-ordenó Goldy.

Un individuo achaparrado, de faz siniestra, fue introducido en el cuarto. Con el cuerpo de un orangután, un rostro como una roca y unas manos que parecían unas mazas, Ping Slatterly tenía el aspecto de lo que era el jefe de banda más temible del mundo del crimen.

—Hola, Ping-saludó Goldy.

—¿Qué tal? —respondió el gangster—. He estado en el piso de abajo, esperando tu aviso. ¿Qué noticias hay?

—Todo está arreglado.

—¿Sí? Pues deja el resto de mi cuenta. Daré este golpe con la misma limpieza que el del Olimpia.

—¿Estás tomando precauciones para que no se te vea la cara mucho? ¿Te has cuidado de comprometerte en ninguna otra operación?

—No me he movido, Goldy, ni me he hecho muy visible. Nadie sospecha nada. Nadie sabe ni pizca del golpe que vamos dar, ni siquiera mi pandilla. Están esperando el aviso y no despegan los labios mientras esperan.

—No te acerques por aquí-advirtió Goldy —, hasta que te llame. Esto no será hasta después que hayamos dado el golpe. ¿Estás seguro de que has hecho todos los preparativos necesarios?

—Todo está preparado, Goldy. Da la señal y no me importa si hay cien policías en el lugar. ¿Qué te parece cómo despachamos a aquellos dos en el Olimpia? Fue hecho con limpieza, ¿verdad?

—Estupendo-reconoció el jefazo.

—Todos mis muchachos estarán cerca de mí, ¿comprendes? —concluyó—. Cuando yo doy la señal, el resto es fácil. Cada muchacho ocupa su puesto. Trabajo de equipo. En un abrir y cerrar de ojos recogemos el botín y nos largamos. Tienen señalado quince minutos para la ocupación, ¿eh?

—Exacto.

—Es un juego de niños. Espera y te convencerás.

Curry compareció a una llamada del jefazo. El criado acompañó a Ping Slatterly al piso inferior. Conducía al gangster a un ascensor del servicio. Este ascensor, y una salida por la parte posterior del hotel, era lo que Ping Slatterly usaba cuando visitaba al jefazo.

De vuelta a su gabinete, Goldy Tancredo empezó a pasear de un extremo a otro, fumando un cigarrillo. De vez en cuando sonreía. Al fin, con expresión de aburrimiento, salió del aposento.

Transcurrieron varios minutos. No llegaba de la calle ni el menor sonido, a este piso tan alto. De pronto, tan lentamente que su movimiento fue casi imperceptible, el bastidor de una ventana empezó a alzarse. A través de la abertura, una silueta larga negra se proyectó por el suelo.

Alguna cosa borró la superficie reflectora del cristal de la ventana levantada.

La silueta avanzó cruzando el cuarto. Al parecer, procedente de la oscuridad exterior, una figura alta se materializó. Transformóse en la silueta de un individuo vestido completamente de negro.

—¡La Sombra aparecía en el gabinete de Goldy Tancredo!

Una risa sibilante brotó de unos labios invisibles. La cabeza cubierta por el sombrero negro se enderezó. Dos ojos ardientes inspeccionaron el aposento.

Aquellos ojos chispeantes se volvieron hacia el armario para libros, cerca de la ventana.

La posición del pesado mueble respondió a la descripción que Clyde Burke diera a Burbank. La Sombra se agachó, un objeto diminuto apareció en sus manos.

Con toda calma, el extraño visitante apartó ligeramente de la

pared el armario para libros y ajustó un instrumento pequeño, el armario volvió a su sitio. Las manos de La Sombra introdujeron un alambre detrás de la cortina.

Continuaron llevando la conexión hacia la ventana.

De repente, la figura fantasmal interrumpió su trabajo, retrocediendo detrás de la cortina. Se quedó completamente inmóvil. Ni siquiera el más mínimo fru-frú de la cortina delató su presencia. La larga silueta seguía proyectando una sombra por el suelo, mas no se movió.

Curry había entrado en la habitación. El criado cerraba el cuarto. Fue directamente a la ventana, pasando a varios centímetros de la figura oculta de La Sombra, y comprobó que el bastidor de la ventana estaba cerrado con el pestillo. Girando sobre sus talones, Curry fue a la puerta exterior y apagó la luz.

El ruido de las pisadas del criado, cuando se alejaba por el pasillo, se apagó.

La risa de La Sombra sonó en un susurro siniestro. Permaneciendo inmóvil y silencioso, el fantasma de la noche había evitado que lo descubriesen. Este era el propósito de La Sombra en esa noche.

El marco de la ventana se alzó. La Sombra llegó al balcón. Invisible, bajó el bastidor de manera tan hábil, que parecía descender por sí solo. Un instrumento de acero penetró entre las secciones del bastidor.

Una mano invisible volvió a echar el pestillo desde el exterior, de modo tan perfecto que no quedó rastro de la operación.

El extremo libre del alambre, descendiendo del balcón, quedó colgando arrimado a la pared oscurecida del hotel. La figura fantasmal de La Sombra se movió hacia un extremo de la barandilla, luego se estiró hacia arriba y hacia afuera. Unos dedos largos, de acero, asieron la cornisa de una ventana situada más arriba. Trepando como una mosca humana, La Sombra alcanzó su objetivo y penetró en un piso.

Este cuarto estaba ocupado, pero no había nadie despierto. La capa de La Sombra hizo un ruido de fru-frú al dirigirse hacia una puerta exterior. Reinó un silencio sepulcral después de la partida del fantasma de la noche.

Diez minutos después, una ventana se abrió en un cuarto situado

varios pisos debajo del domicilio de Goldy Tancredo.

Una mano invisible se alargó en la noche y asió el extremo del alambre colgante. Una diminuta antorcha eléctrica arrojó un disco de luz, del tamaño de una moneda sobre la pared de la habitación, donde La Sombra se hallaba actualmente. Una mano enguantada de negro llevó el extremo del alambre a la caja de su teléfono instalado en la pared.

Allí, La Sombra se entretuvo con otro mecanismo. La Sombra retrocedió unos pasos y contempló la operación con la luz de su antorcha de bolsillo.

Este era un teléfono particular y el ocupante del cuarto estaba ausente.

Arriba, en el gabinete de Goldy Tancredo, La Sombra había instalado un extremo de la conexión en un dictógrafo. Aquí, había instalado la línea con el teléfono.

Mediante un mecanismo perfeccionado, inventado por él, La Sombra había establecido la comunicación que deseaba. Burbank no tenía más que llamar a este cuarto. El repiqueteo del timbre haría el resto.

Al parecer, se realizaría la llamada; en realidad, se formaría una conexión con la línea del dictógrafo. Esto significaba que Burbank podría oír a voluntad lo que se decía en el domicilio de Goldy Tancredo.

Colgando su receptor, Burbank completaría la supuesta llamada. De este modo, el agente invisible de La Sombra podría seguir el curso de los acontecimientos, a distancia, siempre que fuese necesario.

¡Durante los días siguientes llamarían muchas veces por este alambre!

La antorcha eléctrica se extinguió. La Sombra se hundió con ruido de fru-frú en la negrura de la noche. El cuarto cerrado volvió a quedar desierto. La Sombra había terminado su trabajo.

Iba a realizarse un hecho delictivo. ¿Podría La Sombra averiguar de qué se trataba?

¿Sus esfuerzos frustrarían los planes de los malhechores?

Esa noche, Clyde Burke había descubierto una cosa. La Sombra, aunque llegara demasiado tarde para ser testigo de la visita de Ping Slatterly, había ejecutado una operación habilísima con la que se

enteraría de todas las llamadas telefónicas y conversaciones de Goldy Tancredo con sus cómplices.

¡La Sombra había trazado sus planes hábilmente!

Un solo factor hizo fracasar las medidas tomadas por La Sombra. Esta noche Goldy Tancredo había ultimado sus planes de modo tan eficaz, que decidió no comunicarse momentáneamente con nadie.

Inconscientemente, Goldy obró con gran prudencia. La oscuridad silenciosa iba a caer de nuevo en otro lugar muy distinto, del hotel Olimpia.

Donde se produjera, los gangsters de la cuadrilla de Ping Slatterly darían un golpe. Hasta entonces, Goldy guardaría silencio.

CAPÍTULO VII

LA SOMBRA SE MUEVE

—**B**URBANK al aparato.

Fueron las palabras procedentes del otro extremo del aparato. La respuesta formulada desde un locutorio telefónico, fue emitida con la voz de La Sombra.

—Informe.

—Nada.

El receptor quedó colgado con un chasquido en la cabina telefónica, donde La Sombra se hallaba. Sucedió un silencio, mientras el rey de la noche trazaba su plan.

Habían transcurrido dos días desde que La Sombra visitara el domicilio de Goldy Tancredo. Durante ese espacio de tiempo, no se había recibido ningún informe de Burbank. Había cerrado la noche una vez más, y con ella cerníase la amenaza desconocida, de unos criminales peligrosos.

La puerta del locutorio telefónico se abrió. No emergió una figura alta y negra. Apareció un gangster con gorra y jersey.

La Sombra, rey del disfraz, vestía como un rufián del hampa. Mientras Burbank esperaba pacientemente a captar alguna noticia de importancia, La Sombra había penetrado en los dominios de los gangsters.

Era ésta la segunda noche sucesiva, que La Sombra visitaba las guaridas del crimen. Los miembros de los bajos fondos, ignorantes de que su común enemigo se encontraba entre ellos, habían aceptado al disfrazado visitante meramente como a un gangster desconocido.

La Sombra, con aspecto de pistolero, se alejó silenciosamente del establecimiento en donde había telefoneado. Con paso lento, en

entraño contraste con el rápido deslizarse de una figura fantasmal vestida de negro, dirigíase hacia uno de los peores antros del hampa.

Familiarizado con todas las características de los bajos fondos, La Sombra había iniciado un proceso de eliminación rápido y metódico. Había relacionado a Goldy Tancredo con las actividades del jefe de alguna banda de pistoleros. Uno tras otro, había visitado los antros, que los representantes de diversas cuadrillas solían frecuentar.

Sus ojos agudos, oscurecidos por la visera de una gorra arrugada, habían escrutado los rostros de una veintena de pistoleros. Sus oídos finísimos habían escuchado trozos de conversación, frases aisladas. Sin embargo, había sido en vano. Había averiguado muchos datos, mas ninguna de ellos guardaba relación con el caso que actualmente ocupaba su atención.

En medio de una callejuela oscura la figura de paso penoso y lento se detuvo y se volvió para descender una serie de escalones de piedra. Su mano abrió de un empujón una puerta desvencijada.

Con los hombros encorvados, el visitante penetró en una guarida subterránea, donde un par de docenas de pistoleros hallábanse reunidos bajo el resplandor de dos lámparas incandescentes.

Varios pistoleros de rostro feroz se volvieron, mirando hacia la puerta al aparecer el recién llegado. Vieron una cara mugrienta, de mandíbula cuadrada, debajo de la visera de la gorra.

Acogieron sin recelo, como si fuera uno de su calaña, al desconocido.

Ninguno de los presentes sospechó que estaba contemplando a La Sombra.

El gangster forastero fue a una mesa de un lado de la sala. Tiró sobre la mesa un billete de un dólar arrugado y un camarero con cara mugrienta trajo una botella y un vaso. El desconocido se sirvió una buena dosis del líquido, pero dejó el vaso sobre la mesa, sin tocar, mientras miraba malhumorado hacia la pared desnuda.

Esa noche había en el establecimiento toda clase de maleantes y entre ellos algunos que parecían pistoleros profesionales. La Sombra, al elegir su mesa, escogió un sitio cercano a un par prometedor. Con aire de indiferencia acerca de cuanto le rodeaba, escuchaba la conversación de aquellos pistoleros.

—Son cerca de las diez-gruñó uno.

—Sí-fue la respuesta —. Espera, que voy a tomar otra copa. Iremos juntos.

—Te traerá más cuenta. Ping no admite excusas. El teatro Windsor está muy lejos de aquí y tenemos que colarnos en la callejuela trasera cuando lleguemos...

La conversación se interrumpió mientras los pistoleros se disponían a marcharse. La Sombra había averiguado lo que le interesaba saber. El objetivo de los bandidos no podía ser el teatro Windsor, pues estaba cerrado y no ofrecía ninguna atracción a los pistoleros. Mas al mencionar la callejuela adyacente, se delataron a sí mismos. Un suntuoso edificio, dedicado a viviendas de lujo, estaba enclavado junto al teatro y podía ser muy bien el objetivo de unos bandidos aristocráticos.

Tadeus Harmon residía en el edificio. Los neoyorquinos habían oído hablar mucho de él durante las últimas semanas pasadas. Harmon, un millonario cuyo nombre aparecía con frecuencia en la Prensa, había manifestado que las piedras preciosas valiosas constituían una excelente inversión de dinero.

Había hablado de compras importantes que había realizado por medio de los comerciantes. En diamantes; y era sabido que había invitarle a sus amigos, gente rica también, a ver su colección de resplandecientes gemas que había llevado de la cámara acorazada del Banco a su suntuoso piso.

Hasta ahora, La Sombra no había podido descubrir qué clase de golpe se tramaba. Un doble asesinato, a sangre fría, había constituido el objetivo en el hotel Olimpia. Otro asesinato o asesinatos, un robo, un chantaje, constituían posibilidades.

Mas la relación de dos gangsters de rostro feroz, con una cita en una callejuela desierta, entre el teatro Windsor y el edificio cercano, era una pista que señalaba un hecho criminal insólito.

Los malhechores habían hablado de un individuo al que llamaban Ping. La Sombra conocía los antecedentes de Ping Slatterly, un jefe de cuadrilla que recientemente había desaparecido de la vista, como la tierra se lo hubiese tragado.

El hecho de que estos pistoleros estaban relacionados con un gangster tan formidable, tenía importancia. Fuese o no Ping Slatterly el misterioso compinche de Goldy Tancredo, era norma de

La Sombra impedir la ejecución de un hecho criminal.

Mientras los dos pistoleros terminaban su conversación y se disponían a salir del sórdido antro, La Sombra se alejó de la mesa donde estaba sentado.

Desempeñando aún el papel de un gangster errante, estaba a punto de seguir los pasos de los dos truhanes.

Una vez que estos individuos saliesen de la taberna clandestina, La Sombra podía seguirles fácilmente. La manera lenta como se levantó de la mesa, fue calculada deliberadamente para darles tiempo a que salieran primero.

El par de rufianes habían franqueado el umbral, cuando La Sombra terminó de incorporarse. Con el paso lento de un pistolero desocupado y carente de objetivo, La Sombra avanzó pausadamente hacia la salida.

Su hábil disfraz le sirvió en esta ocasión. Muchos ojos se clavaron en él; pero nadie sospechó que pudiera ser algo más que un miembro sin importancia de alguna pandilla vulgar.

Los escalones de piedra conducían a la puerta. A un lado estaba la pared; en el otro, una barandilla de hierro. La Sombra llegó a este punto.

Un incidente inesperado frustró el plan de La Sombra. Cuando ponía el pie en el primero de los peldaños de piedra, la puerta del bar clandestino se abrió de repente.

Un hombretón, de rostro grueso y hombros anchos apareció enmarcado en el umbral, mirando ceñudo en el antro subterráneo. Su figura corpulenta cerraba el paso de La Sombra.

Un murmullo se esparció por la sala. El recién llegado era muy conocido.

Era un gangster endurecido, veterano, llamado Harlow; tras él apareció la figura corpulenta de su compinche, el «Chiquilín».

Mirando hacia el fondo de los peldaños, Harlow vio la figura disfrazada de La Sombra. Observó un rostro mugriento y siniestro.

Con aire de perdonavidas, Harlow expresó al instante su desagrado hacia el sujeto que le interceptaba el paso.

—¡Quítate de allí en medio, so marica! —gruñó—, ¿qué crees que estas haciendo, obstruir el paso?

Unas risotadas de los maleantes que había en el antro, celebraron la intimación de Harlow.

—Dale un trompazo, Harlow-gritó uno—. Es un intruso en este establecimiento.

Harlow continuó mirando ceñudo. Al ver que el hombre que tenía delante no se apartaba, el matón hizo algo más que intentar descargar una trompada.

Con un movimiento rápido, sacó de un bolsillo un revólver de grandes dimensiones y avanzó el cañón hacia la cara de halcón que tenía delante.

Con el dedo en el gatillo, Harlow estaba dispuesto a acribillar al vulgar maleante que no tenía amigos.

Entonces el incidente sucedió veloz. La figura encorvada de hombros pareció alargarse. El brazo izquierdo de La Sombra se alzó con la rapidez de un rayo y asió la muñeca de Harlow. Cuando el hombretón disparó la bala salió disparada hacia arriba y se aplastó contra el techo.

Harlow no tuvo tiempo de intentar otro disparo. El brazo derecho de La Sombra había hecho presa ahora en él. Asido por el individuo agazapado que llevaba jersey, Harlow fue levantado en vilo de los escalones.

Con un movimiento ascendente, su atacante le tiró de cabeza. El hombretón remolineó por encima de la gorra de La Sombra. El revólver de Harlow cayó de sus manos, rebotando con estrépito en la pared; un instante después, su corpachón aterrizaba con violencia en el pavimento.

Su compinche, el “Chiquilín”, otro hombretón, sacaba su revolver. No tuvo ocasión de usarlo. Enderezándose y avanzando con increíble rapidez, La Sombra le descargó un puñetazo con la izquierda. El golpe hizo saltar el revólver de la mano del «Chiquilín»; luego, el brazo derecho de La Sombra entró en acción.

Un puño como una maza descargó un golpe en la barbilla del «Chiquilín».

El potente golpe lanzó al pistolero por encima de la barandilla junto a los escalones. El “Chiquilín” aterrizó boca arriba encima de una mesa donde dos gangsters se hallaban sentados. El frágil mueble se rompió bajo el peso del hombretón.

En medio de la confusión, el gangster desconocido, que se había defendido tan eficazmente, franqueó con rapidez la puerta del establecimiento.

Salieron a relucir una cantidad de revólveres. Se dispararon unos cuantos tiros sobre el lugar donde La Sombra había estado un segundo antes. Las balas de los excitados pistoleros, no encontraron más blanco que la puerta que se cerraba.

No obstante, algunos de los pistoleros emprendieron la persecución. Harlow y el «Chiquilín» eran populares en ese antro. Media docena de gangsters se pusieron en pie de un salto, dispuestos a vengar la afrenta inferida a uno de sus amigos.

Gruñendo, los pistoleros se lanzaron hacia la puerta. Llegaron a la callejuela y dispararon varios tiros en la oscuridad, al extenderse en distintas direcciones.

No encontraron al hombre que buscaban. Había desaparecido de la vista.

Mientras los pistoleros, buscaban por la callejuela, la figura encorvada de hombros que La Sombra había adoptado como disfraz, aparecía entre dos edificios en otra calle.

Con rapidez y sigilo, La Sombra se había enfrentado con sus perseguidores.

Pero en esta ocasión no podía perder tiempo. El encuentro con Harlow y el «Chiquilín» había ocupado unos minutos preciosos. Los dos pistoleros a quienes La Sombra seguía, habían tomado ya demasiada delantera. No le quedaba, más alternativa que dirigirse hacia el destino que ellos mencionaran.

Esto presentaba algunas dificultades. La Sombra, disfrazado aún de gangster errante, tuvo que dar un rodeo para eludir la persecución de los pistoleros que le buscaban.

No podía perder unos instantes preciosos en un combate, sin propósito ni fin determinado.

Al fin, su figura sigilosa surgió en una calle que tenía el aspecto de una vecindad respetable. Alejado de las fronteras del mundo del hampa, La Sombra podía proceder con toda celeridad. Agachada y presuroso, se aproximó a un potente coupé que estaba parado junto al bordillo de la acera.

Fue entonces cuando unos ojos vieron a la figura que andaba agachada.

De la otra acera partió un ¡alto!, Cuando un policía se acercó con premura para averiguar lo que el individuo del jersey hacía junto al lujoso automóvil.

Rápidamente, La Sombra se deslizó en el interior del coche. Su gorra cayó al suelo, a sus pies. El jersey pareció desprenderse de su cuerpo. Cayó también; y de la parte trasera del asiento surgió un sombrero de copa aplanado que se alzó y posó sobre la cabeza de La Sombra en el momento mismo en que llegaba el policía.

Unas manos blancas se alzaron y se posaron sobre la faz mugrienta. Parecían limpiar los vestigios de la suciedad, al mismo tiempo que ejecutaban un proceso de maquillaje.

La acción continuó mientras el agente trazaba un círculo en torno del coupé.

En el momento en que el policía introdujo una antorcha eléctrica en la ventanilla abierta, las manos blancas se posaron sobre el volante del automóvil.

—¡Eh! —gruñó el agente de la autoridad—. ¿Qué haces en este coche?...

El policía se detuvo asombrado al hallarse ante un caballero vestido, de etiqueta y usando chistera. Los ojos del caballero miraban interrogante al boquiabierto policía.

—¿Qué ocurre, agente? —preguntó una voz calmada.

—Creo que me he equivocado, señor —respondió el policía—. Me pareció ver a un maleante rondando en torno de este coche. No ha visto usted a nadie que intentase montar, ¿no es verdad?

—No he visto a nadie-declaró el caballero del volante —. Quizá si busca usted por los alrededores, encuentre a ese hombre que usted ha visto.

El policía subió a la acera y miró en ambas direcciones. Gruñendo tontamente, volvió al coupé. El caballero, de rostro impasible exhibió su licencia; el agente observó que llevaba el nombre de Lamont Cranston.

—No es necesario-declaró el policía —. Perdóne que le haya molestado.

—Iba a ponerme en marcha-manifestó Lamont Cranston, guardándose el carnet —. Hace un momento que subí al coche. Si por aquí rondaba algún malhechor, ciertamente que no le habría visto.

—Está bien, señor-respondió el agente —. Puede usted marcharse. Seguiré investigando. No era más que un individuo que me pareció sospechoso.

Los labios de Lamont Cranston esbozaban una sonrisa cuando sus manos giraron el volante y el automóvil se puso en marcha. La Sombra había usado un doble disfraz esa noche.

Debajo del jersey y los pantalones anchos, había un traje de etiqueta. Ahora se quitaba los pantalones. El policía no los había visto en la oscuridad.

La cara del gangster se había trocado, como por arte de magia, en un rostro lleno de dignidad.

La Sombra aparecía ahora en el papel de Lamont Cranston, el millonario deportista y famoso viajero, muy conocido en Manhattan. Era uno de sus disfraces más efectivos. Subiendo con vertiginosas rapidez por la Quinta Avenida, se dirigía rumbo al edificio lindante con el teatro Windsor.

No obstante, en ese momento, la sonrisa de La Sombra era feroz. Dos retrasos: uno en el antro; el otro con el policía. Habían obstruido su plan de acción. No existía posibilidad de dar alcance a los pistoleros que salieron a ejecutar un golpe.

No le quedaba más que una alternativa. Adoptando la personalidad de Lamont Cranston, La Sombra aparecería en el piso de Tadeus Harmon, representando el papel de un invitado inesperado.

Era el camino que debía seguir La Sombra. Era el método que debía emplear para frustrar el golpe.

CAPÍTULO VIII

EN EL PABELLÓN

TADEUS Harmon recibía en el pabellón de la azotea del edificio lindante con el teatro Windsor. La casa, como muchos otros grandes edificios de viviendas de Manhattan, carecía de nombre. Se le designaba meramente por el número de la calle.

El edificio se hallaba enclavado a corta distancia de la Quinta Avenida.

Cruzando una calle transversal, de la Quinta a la Sexta Avenida, se pasaba, por delante de la entrada de la casa antes de llegar al teatro Windsor.

Emplazado en la azotea de un edificio de veinte pisos de altura, el pabellón de Tadeus Harmon estaba aislado. El millonario lo había elegido por esa causa. Esa noche podría recibir y obsequiar a sus invitados en un lugar completamente aislado. Harmon lo comentaba.

De pie en el centro de un suntuoso gabinete, con un habano largo y delgado en los dedos, el millonario dirigía la palabra a una docena de invitados sentados en torno del aposento.

Mientras hablaba, Harmon agitaba el puro hacia un arca de forma extraña que estaba arrimada a la pared. Fuerte y voluminoso, este mueble tenía una tapa pesada, dotada de anchas bisagras.

—Ahí lo tienen ustedes-observó el millonario—. Hay por valor de medio millón de dólares en piedras preciosas debajo de esa tapa. Esa arca no está cerrada con llave. Todo lo que tengo que hacer es alzar la tapa y cualquiera de los presentes puede tocar las joyas.

El millonario hizo una pausa para sonreír, mientras daba unas cuantas chupadas a su habano. Continuó:

—Menciono estas cosas, porque algunos de los invitados han

expresado alguna aprensión respecto de la seguridad de mis piedras preciosas. Extrañan que yo corra lo que ellos creen un riesgo, al traer las joyas aquí y dejarlas, al parecer, descuidadas.

»Permítanme informarles-prosiguió —, que este pabellón es inexpugnable. Si estuviese enclavado en lo alto del peñón de Gibraltar, no estaría más seguro de lo que lo está en este momento.

»Cuando traigo mis joyas con el objeto de exhibirlas, tengo a varios detectives apostados, vigilando en este pabellón y también en la planta baja de la casa. Son detectives particulares, hombres hábiles, capacitados y dispuestos para cualquier contingencia.

»Hay dos maneras de llegar a este pabellón. Con el ascensor, por donde todos ustedes han venido; y por la torrecilla de incendios. Ambas rutas terminan en la planta baja. Esta habitación está dotada de un sistema de alarma especial. Con ella puedo avisar inmediatamente a los hombres que vigilan abajo. Hay además el teléfono; pero no es necesario confiar en él.

»Si algunas personas peligrosas penetrasen aquí—añadió —, y la entrada no sería difícil, tendrían trabajo en apoderarse de las joyas, estando mis hombres vigilando. Si lo consiguiesen, el problema sería cómo podrían escapar. El sonido de la alarma haría que los detectives apostados en la planta baja los capturasen.

»No importa lo que ocurra —finalizó—; mis detectives de la planta baja permanecerán en sus puestos, en el vestíbulo, hasta que oigan la alarma especial, que no puede dejar de funcionar, o reciban una llamada telefónica de este pabellón. En consecuencia, pueden ustedes estar tranquilos. Mis joyas están completamente seguras.

Los invitados parecieron estar contentos de la seguridad de Tadeus Harmon.

Se habían enterado de que había detectives presentes; era fácil señalar al cuarteto de sabuesos apostados en la sala. No obstante, las precauciones adicionales constituyeron una revelación interesante.

Harmon declaró:

—Cuando llegue el resto de los invitados, enseñaré las piedras preciosas a todos los reunidos. Faltan dos o tres solamente y espero que lleguen pronto.

Unos instantes después de haber terminado de hablar el

millonario, el teléfono repiqueteó.

Harmon, personalmente, respondió. Repitió los nombres de las personas anunciadas desde el vestíbulo. Luego un aire de satisfacción apareció en su rostro. Exclamó:

—Ah! ¿Dice usted que el señor Lamont Cranston está llamando? ¡Sí! ¡Dígale que suba con los otros!

Colgando el receptor, Harmon anunció que los restantes invitados iban a subir seguidamente. Añadió que otro visitante subía con ellos también.

Manifestó:

—Les agraderá conocer a Lamont Cranston. Es mi verdadero experto en cuestiones de piedras preciosas. Posee una colección extraordinaria y cada una de las gemas es única en su clase. Cranston es un viajero formidable. Ignoraba que estaba de regreso.

Tadeus Harmon hizo una seña a dos detectives. Los sabuesos cruzaron la habitación y le apostaron junto al arca que contenía las piedras preciosas. Los otros dos detectives tomaron posiciones cerca de la puerta exterior.

El millonario se volvió hacia la puerta de su gabinete y lanzó una mirada a la antesala, que también servía de pasillo de los ascensores. Vio la pesada puerta de la torrecilla de incendios, al otro lado de la hilera de ascensores.

Luego volvió la vista hacia los huecos de los ascensores. Parecía estar impaciente. En realidad, Harmon tenía tanta impaciencia por exhibir sus piedras preciosas como los invitados por verlas.

Pronto una de aquellas puertas de los ascensores se abriría, para introducir a los últimos miembros del grupo privilegiado, que Tadeus Harmon invitara allí esa noche.

Una hilera vertical de bombillas diminutas aparecía al lado de cada ascensor.

Harmon observó la luz más baja de la hilera. La bombilla titiló; la de encima, se encendió. Los indicadores se cambiaron en lenta sucesión. Este ascensor subía. Traía a los visitantes rezagados, y con ellos venía Lamont Cranston.

Fumando su habano, Tadeus Harmon observaba tranquilamente las señales del ascensor. El millonario, un caballero plácido canoso, tenía la costumbre de olvidarlo todo cuando observaba algo que le interesaba.

Había olvidado por completo la conversación de sus huéspedes, mientras contaba los pisos que el ascensor pasaba.

—Dieciséis... diecisiete... —los labios de Harmon formaban en silencio los números—; dieciocho...

El recuento terminó. Sin el menor aviso, el pabellón quedó sumido en una oscuridad completa. Hasta las luces del indicador del ascensor se apagaron cuando el palio de negrura lo envolvió todo.

Con toda el espesor de una noche nublada y ennegrecida, una oscuridad espeluznante pareció advertir la inminencia de un desastre.

Reinaba una negrura impenetrable. ¡El edificio completo hallábase envuelto en un sudario que impedía la entrada hasta de un resplandor lejano!

Sin embargo, nadie se percató de cuán absoluta era la oscuridad. Habían ocurrido otros fenómenos al mismo tiempo. Al sobrevenir aquella negrura, no sólo las luces, sino todos los aparatos que dependían de la corriente eléctrica, dejaron de funcionar en todo el edificio.

El ascensor quedó parado entre los pisos dieciocho y diecinueve. El servicio telefónico quedó interrumpido automáticamente.

¡La alarma especial, entre el pabellón y la planta baja, quedó inutilizada!

Las exclamaciones de sorpresa y susto salieron ahogadas de los labios de los invitados de Tadeus Harmon. Todos experimentaban la sensación de una fuerza sofocante y dominadora. La oscuridad tenía la realidad de una sustancia sólida.

Las manos asían débilmente los brazos de los sillones. Varias personas se incorporaron para dirigirse a tientas hacia un lugar menos terrorífico; luego se desplomaban en sus sillones, espantadas de la terrible sensación que experimentaban.

Alarmado, Tadeus Harmon hizo sobrehumanos esfuerzos para volver lentamente al gabinete. La fantástica oscuridad parecía sobrenatural. El millonario tembló de espanto, sin saber qué obedecía aquello.

Lo singular de la espesa negrura producía semejante efecto. En realidad, los que se encontraban envueltos en ese sudario gozaban de plena libertad de movimientos. Mas esas personas que experimentaban por vez primera ese estado de terror provocado por

la infernal oscuridad, no podían reaccionar.

Una grave amenaza envolvía a la atmósfera del pabellón.

¡La negrura silenciosa había llegado! ¡Tras ella, se produciría el hecho criminal!

CAPÍTULO IX

EL ROBO

UNOS hombres invisibles atravesaban la oscuridad. Mientras en el gabinete del Tadeus Harmon reinaba un silencio sepulcral, la invasión de los criminales continuaba progresando.

Surgiendo de la puerta de la torrecilla de incendios, Ping Slatterly y su grupo de pistoleros avanzaban a través de la oscuridad.

El rumor de la invasión no había llegado aun a los oídos de las personas que se encontraban en el gabinete del pabellón. Allí, Tadeus Harmon avanzaba a tientas hacia el timbre de alarma.

Los detectives trataban, en vano, de encender sus antorchas eléctricas. Hasta estos aparatos habían sucumbido a la extraña fuerza de la negrura silenciosa.

Una cerilla titiló; su llama vacilante no alumbró mucho. El rostro mismo de la persona que la encendiera no podía distinguirse. Hacía falta una luz más potente para horadar esa espesa negrura.

Surgió una luz. Desde el umbral, el resplandor de una linterna apareció de pronto a la vista. La linterna, de acetileno, proyectaba un brillo extraño por todo el aposento. Los invitados y los detectives contemplaban el resplandor a través de una atmósfera lóbrega.

Una voz habló detrás de la linterna. El tono, emitido en un áspero gruñido, fue claramente perceptible, a pesar del aire pesado y sofocante.

—¡Estáis encañonados! —hablaba Ping Slatterly—. ¡Al primero que se mueva lo acribillamos! ¡Manos arriba!

Tadeus Harmon oprimió el timbre de alarma en el momento en que Slatterly hablaba. Luego, el millonario retrocedió arrimándose a la pared, con los brazos en alto. Sus huéspedes le imitaron

prontamente.

Los detectives a su vez obedecieron de mal humor la orden de Ping. Lo súbito del ataque los había pillado desprevenidos.

Con su voz áspera, Ping, informó:

—No nos preocupa ese timbre de alarma. Tóquelo de nuevo, si quiere. Pruebe el teléfono también. No le servirá de nada.

Sus palabras fueron seguidas de una orden a sus satélites. Dos individuos se acercaron al resplandor de la luz de acetileno. Entre los dos llevaban una maleta de dos asas. Esos hombres llevaban un antifaz.

Era imposible identificarlos, cuando avanzaban hacia el arca que contenía las piedras preciosas.

Mientras los detectives permanecían reducidos a la impotencia, bajo la amenaza de unas pistolas invisibles, uno de los asaltantes levantó la tapa del arca. Unas manos mugrientas se introdujeron en el arca. Sacaron puñados de relucientes piedras preciosas, que echaron en la maleta.

Tadeus Harmon obró con imprudencia. La visión de su valiosa colección de piedras preciosas, robadas descaradamente ante sus propios ojos, fue demasiado para el enloquecido millonario. No intentó atacar a los ladrones, pero siguió el consejo sugerido por Ping Slatterly.

Alzando el receptor, trató de comunicar. El experimento le convenció de que el jefe de los ladrones había dicho la verdad. El teléfono no funcionaba.

Ping Slatterly profirió una carcajada. Sus secuaces terminaban la operación.

La tapa del arca descendió emitiendo un ruido sordo en la oscuridad. El jefe de la banda observó que un detective se movía nervioso. Gruñó una orden.

Un revólver habló a través de la oscuridad. Su rugido sordo fue un aviso.

Una bala se aplastó contra la pared, encima de la cabeza del detective. La amenaza fue suficiente.

—¡Recuerden —gritó Slatterly—, que el primero que se mueva es hombre muerto! Nos marchamos, pero volveremos inmediatamente si alguien hace el tonto. Será peligroso intentar alguna cosa, antes de que las luces se enciendan. ¿Entendidos?

Los ladrones se alejaban del arca. Uno llevaba la maleta con el botín; el otro empuñaba un revólver, con el que amenazaba en todas direcciones.

Tadeus Harmon gimió al pensar en su desgracia.

No había previsto esta situación inexplicable. Se percataba de que era imposible hacer nada. El hecho de que se hubiesen apagado todas las luces de la casa, no significaría nada para los detectives apostados en la planta baja.

No tenían motivos para sospechar que sucedía alguna cosa anormal en el pabellón, mientras no recibiesen un aviso telefónico u oyese el timbre de alarma especial.

Los invasores habían surgido de la torre de incendios. Se marcharían por el mismo camino. En esta asombrosa oscuridad, que tan sólo la linterna de acetileno podía penetrar, escaparían rápidamente. Ya se habían apoderado de las joyas.

¡Medio millón de dólares en piedras preciosas!

No cabía pensar en una persecución.

Harmon comprendió que sería imposible realizarla, hasta después de que los ladrones hubiesen escapado. Podrían cerrar fácilmente, a modo de barricada, la puerta de la torrecilla. Luego bajarían rápidamente la escalera y desaparecerían.

El millonario sabía que el servicio de ascensores, como las luces, el teléfono y el timbre de alarma, no funcionaban. Harmon y sus detectives quedaban inmovilizados en el pabellón hasta que la negrura silenciosa terminase, no podrían moverse.

Ping Slatterly, invisible tras el resplandor de la luz de acetileno, emitía una risita de júbilo. Conocía que tendrían en cuenta su aviso. Nadie osaría moverse antes de que se encendieran las luces.

La amenaza de Ping, de que sus secuaces acechaban en la oscuridad, era demasiado peligrosa para desafiarla.

Los acontecimientos se habían sucedido con extraordinaria rapidez desde la irrupción de los ladrones. El robo de las piedras preciosas fue ejecutado con presteza. Habían transcurrido unos tres minutos, desde que la oscuridad cayó sobre la casa entera, hasta el momento del disparo de aviso que terminó con toda idea de resistencia.

Ping Slatterly había calculado que no tardarían más de tres minutos, en bajar por la escalera de la torre de incendios. Esto daría

margen para escapar antes de que alguien de fuera del pabellón pudiera enterarse de lo ocurrido.

Hasta que el sudario de negrura se levantase, esa gente estaba reducida a la impotencia. Tan sólo por este motivo, Ping se había abstenido de cometer uno o más asesinatos. El diabólico jefe de la banda habría asesinado gustosamente a los indefensos detectives; pero tenía órdenes de no preocuparse más que del robo de las piedras preciosas.

Dando la orden de retirada, Ping empezó a recular desde la puerta del gabinete del pabellón. Retrocediendo sus satélites al mismo tiempo, el malhechor inició la retirada hasta llegar junto a la puerta, de la torrecilla de incendios.

Un gruñido de un pistolero dijo a Ping que la puerta estaba abierta. El camino estaba libre ya para escapar. Ping Slatterly se detuvo. Dio la orden de que los otros esperasen.

El resplandor de la lámpara de acetileno seguía iluminando a todo el gabinete. A través de una niebla oscura y entraña, veíanse los rostros tensos y pálidos de los huéspedes asustados y de los detectives malhumorados. Ping los contempló con desdén.

La mirada del gangster se volvió hacia Tadeus Harmon. El millonario, el único que no estaba asustado y tenía un aire de reto. Su expresión provocó la hostilidad de Ping Slatterly. El jefe de la banda gruñó en la oscuridad.

Por la mente de Ping desfilaron como un relámpago las instrucciones que había recibido. Le habían ordenado que se apoderase de las piedras preciosas y que no hiciese uso de las armas, a menos que fuese necesario. Pero el fuerte de Ping Slatterly era el asesinato y vio una buena ocasión para ello ahora.

Tan sólo un hombre, de entre los que se encontraban en el aposento, parecía ser capaz de enfrentarse con los malhechores. Este era Tadeus Harmon. ¿Por qué razón no había de eliminarlo?

Pensando rápidamente, Ping vio las ventajas, para Harmon, las piedras preciosas eran de vital importancia; para los otros, la vida del millonario era lo más valioso.

Si Tadeus Harmon cayese acribillado a balazos, un segundo antes de extinguirse la luz de acetileno, los otros hombres no pensarían más que en el temor de la muerte. Y cuando las luces se encendiesen de nuevo, reinaría una enorme confusión al ver el

cadáver del millonario.

Fría y deliberadamente, el feroz gangster alzó su revólver. Dispuesto a ejecutar una muerte, sostuvo la linterna con la mano izquierda, al tiempo que apuntaba el arma con la derecha.

—Esperad-gruñó a sus compañeros —: Esperad, que me voy a «cargar» a uno. Después nos largaremos. Ping Slatterly daba poca importancia a las consecuencias. Explicaría el asunto a sus compinches. Un asesinato no importaba, siempre que se realizase el robo. El éxito desarmaría a la crítica.

¡Un minuto más y el sudario de la oscuridad silenciosa envolvería una escena de asesinato!

CAPÍTULO X

TIROS DESDE EL ASCENSOR

LA potente luz de la linterna de Ping Slatterly, había horadado la negrura que envolvía al pabellón. El escalofriante palio de la oscuridad silenciosa, no se había disipado en ninguna otra parte. Dentro del ascensor que conducía arriba a los invitados, reinaba una oscuridad impenetrable.

El aparato se detuvo a mitad de camino, entre dos pisos. Las exclamaciones sobresaltadas de los pasajeros, se cortaron en sus labios asustados. Después de los primeros instantes de asombro, un terror mortal se apoderó de sus corazones temblorosos.

Entre aquellos pasajeros, que repentinamente quedaron a oscuras e invisibles los unos de los otros, había uno a quien la súbita oscuridad no produjo el menor temor. Esta persona era el invitado inesperado, que Tadeus Harmon tenía tanto interés en recibir; es decir, Lamont Cranston.

En las tinieblas del ascensor, el primer movimiento de Cranston fue empujar con las manos la pared interior del aparato. Sus dedos encontraron una hendidura, en la que introdujeron un instrumento metálico.

Un chasquido sordo en la oscuridad no fue percibido por los aterrados pasajeros, que murmuraban comentarios incoherentes entre ellos. El costado de la jaula, al abrirse hacia dentro poco a poco, no molestó a nadie.

La Sombra, trabajando en la oscuridad, había abierto la puerta de socorro del costado. Esta puerta estaba destinada a trasladar pasajeros de un ascensor a otro.

Actualmente no servía para este propósito, pues no podía hacerse funcionar otro aparato para que fuese en ayuda de los

pasajeros detenidos, dentro del ascensor entre dos pisos.

No obstante, La Sombra usó la abertura para otra finalidad. Su figura invisible se deslizó por el costado abierto del aparato. La puerta se cerró con un chasquido detrás de él, cuando él se agarraba a la parte exterior de la jaula.

Luego, con toda calma e precisión asió el eje y comenzó a trepar.

¡Mientras Ping Slatterly y sus satélites ejecutaban el robo en el pabellón, La Sombra, silencioso y envuelto en la densa oscuridad, subía poco a poco por el eje del ascensor! ¡Y cuando el jefe de la banda se detuvo con sus secuaces en la puerta de la torrecilla de incendios, la mano de La Sombra asió la puerta enrejada del ascensor al nivel del pabellón!

Mientras Ping daba sus órdenes finales, las manos de La Sombra abrían la puerta lentamente. ¡El resplandor de la luz de acetileno fue lo primero que vieron los ojos de La Sombra!

La puerta del ascensor se hallaba fuera del radio del reflector especial de Ping Slatterly. La densa oscuridad había cubierto todos los movimientos de La Sombra.

Ping Slatterly no podía ver a la figura fantasmal emergiendo por la puerta; ni tampoco podía La Sombra, observar la silueta de Ping tras el resplandor de la linterna de acetileno.

No obstante, los movimientos del gangster eran idénticos a los de La Sombra. Mientras el primero sacaba y apuntaba su revólver, la mano de La Sombra sacaba una pistola automática para usarla con certera puntería.

Cada uno de ellos tenía un blanco diferente. El objeto de Ping era Tadeus Harmon; el de La Sombra, la linterna que pendía de la mano izquierda del gangster.

Los dos hombres posaron simultáneamente el dedo sobre el gatillo de su respectiva pistola, sin que el uno supiese que el otro hacía lo mismo. La vida de un hombre pendía momentáneamente de la balanza. En aquel momento tenso y decisivo, las posibilidades de cuál dispararía primero eran iguales.

Una reacción mental decidió el resultado. Ping Slatterly, confiado y creyendo que Tadeus Harmon era una víctima indefensa, detuvo su dedo. La Sombra sabiendo que el grupo de gente aterrorizada del gabinete se encontraba a merced de los

malhechores, no se detuvo.

Un disparo retumbó en la oscuridad. El potente rugido de una pistola automática hendió la espesa negrura.

¡Con el disparo, casi simultáneamente se oyó un crujido metálico cuando la bala de La Sombra destrozó la linterna que Ping Slatterly tenía en la mano!

La linterna se apagó. El palio de la negrura silenciosa tornó a caer como una nube de oscuridad fantasmal. Un segundo disparo rompió la tensión. La Sombra disparó un tiro en la dirección del primero.

Esta vez no tenía ningún blanco, pero su objetivo, se limitaba a la zona cercana a la puerta de la torrecilla de incendios.

Instintivamente, las personas que había en el gabinete corrieron a ponerse a cubierto. Ante el peligro del tiroteo, habían perdido el miedo a la oscuridad.

Ping Slatterly y sus pistoleros iniciaron un ataque frenético con sus revólveres al dirigirse atropelladamente hacia la salida.

Algunos dispararon erráticamente hacia el gabinete. Estos disparos eran fútiles, pues el radio era grande y los invitados habían buscado un refugio o se habían tirado al suelo. Otros pistoleros dispararon hacia los ascensores. Estos tiros también fueron en vano.

La Sombra había retrocedido y se había apostado detrás de la puerta; su mano firme proyectaba la pistola automática y sus ojos agudos escrutaban la oscuridad.

Las llamaradas de los revólveres de los pistoleros, ofrecían a La Sombra los blancos necesarios. Cada llamarada de la puerta de la torrecilla de incendios presentaba a La Sombra una ocasión para disparar. Tras cada disparo se ocultaba tras el ascensor, asomándose de nuevo para volver a tirar.

Partieron del gabinete varios disparos. Los detectives entraban en acción. La Sombra se vió obligado a cesar el fuego.

La puerta del ascensor se cerró; las balas se aplastaron contra ella. Los sabuesos, ignorando de dónde les había venido la ayuda, disparaban hacia los ascensores como también contra la torrecilla de incendios.

Si los detectives no hubiesen intervenido, La Sombra, con su hábil táctica, podría haber evitado la huída de los malhechores. No obstante, el nuevo giro de los acontecimientos le obligó a dejar de

disparar.

Observando que ya no disparaban desde el ascensor, los sabuesos dirigieron todos sus esfuerzos hacia la salida del rincón.

Avanzando a través de la oscuridad, disparando al mismo tiempo, tropezaron con varios cuerpos postrados. Luego la pesada puerta se cerró herméticamente. Los sabuesos golpearon y empujaron frenéticamente para abrirla. Fue en vano. Los ladrones habían huido, abandonando en el suelo a algunos de sus compañeros.

Vomitó una llamarada el revólver de un gangster herido. Provocó una respuesta frenética de las pistolas de los detectives. Temiendo que les acribillaran desde el suelo, los sabuesos vaciaron sus pistolas.

¿Quién había escapado?

¿Quién quedó herido o muerto y abandonado? Eran preguntas que la oscuridad no permitía contestar. De pronto, un detective hizo un descubrimiento casual cuando, tropezó con un objeto en el suelo.

¡La maleta de las piedras preciosas!

El grito del sabueso llegó a los oídos de sus camaradas. Le rodearon, cogiendo la maleta para asegurarse de que había sido recuperada.

Las linternas eléctricas no podían encenderse aún: no funcionaban. Las cerillas titilaron débilmente, arrojando una luz insuficiente. En la confusión, olvidaron la puerta del ascensor. Nadie pudo oír cómo se abría. Envuelto en la oscuridad, La Sombra se levantó del suelo y cerró la puerta tras sí.

Su figura penetró silenciosamente en el gabinete. Cuando las luces se encendiesen, se encontraría entre los invitados. Que los detectives continuasen su labor —. Ya no era necesario ayudarles. Algunos de los malhechores habían escapado, pero La Sombra sabía que el plan que tenían había sido frustrado.

Pronto se levantaría la negrura silenciosa.

¡Entonces, encendidas las luces, se revelaría el resultado del poder de La Sombra! ¡De La Sombra implacable!

CAPÍTULO XI

LA OSCURIDAD DESAPARECE

—UN minuto más.

La voz de Héctor Fawcett hablaba en la oficina del piso de la Torre Yudruth.

A noventa y tres pisos de altura, el presidente de la Empresa Climax miraba por la ventana.

La habitación estaba sumida en la oscuridad, salvo el ligero brillo de un aparato cromado que aparecía junto a Fawcett. La extraña máquina estaba usándose. Un sonido de respiración denotó la presencia de otro hombre en la habitación, junto al interruptor de mando.

La parte semejante a una lámpara, del singular aparato se proyectaba a un ángulo descendente. De ella emergía un destello cónico que se iba ensanchando, y se asemejaba al rayo de un potente reflector. Pero este destello era distinto de la luz proyectada por cualquier aparato.

¡En lugar de luz, la máquina proyectaba una negrura hacia la ciudad!

¡A través del leve resplandor de las luces de Manhattan, un eje de negrura extendía su rayo misterioso!

Lo mismo que el destello de un reflector podía horadar la noche y extender un círculo de iluminación sobre su objetivo, este asombroso aparato funcionaba de modo opuesto. Las luces de los edificios brillaban abajo, pero el sitio donde el rayo negro terminaba estaba completamente a oscuras.

¡Toda la superficie del edificio de viviendas contiguo al teatro Windsor, estaba borrado de la vista!

—Magnífica operación... Hobbs...

Héctor Fawcett soltó una risita, al detenerse en el nombre con el que se había dirigido a su compañero. El tono de Fawcett era significativo. Indicaba una comprensión.

Tan sólo estos dos hombres, presenciaban el efecto lejano de la demostración de la nueva ciencia. Desde su puesto de observación, producían un resultado misterioso. Héctor Fawcett consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Era la hora determinada.

No obstante, se detuvo a gozar unos segundos más aquella visión que le intrigaba. Siguió con la vista la cuña creciente de oscuridad; contempló con aprobación la zona de negrura que indicaba la posición del edificio atacado.

Luego, en tono de lamentación, dio la orden final al hombre encargado de los mandos del aparato.

—Ya ha sonado la hora.

El hombre de la máquina oprimió una palanca.

El efecto fue mágico. El destello negro desapareció. Donde anteriormente una negrura extraña señalara la presencia de un edificio, una multitud de luces titilantes surgió a la vista.

Debajo del resplandor indirecto de la gran ciudad, el perfil del pabellón de Tadeus Harmon aparecía en lo alto del edificio. Las ventanas brillaban, indicando la situación del gabinete. En consecuencia, Héctor Fawcett soltó una risita.

Había visto este fenómeno anteriormente. Con su mismo compañero, el individuo a quien llamaba por el nombre de Hobbs, había observado el efecto del destello negro sobre el hotel Olimpia.

¡De nuevo se puso y se levantó una barrera de oscuridad, para dar tiempo a ejecutar con rapidez y eficacia un crimen!

La risita de Héctor Fawcett indicaba que tenía plena confianza. Fue contestada por un murmullo de satisfacción de Hobbs. Ambos conocían la fuerza del rayo misterioso. Proyectado durante un tiempo bien calculado, la negrura silenciosa había prestado un gran servicio a una banda de malhechores.

Una multitud de pensamientos jubilosos bullían, en el astuto cerebro de Héctor Fawcett. Estaba seguro del mal que se había hecho; pensaba en la confusión que debía reinar en el lugar, donde se habían robado piedras preciosas valoradas en medio millón.

No obstante, la escena que se desarrollaba en el pabellón era muy diferente de la imagen que Héctor Fawcett se había formado.

Las luces se encendieron súbitamente. Tras la espesa negrura surgió la deslumbrante iluminación.

Los asustados invitados contemplaban atónitos, los resultados de lo ocurrido en el pabellón de Tadeus Harmon.

La gente estaba esparcida por todas partes; en rincones detrás de los sillones en otros sitios más o menos seguros. Pero los invitados no se preocupaban por ellos mismos. El lugar de interés era el corredor. Allí aparecían los resultados del golpe frustrado.

Los cuerpos de dos pistoleros yacían en el suelo. Ambos estaban muertos.

Las balas de La Sombra los abatieron en medio de la oscuridad.

Los detectives, temiendo que seguían aún emboscados, los habían acribillado a balazos.

Dos sabuesos golpeaban aún en la puerta de la torrecilla de incendios. Los otros dos estaban agachados, cogiendo la maleta que cayó de las manos del ladrón que la soltó.

Tadeus Harmon lanzó un grito de júbilo. Había visto que sus preciosas joyas se habían salvado. Los otros invitados, contentos a su vez, le rodearon.

El teléfono empezó a repiquetear. El timbre de alarma, que antes se oprimiera en vano, funcionaba ahora. Unas lucecitas titilaron junto al ascensor. El aparato detenido había reanudado su marcha.

La puerta metálica se abrió y los invitados rezagados avanzaron, contentos de haber sido liberados de la prisión del ascensor.

Entre aquel caos, un caballero de elevada estatura, lleno de dignidad, cruzando calmamente el pasillo, se reunió con los señores que acababan de salir del ascensor.

Tadeus Harmon, acompañando a los detectives al gabinete, pasó por el lado de este nuevo grupo de invitados. Volviéndose, observó a Lamont Cranston; pues era él quien se había reunido con los señores del ascensor.

Tomando a Cranston por el más importante personaje de entre los recién llegados, Harmon le tendió una mano e inició una serie de explicaciones.

Cranston y los otros que habían estado en el ascensor escucharon con profundo interés.

Exclamó Harmon:

—¡Ha habido ladrones! ¡Han debido hacer algo a la instalación

eléctrica! ¡La corriente quedó cortada y no funcionaran las luces, ni el teléfono ni el timbre de alarma!

»Ya escapaban con mi colección de piedras preciosas. Afortunadamente tengo a varios detectives a la mano. Mis hombres tenían miedo de disparar, por temor a provocar represalias. Mas cuando los ladrones empezaron a disparar por su propia voluntad, nuestros detectives respondieron al fuego.

»Derribamos a dos de los malhechores. El resto consiguió escapar. La labor de mis detectives ha sido maravillosa. Digna de todo encomio. Les bandidos se vieron obligados a abandonar la maleta donde habían depositado las joyas. Los que se nos escaparon huyeron por la torrecilla de incendios.

—¡Felicitaciones, señor Harmon! —observó Lamont Cranston, en tono reposado—. Sus detectives merecen toda clase de elogios. Desgraciadamente no pudimos ayudarles. Nos quedamos inmovilizados en un ascensor unos pisos más abajo...

—Ha sido mejor que no se encontrase usted aquí—intercaló Harmon, con acento serio—. La situación era muy peligrosa. Tuvo usted suerte de no hallarse presente, señor Cranston.

Un esbozo de sonrisa apareció en los labios de Lamont Cranston cuando Tadeus Harmon se alejaba. El millonario no se imaginaba ni por asomo, que había estado con la persona que intervino tan oportunamente para salvar una fortuna.

La Sombra había ocultado con éxito su actuación esta noche. En cuanto a los detectives, era de lamentar su presencia. Sin la intervención de los sabuesos, La Sombra podría haber triunfado por completo de Ping Slatterly y sus pistoleros.

La Sombra, rey de la oscuridad, se había aprovechado de la negrura silenciosa. Disparando desde la oscuridad, había derribado a dos malhechores peligrosos, uno de ellos el portador de la maleta con las piedras preciosas.

Ahora, usando la personalidad de Lamont Cranston, La Sombra se dirigió hacia el lugar donde yacían los cadáveres.

Estudió las caras de los gangsters muertos. Reconoció inmediatamente que ninguno de ellos era Ping Slatterly. El jefe de la banda se hallaba entre los que habían escapado.

La amenaza de nuevos crímenes continuaba aún latente con toda intensidad, pues Ping Slatterly era sin duda el único de los invasores

de esta noche, que podría tener relación directa con los individuos que usaban el rayo misterioso y, por lo tanto, conocer sus planes.

Lamont Cranston se reunió con los invitados que había en el gabinete. Las piedras preciosas habían vuelto al arca. Los invitados, temblando aún de excitación, recuperaban poco a poco la calma. Lamont Cranston mientras, desaparecía en la confusión.

Transcurrió algún tiempo; al fin, la puerta de un ascensor se abrió, y un hombre moreno y robusto salió. Uno de los detectives particulares le vio y fue a saludarle. Condujo al recién llegado a presencia de Tadeus Harmon.

—El detective Cardona, de jefatura-fue el anuncio.

El millonario estrechó la mano del as de los sabuesos. Cardona inició un interrogatorio. Se volvió hacia sus acompañantes y los envió a investigar la torrecilla de incendios. Telefonó a la planta y ordenó al portero que subiese al pabellón.

Quedaban sólo unos cuantos invitados cuando Cardona terminó su investigación. El famoso detective, a punto de marcharse se detuvo a hablar con Tadeus Harmon.

Declaró:

—Esto le demuestra a usted de qué modo trabajan los malhechores. Hace un par de noches, algunos pistoleros intentaron asesinar a Goldy Tancredo. Lograron inutilizar la instalación eléctrica del hotel Olimpia. Luego se equivocaron al matar a unas víctimas inocentes.

»Aquí se ha presentado otra banda con la intención de cometer un robo. Oyeron hablar de lo ocurrido en el Hotel Olimpia. Estaban enterados de que no atrapamos a nadie que hubiese tocado la instalación eléctrica. En consecuencia emplearon el mismo ardid, cuando vinieron en busca de las piedras preciosas...

—Pero el teléfono... el timbre de alarma... —insistió Harmon—. También los inutilizaron...

—Estos que han venido aquí, operaron con mayor eficiencia, eso es todo-interpuso Cardona —. Vamos a realizar otra inspección de la instalación eléctrica. Descubriremos...

El detective frunció las cejas, perplejo.

A los oídos de Cardona había llegado un sonido extraño y misterioso: un eco susurrado del pasado. La nota sibilante de una risa leve; un tono sin júbilo que el detective reconoció al instante.

¡La risa de La Sombra!

¿Qué significaba? Cardona conocía ya esa risa. La había oído en circunstancias muy entrañas. Sabía que significaba una sentencia para los malhechores; que había intervenido más de una vez en su favor.

¿De dónde procedía aquella risa?

Cardona se volvió rápidamente. Casi esperaba ver la forma siniestra de una elevada figura vestida de negro. Miró con fijeza las paredes y el suelo, casi creyendo que La Sombra se materializaría de la nada.

Mas la única persona que el detective vio, fue un señor de aspecto solemne que se hallaba a pocos pasos de distancia. Cardona miró el rostro de esta persona. El sabueso no había visto nunca la cara de La Sombra, pero conocía, la fuerza extraordinaria de los ojos del fantasma de la noche.

No, este hombre no podía ser La Sombra. La mirada de Cranston era tímida, a pesar de su fuerza. El detective se encogió de hombros al dar media vuelta en dirección del ascensor. Intentó convencerse de que se había imaginado aquellos ecos de una risa.

El esfuerzo fue difícil, pues mientras Cardona caminaba, tuvo la sensación de que unos ojos invisibles le vigilaban. El detective no se volvió; trató de olvidar este nuevo efecto que le turbaba.

Si Cardona se hubiese vuelto, si hubiese escrutado de nuevo el rostro de Lamont Cranston, entonces habría sabido que aquella sensación de que unos ojos invisibles le vigilaban, no era una ilusión. Un cambio pasmoso se había operado en los ojos de Lamont Cranston. Aquellas pupilas tímidas ardían como un ascua, con una luz fantástica y sobrenatural.

La puerta del ascensor se cerró con violencia tras José Cardona. Lamont Cranston quedó solo, junto a la puerta del gabinete de Tadeus Harmon.

Una risa suave brotó de sus labios inmóviles. Sus ecos susurrados anunciaban un fin trágico a la negrura silenciosa que recientemente invadiera este pabellón.

La risa de La Sombra indicaba que estaba perfectamente enterado. La risa burlona que Cardona oyera indicaba que había esclarecido el misterio. Con la mano, La Sombra había frustrado un robo y un asesinato; con el cerebro, buscaba una explicación de la

oscuridad que ayudara tan eficazmente a los ladrones hasta el momento de su llegada.

Donde Cardona había pasado por alto ciertos detalles, La Sombra, en el disfraz de Lamont Cranston, asumiendo la personalidad de éste, había estudiado las pistas. Había oído a uno de los detectives particulares comentar el hecho, de que su antorcha eléctrica no pudo funcionar en la oscuridad.

No obstante, el sabueso olvidó este detalle de su antorcha con la misma prontitud, conque Cardona no diera la debida importancia a la ineficacia de la suya la noche del hotel Olimpia.

Para La Sombra, esto constituía una pista importante. Le facilitaba el dato que necesitaba El dedo de La Sombra pulsaba el misterio. Una inspección de la instalación eléctrica sería inútil.

La Sombra conocía que alguna fuerza desconocida cortó la corriente eléctrica, durante la invasión de los ladrones. Él había presenciado el momento de calma del palio de negrura; había descubierto en ello la existencia de alguna fuerza desconocida.

Encontrar la fuerza científica y misteriosa que producía el inexplicable fenómeno era la misión a realizar ahora.

¡La Sombra sabía que el origen del crimen estaba en el secreto de la negrura silenciosa!

Aquella fuerza fantástica había servido para dar un golpe criminal y volvería a ser utilizada de nuevo para un fin idéntico. El sudario de negrura había sido levantado, pero tornaría a caer otra vez. No precisamente aquí, donde en esta ocasión había fracasado, sino en otro lugar donde su fuerza misteriosa serviría para perpetrar otro delito criminal.

Donde la negrura silenciosa pudiera descargar la vez próxima, debería encontrarse e La Sombra para hacerle frente.

CAPÍTULO XII

NUEVAS ORDENES

—**P**ING está afuera.

—Hazlo pasar, Curry.

La cara del jefazo aparecía ceñuda cuando Ping Slatterly entró.

—¿Qué tienes que decir? —interrogó Goldy, con acritud.

—El golpe falló-gruñó Ping —. Eso es todo. No ha sido culpa mía, Goldy.

—Quizá tú no has tenido suficiente valor para ejecutarlo-replicó Goldy —. ¿No has pensado en eso?

—El botín estaba en la maleta, Goldy-protestó Ping —. Todas las joyas estaban en la maleta...

—Pero dejaste la maleta allí, ¿eh? —interrumpió el jefazo, con sarcasmo.

—Yo no la dejé-declaró Ping —. Alguien agujereó a Goofy Zellen. Él llevaba la maleta. Yo creía que ya se había largado. Algún detective me destrozó de un tiro la linterna. Entonces tuvimos que escabullirnos en la oscuridad.

—De modo que fue eso lo que ocurrió-comentó Goldy —. Bien dejaremos correr esto, Ping. Ten preparada la banda, por si es necesario dar un golpe mañana por la noche.

—Seguramente.

Goldy Tancredo extrajo del bolsillo de su batín un pliego de papel, lo desdobló y lo entregó a Ping Slatterly:

—Léelo-ordenó el jefazo —. Esto te explica la característica del nuevo golpe.

Ping Slatterly estudió el documento. Una sonrisa feroz apareció en sus labios carnosos. Terminó su lectura y devolvió el papel a su dueño.

—Oye, Goldy —exclamó—. Esto es un golpe de verdad. El Banco Nuevo...

La voz de Ping se interrumpió, cuando el jefe de la banda observó un ceño en el rostro del jefazo. Este le miró con desdén. Perplejo, Ping pidió una explicación.

—¿Qué sucede?

—Eres muy listo, ¿verdad? —observó Goldy—. ¿Por qué crees que te di estas instrucciones por escrito? Te diré el motivo, porque yo no quería que tú abrieses la boca. Y lo primero que haces es hablar.

—Pues no comprendí la idea—respondió Ping, malhumorado—. Tú siempre has tenido la costumbre de hablar de las faenas que has encargado.

—Ya no más, Ping.

Con una sonrisa enigmática, Goldy Tancredo rascó una cerilla y encendió el papel donde estaban anotados los planes del golpe en perspectiva. Dejó que el pliego ardiera casi por completo, luego apagó la llama y tiró las cenizas en una papelera metálica.

Observó Goldy:

—Ha habido alguna traición. Alguien nos ha vendido. Ignoro quién es el culpable, pero puedo enseñarte el resultado. Ven.

Condujo al jefe de los pistoleros al rincón cercano a la ventana. El armario para libros había sido apartado un poco de la pared extrema. Goldy señaló la mitad de una bola de caucho que estaba adherida, como una ventosa, a la pared.

Inquirió Ping Slatterly:

—¿Qué es eso?

El jefazo se llevó un dedo a los labios. Ping asintió con la cabeza indicando que comprendía la orden de silencio. Goldy arrancó de la pared la bola de caucho, apareciendo a la vista el dispositivo del micrófono. Tapó el aparato con el improvisado silenciador y oprimió la pelota de caucho colocándola en su sitio de nuevo.

Declaró:

—Un dictógrafo. Ha estado aquí desde hace un par de días, a lo menos. Por este motivo no despego los labios. Para acostumbrarme. No pueden oír nada desde que lo tapé con un silenciador de mi invención.

—Magnífica idea. Pero, dime, Goldy, ¿quién ha instalado ese

aparato aquí? ¿Y adónde se dirige?

—Ese es el misterio. Me ha dado que pensar, Ping. Me imaginé que se trataba de algún truco de Cardona, para ver si podía descubrir quién intentaba «despacharme». Mas cuando localicé la línea, ¿qué te parece que encontré?

—¿A algún sujeto en el otro extremo?

No —gruñó Goldy—. De haber sido así, no le arriendo la ganancia al pájaro. Se trata de algo más hábil, Ping. Este aparato está conectado con un teléfono en un cuarto vacío. No puedo seguir el rastro desde allí en adelante.

—¿Por qué no lo arrancaste? —inquirió Ping.

—¿Para que el sujeto supiese que me he enterado? —se mofó Goldy—. De ninguna manera. Tengo el aparato tapado, excepto cuando hablo de vez en cuando con Curry. Entonces levanto la tapa; si alguien está escuchando, no oye ninguna cosa de importancia. Curry descubrió el aparato.

—¿Cómo?

—Movié casualmente el armario y vió la conexión. Escucha, Ping. Ya has recibido las órdenes. Recuerda lo que te he enseñado en el papel. Tienes que estar preparado; eso es todo. No te hagas visible hasta que llegue el momento de dar el golpe. He arreglado el resto.

Ping asintió con la cabeza.

—Lo que es más—añadió el jefazo —, no quiero que vengas aquí. Es peligroso. Cardona sigue diciendo que debe haber alguien que me quiere mal y trata de matarme. Y cree que es el mismo sujeto que “despachó” a los dos ingenieros en el hotel Olimpia.

“No sería extraño, ¿no es verdad?, Que algún día te viese por aquí. Podría pensar que tú eres el pájaro que él busca... y en cierto sentido tiene razón. Tú nunca has intentado “liquidarme”; pero esto no importaría si Cardona sospechase que tú has cometido el doble asesinato.

—Escucha-protestó Ping —, ¿a santo de qué volvemos a hablar de eso, Goldy? Me parece que dijiste que íbamos a guardar silencio aquí dentro.

—El dictógrafo, está tapado —sonrió Goldy—. No obstante, tienes toda la razón, Ping. Me alegro de que te hayas alarmado... esto no te hará ningún daño. Eso es todo. Conoces el plan y has

recibido las instrucciones. Ahora lárgate.

Ping Slatterly rió y fue a la puerta. Curry le esperaba allí y le acompañó como de costumbre, hasta el piso inferior.

Goldy Tancredo se acomodó en un sillón y encendió un pitillo. Mientras lanzaba una bocanada de humo, observó que Riggins estaba parado en la puerta.

El pistolero de escolta apuntó un pulgar en dirección del armario para libros.

Goldy asintió riendo.

—Lo tengo tapado, Riggins. Pero destápalo ahora. Hablaremos de una serie de tonterías para que nos escuchen.

Riggins fue al rincón y sacó la bola de caucho. Comenzó a charlar con Goldy y el jefazo respondió. La conversación no tenía ninguna relación con el golpe en perspectiva. Goldy parecía divertirse con la farsa de facilitar a un oyente lejano una serie de informaciones inútiles.

Curry apareció en la puerta. Hizo un gesto indicando la llegada de un nuevo visitante.

El criado explicó:

—Es el reportero. Sabe a quién me refiero: a Burke, el de El Clásico.

Ordenó Goldy:

—Que pase. No... un momento, Curry.

Mientras el sirviente se detenía, Goldy señaló a Riggins que tapase de nuevo el aparato de la pared. El jefazo había pensado que algún giro de la conversación del periodista podría ser comprometedor —Goldy no depositaba mucha confianza en los chicos de la Prensa.

Curry esperó a que Riggins tapase el escondido micrófono. Luego fue a introducir a Clyde Burke. Goldy Tancredo se arrellanó en el sillón, mientras Riggins iba a su puesto habitual junto al saliente de la ventana.

Sentado cómodamente, Goldy exhibió la dentadura en una de sus más acogedoras sonrisas. Este saludo para el nuevo visitante era el disfraz más efectivo del jefazo. Afable y cordial, Goldy Tancredo no presentaba el aspecto de un criminal ni mucho menos.

CAPÍTULO XIII

LA SOMBRA AL HABLA

—**H**OLA, Burke. ¿A qué obedece la visita? ¿Hay alguna novedad?

—Nada nuevo. Por eso he venido aquí, a ver si podía enterarme de algo.

—¿Sí? —rió Goldy—. Pues te has equivocado de lugar. Ya te dije todo cuanto sabía la otra noche.

—Escucha, Goldy-Burke habló en tono confidencial, mientras arrimaba un sillón —, he estado hablando con Cardona: lo he estado sondeando sobre la lista que tú me dijiste que él tenía.

—¡Bien!

—Cardona no despegó los labios; es demasiado reservado. Se negó a facilitarme alguna información. Por consiguiente tal vez tú puedas...

—¿Yo te diría lo que quieres saber?

—Sí.

Goldy Tancredo rió estentóreamente. Riggins sonrió celebrando el alborozo de su jefe. Clyde Burke permaneció sereno.

Cuando terminó de reír, Goldy observó:

—Pides demasiado, Burke. Cardona ni quiere decirte lo que piensa y vienes en busca mía. Tratas de sonsacarme para luego comprometerme.

—De ninguna manera-repuso el reportero y agente de La Sombra —. Yo frecuento muchos lugares y oigo muchas cosas que Cardona ignora. Si alguien tiene el propósito de mandarte al otro barrio, no te perjudicará que yo trate de averiguar quién es, ¿no es verdad?

—Te entiendo-dijo Goldy, con una sonrisa siniestra —. Quieres que te tome como confidente, ¿eh? ¡Magnífico trabajo para un reportero!

—Tómalo así, si quieres —repuso Burke—. De todos modos, constituye parte de mi profesión. Escucha, Goldy, si puedo descubrir quién asesinó a Reardon y a Furness, será un triunfo colosal para El Clásico. No te perjudicará: al contrario, es posible que te beneficie.

—No hay nada que hacer —gruñó Goldy—. No tengo nada que ver con todo eso, ¿comprendes? No quiero saber nada. Es todo cuanto tengo que decir.

El tono rotundo del jefazo indicaba que la entrevista había terminado.

Clyde Burke sonrió y se encogió de hombros. Se levantó y se volvió hacia la puerta.

—Adiós—dijo Goldy, volviendo a su tono afable—. Esto es para ti también, Riggins. No te necesito más esta noche.

El individuo de escolta se reunió con el reportero, pero al encaminarse hacia la puerta observó la mano derecha de Goldy Tancredo. El jefazo tenía los dos primeros dedos cruzados.

Riggins conocía el significado de la señal. Debía repetirla en la puerta del hotel del vestíbulo. Vista por un individuo que acechaba en la calle, era una señal de que se debían seguir los pasos de Burke hasta nueva orden.

Algo en las maneras del reportero provocó las sospechas de Goldy. Quizá fue el hecho de que Burke, mientras, conversaba, lanzó una mirada hacia el armario para libros. Sea lo que fuere, Goldy consideraba que el periodista constituía; una amenaza.

El jefazo cogió el teléfono, marcó un número y sostuvo una breve conversación con otra persona que le respondió desde el otro extremo del hilo.

El jefazo tenía motivos para entrar en sospechas. Clyde Burke se había excedido esa noche. Había ido allí, no con el objeto de su entrevista, sino en calidad de agente de La Sombra, a inspeccionar el gabinete de Goldy Tancredo.

Fue Clyde Burke quien informó a La Sombra sobre el armario para libros que había arrimado a la pared de la ventana, La Sombra, a su vez, había instalado el dictógrafo. No obstante, Burbank, el agente de enlace, había obtenido un resultado muy pobre.

El oyente invisible había notado una interrupción en el curso de algunas conversaciones. Esto debía ser al sistema de Goldy de tapar y

destapar el micrófono, a intervalos.

Aun esta noche, Riggins no había cubierto el dispositivo hasta después de la llegada de Clyde Burke. En consecuencia la voz del reportero no había pasado por el alambre, a pesar de haber entrado en el gabinete de Goldy.

Tales incidentes ocurridos durante los días anteriores, indujo a Burbank a creer que habían descubierto el aparato. El invisible agente de enlace informó al respecto a La Sombra; y a su vez, recibió instrucciones de enviar a Burke a investigar.

Así, aproximadamente veinticuatro horas después del suceso ocurrido en el pabellón de Tadeus Harmon, el reportero había hecho un descubrimiento.

Fue Burke quien observó primero la posición del armario para libros en la habitación de Goldy Tancredo; al hacer esta segunda visita descubrió que lo habían cambiado de posición.

Si Goldy Tancredo hubiese sabido que Clyde Burke era un agente de La Sombra, habría tomado inmediatamente, medidas para eliminar al curioso reportero. Pero el jefazo había interpretado de distinta manera la visita. Al mencionar Burke a Cardona, Goldy creyó que el reportero tal vez estaría trabajando con el famoso detective. Cardona, hombre hábil y taciturno, era el tipo de sabueso que usaría un dictógrafo en su labor policíaca.

En consecuencia, Goldy había dado órdenes de que siguieran los pasos del reportero para comprobar si tenía relación con Jefatura. En cualquier momento, el jefazo podía ordenar que se eliminase al curioso periodista, pero Goldy no tenía prisa, esperaba un momento oportuno.

El teléfono repiqueteó después de la partida de Burke. Goldy Tancredo alzó el receptor y oyó la voz de Héctor Fawcett. Con el dictógrafo tapado, Goldy podía hablar con entera libertad, pero se expresó con brevedad y cautela.

Olvidó el fracaso de la noche anterior al acentuar la importancia del golpe de mañana.

—Hobbs está dispuesto. Estará aquí.

Fueron las palabras finales que Goldy Tancredo percibió. El jefazo colgó el aparato, paseó un rato y finalmente salió del aposento.

No tardó mucho en aparecer una mancha de negrura, en el

suelo, junto a la ventana. De nuevo, La Sombra hacía una visita secreta al domicilio de Goldy Tancredo.

La negrura se extendió y movió; encima de ella, materializándose junto a la cortina, apareció la alta y fantasmal figura vestida de negro.

Silenciosamente, La Sombra avanzó hacia la pared, junto al armario para libros. Sus ojos agudos y escrutadores observaron la improvisada tapa de caucho. Sus labios invisibles emitieron una risa sibilante y susurrada.

Volviéndose, La Sombra observó un radiador en el lado opuesto, del saliente de la ventana. Yendo a aquel lugar se agachó e instaló otro micrófono. Pasó un alambre delgado e invisible a lo largo de la base de la pared, luego lo subió por detrás de la cortina, cerca del armario para libros.

Introduciendo el alambre primitivo en una hendidura, junto a la ventana, conectó el nuevo alambre, realizando su trabajo ayudado por la luz de su diminuta linterna eléctrica. Una vez terminado, retrocedió hacia el calorífero y habló en voz baja. Anunció en un tono sin inflexión:

—Terminada la conexión. Burke fuera de servicio hasta nueva orden.

Esas palabras fueron dirigidas a Burbank. Les siguió la risa de La Sombra.

La Sombra había ido allí por segunda vez, con el objeto de contrarrestar el descubrimiento que Goldy Tancredo hiciera casualmente del micrófono primitivo. La primera conexión estaba terminada. Goldy, confiado en que podía tapar a voluntad el dictógrafo, no sospecharía la existencia de la nueva instalación. Mas La Sombra mediante un simple reajuste del circuito, había instalado un nuevo aparato para escuchar.

Oirían a Goldy, cuando hablara. Aunque examinase de nuevo la línea, no descubriría el alambre introducido en la grieta junto al saliente de la ventana.

No obstante, se había perdido momentáneamente el contacto deseado.

¿Existía algún dato o rastro que ayudase a La Sombra en su búsqueda?

La alta figura deslizóse a través del aposento. Los ojos

escrutadores lo inspeccionaron minuciosamente todo, sin descuidar lugar alguno que pudiese facilitar una pista. La mirada de La Sombra se posó sobre la papelerera.

Los restos carbonizados del papel donde Goldy Tancredo escribiera las instrucciones, para que Ping Slatterly tomase nota, estaban aún dentro del recipiente metálico.

Una mano enguantada de negro se introdujo en la papelerera. Extrajo un fragmento pequeñísimo de papel chamuscado. Los ojos vieron una parte de una palabra escrita. La misma mano reunió con sumo cuidado las cenizas, mientras la otra extraía una hoja de papel.

Trabajando sobre una mesa, La Sombra, extendió estos restos del mensaje de Goldy Tancredo. Las cenizas fueron colocadas encima de la hoja de La Sombra. La diminuta antorcha eléctrica emitió un chasquido. Un resplandor descubrió unos vestigios de escritura entre las cenizas.

La inspección continuó en medio de un silencio sepulcral. Al fin, la mano de La Sombra alzó la hoja de papel y dejó que los fragmentos de las instrucciones de Goldy retornasen a la papelerera. La elevada figura se deslizó hacia la ventana. El papel en blanco desapareció de la vista, debajo de la capa.

Resonó una risa sibilante y cuchicheada, casi imperceptible. Siguieron unos ecos fantásticos, sobrenaturales. Era la señal de la partida de La Sombra. La figura fantasmal se fundió en la oscuridad de la ventana.

Varios minutos más tarde, Curry entró en el aposento. El criado observó la papelerera y la sacó para vaciarla.

No se imaginaba Curry que un visitante silencioso había estado en la habitación aquella noche. No se dio cuenta de que, al retrasar el cumplimiento de una obligación muy sencilla (vaciar la papelerera), había permitido que un poderoso enemigo del crimen, recogiese algunos datos relativos a los proyectos de Goldy Tancredo.

En efecto, entre las cenizas de la papelerera, La Sombra había descubierto ciertos hechos concernientes al golpe que se tramaba. Había leído las palabras “Banco Nuevo” el nombre del Banco que Ping Slatterly debía asaltar cuando la negrura silenciosa actuase de nuevo.

En medio del siguiente palio de negrura, la mano de La Sombra estaría presente.

¿Cómo haría frente el terrible vengador, a la amenaza siniestra?

No tardaría mucho en lograrse.

CAPÍTULO XIV

EN JEFATURA

A la noche siguiente, estaba el detective José Cardona sentado en su mesa, en jefatura. El as de los sabuesos neoyorquinos revisaba un montón de papeles relativos a la fracasada irrupción del domicilio de Tadeus Harmon.

Los informes no aportaban ningún dato ni pista de importancia. No se había averiguado nada concerniente a la instalación eléctrica de aquel edilicio de viviendas.

Cardona alzó la vista al entrar un hombre. Movi6 afirmativamente la cabeza al ver detective sargento Markham, el ayudante que había trabajado con él en este caso. Markham tomó asiento. Cardona se volvió hacia él.

Inquirió el sargento:

—¿Hay alguna pista nueva, Pepe?

—Nada en absoluto —respondió Cardona, áspicamente—. No tengo más que cierto presentimiento-hizo una pausa para sonreír —, y este presentimiento se basa en lo sucedido en el domicilio de Harmon.

—¿Qué es?

—Que los mismos individuos que cometieron aquellos asesinatos en el hotel Olimpia, fueron los que asaltaron la casa de Tadeus Harmon.

—Pensé que tú opinabas de otra manera. Manifestaste que, al parecer, una banda había copiado la idea de otra.

—Eso es lo que declaré a los periodistas-sonrió Cardona —, y les dije lo que yo creía entonces. Mas ahora he cambiado de opinión. No se lo he dicho a nadie todavía.

—¿Has descubierto algo entonces?

—No. No he descubierto nada. Por este motivo, tengo el presentimiento. Escucha, Markham. Si una banda inutiliza las luces en el Olimpia para eliminar a Goldy Tancredo, es lógico que otra pruebe el mismo truco en casa de Harmon. Esta es la primera deducción, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues bien-arguyó Cardona, sabiamente —, es razonable que hubieses averiguado algo referente a una pandilla, aunque no encontrásemos ninguna pista de la otra. No hemos descubierto nada. Por consiguiente...

—Te comprendo-interrumpió Markham —. Dos operaciones perfectas significan el mismo método, y esto señala una conexión entre la primera y la segunda.

—Exacto-declaró Cardona.

—Lo encuentro razonable-manifestó Markham —. Mas, ¿por qué no han intentado otra vez, eliminar a Goldy Tancredo? Este era su primer objetivo.

—Te diré por qué-respondió Cardona moviendo el índice —. Conocen que Goldy es un zorro. Temen que él se entere del golpe y pida una parte para guardar silencio. Este es el negocio a que se dedica Goldy. En consecuencia, fueron en su busca la primera vez, pero tienen miedo de arriesgarse de nuevo, porque él no sale de su casa para no hacerse visible...

“También se figuran-añadió —que Goldy les tiene miedo. Es probable. En consecuencia, ellos siguen adelante con un plan determinado. El asalto a la casa de Harmon fue el primer golpe de la lista. Seguramente, tienen otros en cartera.

—Esto es serio.

—Muy serio. Por esto no pierdo de vista a Goldy. Quizá vuelvan a intentar eliminarlo; si es así, averiguaremos quiénes son. Al mismo tiempo, Markham, dejo que los periódicos sigan creyendo lo que les dije. Tal vez esto ayude a engañar a esos hábiles ni malhechores.

—Escucha —dijo Markham, de repente—, me has hecho pensar en una cosa. Estuve cerca de la residencia de Goldy, anoche. Vi que un reportero salía de la casa. Quizá...

—¿Quién era? —preguntó Cardona vivamente.

—Burke, el de El Clásico-informó Markham.

—Clyde Burke, ¿eh? —murmuró Cardona, pensativo—. Escucha, Markham, este Burke ha buscado información de los dos casos. Quizá pretende que Goldy hable.

—No tiene muchas probabilidades de éxito-declaró el sargento—. Tú interrogaste a Goldy. Afirmó que había dicho cuanto sabía, lo cual no era gran cosa.

—Sí, pero Burke puede tener algo.

Tras estas palabras, Cardona extendió la mano y descolgó el receptor. Llamó a la redacción de El Clásico. Le pusieron en comunicación con Clyde Burke.

El detective rogó al reportero que fuese a Jefatura.

—No hablaré demasiado a Burke-explicó luego a Markham—. Quizá él está buscando algo. Tú le aseguras los pasos, para averiguarlo.

Clyde Burke llegó a la oficina de Cardona, con el aire de un hombre que espera que le faciliten alguna información. Declaró:

—Sí, es cierto que fui a ver a Goldy. Pensé lo mismo que usted, Cardona. Quizá Goldy sabía quién era el individuo que le amenazaba y me lo diría. Pero no quiso decirme nada.

Dijo el detective: —Muy bien, Burke. Si averigua alguna cosa, dígamelo en seguida. Me sería de mucha ayuda, saber quién amenaza a Goldy.

Clyde Burke se marchó. El detective sargento Markham le siguió un instante después. Cuando el reportero llegó a la calle, el sargento le seguía de cerca.

Estando libre de servicio, sin tener que hacer más que pasar una velada tranquila en la redacción de El Clásico, Burke caminaba pausadamente por la calle, sin percatarse de que le seguía un detective.

Hubo otro incidente que Burke no observó. Un individuo caminaba delante de él. Había seguido al reportero desde las oficinas de El Clásico hasta Jefatura, y ahora el espía que le había seguido los pasos le precedía.

El detective sargento Markham, que caminaba detrás del reportero, a bastante distancia, no sospechaba que un malhechor iba delante de los dos.

Sin embargo, esto iba a producir unas consecuencias, inesperadas.

El espía se acercó a una esquina; allí se detuvo para saludar a un hombre que estaba parado esperando. Se cruzaron unas palabras entre los dos. Luego, cuando Clyde Burke se aproximó, el par inició una conversación rápida.

El reportero no la oyó hasta después de haber pasado delante de ellos.

Titubeó al percibir las palabras pronunciadas en voz más alta.

—Vas a «despertar» a Goldy, ¿eh?

—Sí; estoy citado con él en casa de Jerry...

Unos murmullos; luego, cuando Burke se detuvo a encender un cigarrillo, oyó mencionar la dirección de una calle de un distrito de mala fama. Al arrojar la cerilla, Clyde se volvió ligeramente y vio las espaldas de los hombres cuando se alejaba por la calle.

La decisión de Clyde fue tomada con rapidez. Como todos los agentes de La Sombra, el reportero usaba su propio criterio en un momento oportuno. No pensó más en los dos hombres; simplemente, decidió dirigirse al lugar que ellos habían mencionado y ver lo que sucedía allí.

A medida que Burke aceleraba el paso hacia la entrada de un “metro”, Markham hacía lo propio. El sargento se hallaba a corta distancia del reportero y no había observado que éste había oído la conversación que sostuvieron los dos individuos de la esquina.

Markham simplemente se imaginó, que Burke debía dirigirse hacia algún lugar importante. Seguir los pasos de un reportero era una experiencia nueva para el sabueso; Pero, en las circunstancias presentes Markham tenía la impresión de que el rastro podía conducir alguna parte.

Esta había sido la idea de José Cardona, el famoso detective seguía sosteniéndola. Vuelto a su mesa, en su despacho de Jefatura, Cardona fumaba un puro mientras continuaba examinando los datos acumulados, con la esperanza de tener alguna nueva inspiración.

A veces, Cardona se preguntaba qué éxito podría tener Markham.

Luego, volvía a absorberse en el estudio de los papeles que tenía delante.

Transcurrió media hora mientras el detective trabajaba. El teléfono de la mesa repiqueteó.

Metódicamente, Cardona puso los papeles a un lado y alzó el

receptor, después de repicar el aparato tres veces. Gruñó un “¡diga!” en la bocina. Una voz reposada contestó. Cardona escuchó.

Aquella voz le recordó hechos pasados. Estaba seguro de haberla oído antes.

No era la voz de La Sombra-un tono extraño y siniestro que el detective había oído algunas veces —, sino la calma de esta voz lo que despertó en él reminiscencias de hechos relativos de la noche.

Había motivo para que Cardona tuviese esta impresión. El famoso detective escuchaba la voz de Burbank, el invisible agente de enlace de La Sombra. De acuerdo con unas instrucciones especiales recibidas, Burbank telefoneaba a Jefatura a una hora señalada por La Sombra.

La voz de Burbank continuó. El rostro de Cardona se tornó duro. Sonó un chasquido procedente del otro extremo de la línea. El sabueso depositó el receptor en el gancho y se puso en pie de un salto.

Llamó a grandes voces a unos agentes que se encontraban en otra oficina.

Respondieron inmediatamente a la llamada. El sabueso exclamó:

—¡Todo el mundo para este servicio! Salimos dentro de cinco minutos. ¡Vamos a frustrar un robo en el Banco Nuevo!

CAPÍTULO XV

EN EL TREN AÉREO

CLYDE Burke se detuvo delante de un edificio destartado. Consultó su reloj, alumbrando con una cerilla la esfera. Hacía cerca de media hora que saliera de la oficina de Cardona.

¡Este edificio era el lugar que oyó mencionar a los individuos en la esquina de una calle! No obstante, Clyde no estaba seguro de haber oído bien cuando escuchara el nombre de la casa, había creído que la casa de Jerry era algún punto de reunión del mundo del hampa. En lugar de esto, veía la casa final de una hilera de edificios, una casa contigua a una callejuela.

La casa parecía estar desierta. Entonces, no era el lugar que buscaba. Clyde miró a su alrededor; luego se le ocurrió que se hacía muy visible parado allí.

Fue a la casa de enfrente y se arrimó a la pared.

Al mirar hacia la acera de enfrente, al agente de La Sombra le pareció ver a otro hombre en el lado opuesto de la calle.

Sus ojos no le engañaban; habían divisado la figura del detective sargento Markham. Pero como suele suceder cuando se mira rápidamente, al querer fijar más, la mirada, el hombre se desvaneció como por ensalmo. Y mientras miraba con fijeza, no vio el menor rastro de nadie.

El reportero se encaminó hacia la entrada de la callejuela. Estaba más oscuro allí y le pareció que era menos fácil que le vieran cuando los dos individuos que mencionaran la casa aquélla, acudieran a la cita.

No se le ocurrió que había sido atraído con engaño a aquel sitio; que Goldy Tancredo había dado a sus satélites instrucciones de secuestrarle, si hiciese una visita a Jefatura.

La llamada telefónica de José Cardona había sido, en realidad, involuntariamente, una sentencia de muerte para Clyde Burke. El reportero a su vez había cometido dos graves errores. El primero fue la locura de creer que dos gangsters, hablarían de unos planes criminales tan cerca de jefatura.

El segundo fue haber descuidado telefonear a Burbank.

Si Clyde hubiese estado de servicio, se habría puesto en comunicación con el agente de enlace. Mas como estaba libre esa noche, había salido por su cuenta. Al hacer esto, se había colocado deliberadamente fuera de la esfera de protección de La Sombra, grave error que no debía cometer ningún colaborador de La Sombra.

No obstante, a pesar de estas omisiones, el reportero se percató del peligro al acercarse a la entrada de la callejuela. Clyde no llevaba ningún arma encima esa noche, y apretó los puños al pensar en la posibilidad de que sucediera algún incidente en aquella calle desierta.

En consecuencia, Clyde no estaba del todo desprevenido, caso de presentarse un peligro. Además, los que constituían la amenaza se descubrieron a sí mismos antes de tiempo.

En el momento mismo, en que el reportero penetraba lentamente en la oscuridad del costado del edificio, percibió un sonido delante suyo, a corta distancia. Retrocedió al tiempo que alzaba las manos.

Un hombre surgió de un salto de la oscuridad. Un brazo rápido descendió blandiendo una cachiporra.

Clyde no vio el golpe, pero lo adivinó y se anticipó. Levantando el brazo, el reportero desvió el golpe. El hombre cayó sobre Clyde, quien entonces retrocedió hacia la acera, forcejeando a brazo partido.

Esto era simplemente el comienzo. Tres hombres más surgieron de la oscuridad y se lanzaron a la pelea. Luchando ya con un adversario, Clyde Burke lo habría pasado muy mal sin la presencia del detective sargento Markham, que se hallaba cerca, en la acera opuesta.

El ruido del ataque y la visión de unas figuras borrosas que luchaban en la acera indicaron a Markham, que el periodista había encontrado unos enemigos inesperados. El sabueso sacó su revólver

y disparó contra la fachada del edificio, por encima de las cabezas de los individuos que habían emergido de la callejuela.

Markham disparó de nuevo. Esquivando, los pistoleros sacaron sus armas y devolvieron los tiros.

Clyde Burke, que se había tirado al suelo, avanzó arrastrándose hacia la casa y se agazapó en unos escalones de piedra. Lo hizo a tiempo. Las balas de los pistoleros, salpicaron el lugar donde el reportero había estado un momento antes.

Si Markham hubiese puesto menos resolución en su ataque por sorpresa, los pistoleros habrían opuesto resistencia. Mas el detective era hombre que no perdía la serenidad en medio de una batalla.

Tenía la ventaja de que veía a todos sus adversarios, excepto al de la cachiporra, que se zambulló en la callejuela.

Los tiros de Markham silbaban muy cerca de los dispersos atacantes. Una bala hirió el hombro de un bandido y el grito del herido produjo consternación en el resto. Aquellas ratas eran simplemente unos asesinos pagados, no gangsters del más duro calibre.

Cuando el herido huyó, agarrándose con una mano el hombro, los otros le siguieron, y Markham disparó dos tiros más en la callejuela en señal de despedida al hombre que había desaparecido en aquella dirección; luego, emergiendo del lugar ventajoso donde estaba apostado, cruzó rápidamente la calle y llegó al sitio en que Clyde Burke estaba acurrucado.

—¿No le ha pasado nada, Burke? —gruñó Markham.

Clyde, reconociendo la voz, respondió al incorporarse de dos escalones:

—¿Es usted, Markham? —preguntó—. Ignoraba que usted me seguía. Muchas gracias, amigo.

—Suerte que le seguía a usted los pasos-gruñó el sabueso, empezando a cargar de nuevo su revólver—. Se encontró usted en un aprieto, ¿no es verdad? ¿A qué viene todo esto?

—Escuché casualmente lo que decían dos gangsters —replicó Burke con toda calma—. Les oí hablar de un antro en estos alrededores. Y se me ocurrió averiguar de qué se trataba.

—Magnífica idea-resopló Markham—. Pues por poco averigua usted demasiado. Venga. Tengo la pistola cargada otra vez. Voy a telefonear a José Cardona, Burke. Quizá él quiera hablarle a usted,

después de todo.

—De acuerdo—respondió Clyde, en tono indiferente—. Yo sacaba una historia para mi periódico; eso es todo.

Llegaron a un establecimiento situado a una manzana de distancia del escenario de la pequeña escaramuza.

Burke observaba al sargento cuando éste telefoneaba.

Vió aparecer en la cara de Markham un aire de excitación.

Colgando el auricular, Markham salió precipitadamente del locutorio telefónico y asió el brazo de Clyde Burke. Sin pronunciar una palabra, el detective condujo al reportero rápidamente por la calle. Llegaron a una estación del tren aéreo y el sargento subió presuroso los escalones, con Clyde aun a remolque.

Los dos subieron a un tren. El coche estaba casi vacío. Markham arrojó a Clyde a un asiento de un rincón y profirió una risa feroz.

—¿Qué sucede? —jadeó el reportero, faltándole el aliento después de una carrera tan precipitada—. ¿Adónde me lleva a rastras, Markham?

—Sucedan muchas cosas —replicó el sargento, en un susurro confidencial—. Le llevo a usted adonde quiere ir, a un sitio donde podrá recoger una historia estupenda.

El acento en la palabra “estupenda” interesó a Clyde. Miró a Markham solicitando más detalles. El detective se los dio con una sonrisa.

—Empecé a decirle a Cardona que usted se hallaba conmigo—observó—. Antes de que pudiese contarle lo ocurrido, me dio otras instrucciones. Estaba a punto de salir con una patrulla de urgencia a frustrar un robo. Vamos a reunirnos con ellos; a lo menos, yo. Usted puede mantenerse al margen y observar los fuegos artificiales.

—¿Dónde? —pregunte Clyde vivamente.

—En la Sexta Avenida—informó Markham—. El Banco Nuevo, Burke. Una banda va a intentar asaltarlo y robarlo esta noche.

—¡Caramba! —exclamó Clyde.

La exclamación veló el súbito pensamiento que acababa de asaltar al reportero. ¿Estaba la mano de La Sombra relacionada con esta confidencia?

El misterioso rey de la noche había avisado a Cardona en casos similares en el pasado.

¡Sólo una estación más! El tren se deslizaba veloz, con gran

estruendo, a lo largo del andén aéreo. Clyde observó que Markham tenía impaciencia por reunirse con la patrulla de policía, aunque mantenía una expresión de calma.

De pronto surgió la negrura.

Sin el menor aviso, todas las luces del tren se extinguieron. Los coches se pararon con ruidosos chirridos. Detenidos entre dos estaciones, descansaban en medio de un silencio extraño que provenía de la nada.

Ni Clyde Burke ni el sargento Markham comprendieron el significado de aquella oscuridad súbita y espesa.

¡No se percataron de que el misterioso poder de la negrura silenciosa, se había proyectado de nuevo sobre un punto determinado en el corazón de Manhattan!

CAPÍTULO XVI

LA CÁMARA ACORAZADA

EL mismo palio de negrura que detuviera al tren en la línea aérea de la Sexta Avenida, había realizado otro propósito. Había arrojado su extraña negrura sobre la pulida fachada del Banco Nuevo, un edificio de pocos pisos de altura.

Tan completamente como si una mano invisible se hubiese extendido para borrarla, la fachada de mármol blanco del edificio de gruesas paredes había desaparecido de la vista, por medio de un potente rayo misterioso que lo había envuelto en la oscuridad.

José Cardona y su patrulla de policías no habían llegado a este lugar.

Mientras estaban en el camino habían asestado el primer golpe. En medio de una barrera de tinieblas, unos criminales avanzaron para atacar a la cámara acorazada del Banco sumido en la oscuridad.

Reinaba un silencio profundo alrededor de este edificio. Protegía perfectamente a los malhechores invisibles que se aproximaban al costado del Banco Nuevo.

El plan del asalto había sido trazado. Sin una sola luz que les ayudase, los invasores se detuvieron en una puerta excusada del edificio. Unas manos rápidas se pusieron a trabajar, mientras Ping Slatterly daba ordenes.

¡Bang!

Una explosión hizo temblar el edificio del Banco. Mas aquella explosión, que hizo saltar la puerta, no fue más que un rumor. El efecto de la negrura parecía ahogar todos los sonidos dentro de sus pliegues.

Los pistoleros avanzaron. Entraban en un edificio dotado de

todos los aparatos de alarma más modernos, pero esa noche no temían a estos centinelas metálicos. Todos los aparatos eléctricos del Banco dejaron de funcionar cuando la negrura silenciosa lo envolvió.

¿Y los vigilantes?

También estaban reducidos a la impotencia. La comunicación telefónica había terminado; quedaba interrumpida. Las antorchas eléctricas no podrían funcionar.

Ping Slatterly pensó alborozado en este hecho, mientras encendía la antorcha de acetileno que iba a desempeñar un papel tan importante en este golpe.

Este golpe criminal había sido planeado mucho antes, de realizarse la primera prueba del rayo negro. Los satélites de Ping Slatterly, obedeciendo órdenes, estaban apostados en lugares estratégicos. No importaba que los vigilantes se vieses reducidos a la impotencia. Si oponían alguna resistencia o trataban de obstaculizar el golpe, sería el fin de ellos. No podían abandonar el edificio, pues los gangsters vigilaban todas las salidas. Se habían cortado todos los medios de comunicación con el mundo exterior.

La luz de acetileno se proyectó sobre la cámara acorazada. Ping bajó el destello para que los artistas de cajas de caudales empezaran a trabajar.

El siniestro jefe de la pandilla emitió una risotada. La explosión exterior no pudo haberse oído muy lejos, debido a la oscuridad que apagaba los ruidos.

No se oiría esta explosión. Sería necesario emplear una carga mayor, pero las gruesas paredes del Banco ayudarían a la negrura silenciosa a amortiguar el ruido.

—¿Listos?

Gruñidos de asentimiento respondieron a la pregunta de Ping. Los malhechores avanzaron. Ping Slatterly enfocó la linterna hacia la parte superior de la puerta de la cámara acorazada. Una exclamación se escapó de los labios carnosos del capitán de la banda.

Impelida por una fuerza interior, la gigantesca puerta de la cámara acorazada se abría. Luego, del interior emergió un resplandor tan potente como el de la linterna que Ping Slatterly llevaba.

¡Algún individuo, procedente del interior de la cámara, oponía a los rayos de la linterna de acetileno, otro instrumento del mismo tipo!

Ping Slatterly no podía ver a la persona que había detrás de aquella luz, pero quienquiera que fuese le veía a él, pues la luz que surgiera, de la cámara era aún más potente.

Además, el extraño e inesperado intruso podía observar a la pandilla de Ping. En la nebulosa iluminación, todos los miembros de la banda de forajidos eran claramente visibles.

La luz era de por sí asombrosa. Deslumbrante, contrarrestaba la primera arma de ataque de Ping. Mas otra señal de la presencia de un personaje formidable, produjo consternación al jefe de la banda y a su pandilla de rufianes.

Desde el interior de la cámara acorazada, provenía un sonido que ningún miembro del mundo del hampa podía dejar de reconocer.

Era una carcajada burlona, una risa siniestra y sarcástica, sobrenatural, que parecía romper el sortilegio de la negrura silenciosa.

¡La risa de La Sombra!

Pobló con sus ecos escalofrantes toda la sala.

Conociendo los planes de asaltar el Banco, sabiendo la hora en que atacarían, el fantasma de la noche había entrado en el edificio mucho antes, cuando el establecimiento estaba aún abierto.

Manteniéndose escondido, había logrado eludir a los vigilantes.

Familiarizado, con todos los aparatos y dispositivos para la protección de las cajas de caudales, La Sombra había abierto aquella puerta sin ser visto. La había escogido como lugar vital desde el cual podría atacar a los ladrones cuando llegasen.

El método de La Sombra había dado óptimos resultados. Hallábase allí para enfrentarse con el enemigo. Había pillado desprevenidos a Ping y a sus pistoleros.

Entretanto, sin saberlo Ping Slatterly ni sus satélites, las fuerzas de la Ley se dirigían con rapidez hacia el lugar sitiado.

¡El objetivo de La Sombra consistía en atacar por sorpresa a los ladrones y obligarlos a huir para que cayesen en las redes de José Cardona!

La Sombra lo había planeado de esta manera; ahora actuaba con

toda precisión. Un disparo partió de la cámara. Como el primer golpe que La Sombra asestara en el pabellón de Tadeus Harmon, éste fue dirigido contra la lámpara de acetileno que Ping Slatterly tenía en la mano.

La bala alcanzó el reluciente blanco. La linterna quedó destrozada. El jefe de la pandilla de ladrones retrocedió ileso, por desviarse la bala.

Revolver en mano, gritó a sus acólitos que respondiesen de la misma manera. La linterna de La Sombra ofrecía un blanco formidable.

¡Tras él, hallábase La Sombra!

De tal modo racionó Ping. No obstante, el gangster no había contado con la sabia estrategia del fantasma de la noche.

La mano de La Sombra no sostenía la linterna. Estaba encima de un montón de cajas en la cámara. Debajo, tendido en el suelo, yacía La Sombra.

¡Su cuerpo estaba protegido por una chapa de acero, levantada, que se extendía a lo largo del fondo de la cámara, en la parte de delante!

Cuando Ping Slatterly puso el dedo en el gatillo de su revólver, la pistola automática de La Sombra tronó. Empuñando sus pistolas del 45, La Sombra disparó con una, contra Ping Slatterly, mientras que la otra iniciaba un movimiento de abanico en torno del semicírculo de malhechores.

Ping Slatterly cayó con una maldición en los labios. La caída del jefe y los tiros disparados en su dirección, provocaron una enorme confusión entre los ladrones. Un gangster se detuvo a disparar contra la linterna de la cámara acorazada. El tiro fue errático. No pudo disparar otro. Como Ping Slatterly, se desplomó cuando una pistola automática escupió.

Los otros bandidos huyeron buscando ponerse a cubierto. Corrieron a ocultarse tras las paredes de mármol, tratando de huir del resplandor que los perfilaba. Los disparos de La Sombra, rápidos y a modo de aviso, continuaron intermitentes cuando los pistoleros huyeron a la desbandada, presos del mayor pánico.

La Sombra conocía adónde irían; por la puerta rota a caer en los brazos de la Ley que les esperaba. La misión de La Sombra consistía actualmente en quebrar toda posible resistencia.

Ping Slatterly y otro bandido habían caído. Un tercer pistolero, al volverse para agazaparse en el borde de la luz, cayó herido de un balazo de una pistola automática que le destrozó el brazo derecho. El bandido chilló al huir en pos de sus compinches. Su grito ronco fue amortiguado por la negrura silenciosa.

Cuando el último de los derrotados invasores salía huyendo de la sala donde Ping Slatterly yacía tendido en el suelo, delante de la cámara abierta, La Sombra se incorporó del lugar protegido donde estaba. La luz avanzó cuando él asió la linterna. La puerta de la cámara se cerró.

La emboscada de La Sombra había tenido éxito. Ahora, con una pistola automática en su mano derecha, invisible, y otra arma que había surgido de debajo de la capa, avanzó en persecución de los pistoleros fugitivos.

La luz de la linterna de acetileno horadaba débilmente la mugrienta negrura.

Sus rayos penetraban en todas los rincones y fueron vistos por los malhechores fugitivos, ya bastante alejados en la oscuridad.

La moviente amenaza, obligaba a los ratas a huir hacia la única salida que al parecer ofrecía alguna seguridad: La puerta abierta que Ping Slatterly audazmente hiciera volar con un cartucho de dinamita.

Los vigilantes del Banco seguían escondidos en lugares seguros. Ignoraban lo que sucedía; y, como los pistoleros fugitivos, esquivaban el resplandor de la lámpara de acetileno. Luego tan súbitamente como apareciera la luz de La Sombra, se extinguió.

Una carcajada triunfal, despertó unos débiles ecos en la pavorosa atmósfera de la negrura silenciosa.

Los susurros finales se desvanecieron. La Sombra, acechando en las tinieblas, maduraba el plan de su partida secreta, calculándola con la confusión que debería reinar fuera del Banco, cuando los pistoleros se topasen con la policía.

CAPÍTULO XVII

EL PODER DEL RAYO

DESDE la ventana, en lo alto de la Torre Yudruth, Héctor Fawcett contemplaba de nuevo el temible rayo, que simbolizaba el poder invisible de la negrura silenciosa.

Tan atento estaba el hombre de las gafas, que no se percató de que los trenes aéreos estaban parados en la parte superior de la Sexta Avenida.

—La sesión está a punto de terminar. Ya termina el tiempo—informó Fawcett.

—Bien-dijo la voz de Hobbs.

—¿Por qué? —inquirió Fawcett.

—Por causa del tren aéreo —fue la respuesta—. Los trenes están detenidos. No lo pude evitar.

Héctor Fawcett lanzó una carcajada. Estaba seguro de que este fenómeno no facilitaría las investigaciones de la policía. Pensaba únicamente en lo que sucedía en este momento en el Banco Nuevo.

Otro lugar, aparte del Banco Nuevo, atrajo la atención de Fawcett durante este período de negrura sostenida. Detrás del Banco, a un lado, el hombre de las gafas veía un solar desierto, una de esas escasas porciones de Manhattan que provisionalmente se encontraba sin edificar.

Fawcett había vigilado esa zona porque su borde señalaba el límite del rayo negro. En realidad, el arco exterior de la oscuridad artificial semejava una sombra peculiar del edificio del Banco. En contraste, la luz de un anuncio iluminado arrojaba un vivo resplandor sobre el resto del solar. Constituía un extraño fenómeno de oscuridad contra una iluminación fuerte.

Aun desde estas alturas, Fawcett distinguía los objetos en aquel

espacio. De repente, observó un automóvil surgiendo de la oscuridad a la luz. Era sorprendente, hasta que apareció la parte posterior del coche.

Entonces vió Fawcett, las figuras pigmeas de media docena de hombres que montaban en el coche.

Evidentemente, el rayo negro había paralizado el automóvil. Fawcett soltó una risita. Esos individuos ignorarían la que había sucedido. El coche se ponía en marcha ahora. Mas al pasar por una callejuela y penetrar en una calle transversal, Fawcett, se sorprendió de la velocidad suicida con que enfilaba hacia una avenida.

Entonces divisó a otro automóvil que entraba en otra dirección. Adivinó que perseguía al primero. Iba a mencionar este hecho cuando Hobbs preguntó:

—¿Qué hora tenemos?

—Ya es la hora —exclamó Fawcett, mirando su reloj—. Apaga el rayo.

Hobbs obedeció. Su mano oprimió el interruptor. Libre del sudario negro, la fachada del Banco Nuevo resplandeció otra vez. Los trenes empezaron a circular por la línea aérea de la Sexta Avenida.

En la sección de Manhattan, que de pronto recobró la luz, Héctor Fawcett observó señales extrañas de actividad. Divisó unas figuras diminutas junto al edificio del Banco; distinguió algunos automóviles que avanzaban. Una idea le asaltó de repente.

Exclamó: —¡La policía está allí! ¡Los que huyeron eran los nuestros! En lo alto de la Avenida... al otro lado del Banco...

El hombre de la máquina del rayo negro no hizo ningún comentario. Unos chasquidos indicaron el trabajo que estaba haciendo. El reflector de superficie negra giraba.

—¡Allí están! —gritó Fawcett.

En la oscuridad de la habitación, el hombre de las gafas trató de señalar un coche que corría veloz por la avenida. Lo vio en un cruce de calles; perseguíanle de cerca otros vehículos que aparecieron a la vista. Fawcett se imaginó que divisaba unas figuras diminutas a punto de entablar una batalla.

El coche viró y se metió en una calle transversal; de repente penetró en una avenida que se extendía casi hasta debajo de la

Torre Yudruth.

La situación estaba clara ahora. El coche fugitivo era seguido de cerca.

Fawcett veía a varios hombres montados en los estribos de los coches de la policía, disparando sobre los fugitivos.

El rayo negro actuó de nuevo. Su brazo era delgado y puntiagudo, terminando en un círculo pequeño. Enfocado hacía abajo, Hobbs lo proyectó sobre la avenida, detrás del automóvil de los gangsters fugitivos.

Los perseguidores dispararon en la oscuridad. Sus coches no reaparecieron.

Hobbs avanzó lentamente el círculo, calculando la velocidad de los vehículos. Héctor Fawcett emitió una carcajada.

La maniobra de Hobbs había paralizado a los coches de la policía. Los vehículos fueron engullidos por la oscuridad. Los motores se pararon, las luces se apagaron.

¡No podía continuarse la persecución!

Los gangsters fugitivos iban alejándose, ganando ventaja de varios centenares de metros. Mas en este momento surgió de repente una nueva amenaza. Los pistoleros se aproximaban a un cruce importante.

¡Detrás, por distintas calles transversales, iban aumentando los perseguidores y de ambos lados de la amplia avenida convergían otros coches!

¡Era demasiado tarde!

Fawcett pensó que seguramente capturarían a los bandidos, pues por todas partes, por detrás y por delante, iban surgiendo nuevos coches perseguidores.

Esperaba que Hobbs ensanchase el radio del rayo e inundase de negrura toda la zona, con el objeto de que los fugitivos pudiesen abandonar el coche y escapar.

Fawcett gimió al observar, que el tráfico de la avenida se iba a interrumpir para dejar paso al de las calles transversales. No quedaba más recurso que sumir aquello en una oscuridad completa.

Hobbs hizo lo inesperado. El círculo del rayo avanzó con asombrosa velocidad.

Liberó a los coches de la policía, que estaban muy rezagados. Se detuvo de repente sobre un lugar hacia el que huía el coche de los

gangsters.

Extendiéndose, el rayo cogió al tráfico de las calles transversales antes de que se pusiera en marcha. Ningún coche de los que obstruían el tráfico podía llegar al cruce.

La maniobra fue ejecutada con habilidad, pero Fawcett temía que fuese fútil.

El coche de la policía quedó detenido en el cruce; pero el auto fugitivo se dirigía hacia el círculo negro, perseguido por tres coches que le iban dando alcance y se encontraban ya a media manzana de distancia. Estos nuevos perseguidores habían salido de calles transversales.

Hobbs manipuló de nuevo el rayo. Fuera del arco negro, el coche fugitivo seguía huyendo, pero la intersección quedó de nuevo sumida en una negrura, que envolvió a los coches de la policía cuando penetraron dentro del radio.

—¡Magnífico! —gritó Fawcett—. ¡Retenlos allí! ¡No pueden seguir ahora!

Los gangsters habían adelantado unas seis manzanas. Los dos hombres, Fawcett y Hobbs, observaron que el automóvil se metía en una calle transversal.

Hobbs oprimió el interruptor. La negrura silenciosa había terminado en la intersección. Fue cuestión de unos minutos. La persecución de la policía se había reanudado, más ahora los detectives tendrían que adivinar la dirección por donde desaparecieran los malhechores.

La Sombra había ganado una batalla esta noche. Había hecho retroceder a una horda criminal. Había desbaratado los planes de unos cerebros astutos.

Un puñado de los asaltantes habían escapado, mas esto no significaba ninguna victoria para los individuos que utilizaban el extraño rayo negro.

La creencia de que Ping Slatterly huía con un cuantioso botín, hizo que Fawcett tuviera tanta ansiedad para auxiliar a los gangsters fugitivos.

Si Fawcett hubiese salido que los ladrones huían con las manos vacías, habría ordenado a Hobbs que no se preocupase de ellos y los dejase caer en manos de la policía.

Ping Slatterly era el único que les interesaba y tenía

importancia. El solo, se entendía directamente con sus satélites. Ninguno de ellos sabía nada respecto de la negrura silenciosa. Las relaciones de Ping con Goldy Tancredo se mantenían secretas, hasta para con sus propios secuaces.

Así, La Sombra, con su estrategia, había anulado el poder del rayo negro.

También había obligado a los malhechores invisibles —Fawcett y Hobbs—a actuar enérgicamente, cosa que ellos no habían previsto.

Con la barrera de negrura moviente, los individuos de la Torre Yudruth habían revelado nuevas pistas que servirían a La Sombra para averiguar el origen de la negrura silenciosa.

La potencia del rayo había quedado demostrada de una nueva forma, pero no les había servido de nada a los hombres que lo manipulaban.

CAPÍTULO XVIII

DATOS PARA LA SOMBRA

A mediodía, el día siguiente, un joven apareció en la oficina exterior de Rutledge Mann. La taquígrafa reconoció al visitante. Ella entró en el despacho interior y anunció la visita del señor Vincent.

Sentado junto a la mesa de Mann, con la puerta de la oficina cerrada, Harry Vincent esperaba que el agente de Bolsa, terminase de revisar un montón de recortes que había encima de la mesa.

Esta no había sido la primera conferencia que celebraban los dos hombres.

Mientras La Sombra había estado luchando con los malhechores que trabajaban en combinación con el rayo negro, Rutledge Mann y Harry Vincent habían estado cooperando: tratando de perseguir alguna información referente a Ricardo Reardon y Rolando Furness, les ingenieros asesinados en el hotel Olimpia.

Habían realizado algunos progresos. Rutledge Mann había averiguado un dato de importancia en el pasado de Rolando Furness. En el último año de sus estudios, Furness fue expulsado del colegio con su compañero de dormitorio, Chalvers. Los jóvenes terminaron su educación en otra institución.

La causa de la expulsión fue debida, según averiguó Mann a unos experimentos que los dos muchachos habían realizado, repetidamente. En varias ocasiones, habían inutilizado la instalación eléctrica de los dormitorios.

Esto indujo a la dirección del colegio a rogarles que continuasen sus estudios en otro instituto.

Rolando Furness había muerto asesinado. Encontró la muerte en medio de una extraña negrura que era muy significativa, pues relacionaba su muerte con la expulsión del colegio.

Rutledge Mann había enviado estos datos a La Sombra. Recibió órdenes de localizar a Chalvers.

Esta misión había resultado muy difícil. Mann había averiguado que Chalvers poseía una finca al pie de las Montañas Catskill. El joven ingeniero, que había heredado una fortuna, prefería viajar a vivir recluido en su casa, entre las colinas boscosas.

Con la ayuda de Harry Vincent, Rutledge Mann había indagado que Chalvers se encontraba en Nueva York. Harry quedó encargado de averiguar el paradero del joven Chalvers. Respecto a este asunto, Harry visitaba a Mann. El agente de Bolsa estaba seguro de que Harry había descubierto el paradero de Chalvers.

—Lo he localizado-anunció Harry, cuando Mann puso a un lado los recortes.

—Quiere usted decir Chalvers—repuso Mann, asintiendo.

—Sí—afirmó Harry—. Tiene un piso en la calle Cincuenta y Cuatro. Se encuentra allí de vez en cuando, y lo encontré en un club nocturno de Broadway—Harry sonrió—a las dos de la madrugada.

—¿Qué hizo usted?

—Me presenté. Trabajamos amistad. Fingí conocerle de antes. Me ha invitado a pasar por su casa esta noche.

—Muy bien —aprobó Mann—. ¿Estará usted en el Metrolite?

Harry hizo un gesto de asentimiento. Mann se refería al hotel donde se hospedaba Harry. Significaba que Mann tenía el propósito de mandar esta nueva información a La Sombra y luego esperaba órdenes referentes a Harry.

Metódicamente, Rutledge Mann solicitó más datos concernientes a Chalvers. Mirando pensativamente a Harry Vincent, el agente de Bolsa formuló varias preguntas.

—¿Qué reacción notó usted al presentarse a Chalvers?

—Al parecer experimentó una ligera sorpresa—declaró Harry—. Luego se mostró muy cordial, casi afectuoso.

—¿Está seguro de que le creyó al decirle que usted era un antiguo conocido?

—Sí. Al cabo de un rato, en que parecía estar perplejo, declaró que estaba seguro de que me recordaba. Observó que había estado en muchos sitios y había conocido a mucha gente. Declaró que era un regular fisonomista, pero no recordaba los nombres.

—¿Dónde dijo usted que lo había conocido?

—En las Bermudas. Nuestros datos indicaban, que él había hecho varios viajes a esa ciudad.

Mann observó caviloso:

—¿Cree usted que su visita de esta noche puede producir alguna inesperada complicación?

—Ni por asomo—rió Harry—. No se tratará más que de una simple visita, para conocernos mejor. Mi única esperanza es que Chalvers mencione a Furness. Ocupaban el mismo dormitorio en el colegio y siguieron siendo íntimos amigos aun después de eso.

—Muy bien —dijo Mann—, telefonearé más tarde al Metrolite.

Cuando Harry Vincent se hubo marchado, Rutledge escribió unas notas con tinta y las introdujo en un sobre que lacró. Retornó a sus recortes y se puso a clasificarlos definitivamente.

Los periódicos aparecían con grandes titulares, hablando de la intervención oportuna de la policía en el instante, en que una banda de ladrones se disponía a saquear el Banco.

José Cardona era el héroe del día. Dado que había estado en el Banco mismo, el famoso detective estaba naturalmente interesado en el éxito de la irrupción de la policía. Declaró enfáticamente que el fin trágico de Ping Slatterly, señalaba también el fin de esos crímenes extraños en los cuales se habían apagado de una manera misteriosa las luces.

Otro dato fue a parar al sobre de Mann. Se refería al paro súbito de los trenes de la línea aérea de la sexta Avenida, ocurrido la noche anterior. Los periódicos no habían relacionado este incidente con el intento de robo del Banco. Junto con estos recortes, Mann incluyó un informe de Clyde Burke.

El inteligente reportero había elaborado una hipótesis que no mencionó en las oficinas de El Clásico. Acompañando al sargento Markham, hasta cerca del Banco asaltado, Clyde tenía el convencimiento de que el paro del servicio de trenes aéreos poseía una importancia bien definida.

Rutledge Mann selló el sobre y abandonó la oficina. Advirtió a la taquígrafa que volvería después del almuerzo. En la calle, el agente de Bolsa tomó un taxi que le condujo a la calle Veintitrés.

Entrando en el vetusto y destartado edificio, subió a la oficina que ostentaba el nombre del mítico Jonás. Volvió a la calle y, andando, se encaminó hacia su club, a almorzar.

Más tarde, de vuelta en su oficina, recibió una carta que habían echado por el buzón. Abrió el mensaje, después de traérselo la taquígrafa. Unas palabras escritas en clave, con tinta, desaparecieron después de leerlas el agente de Cambio.

Rutledge Mann sonrió ligeramente al descolgar el receptor y telefonar al hotel Metrolite.

Habían llegado instrucciones de La Sombra. Harry Vincent debía visitar al joven Chalvers esa misma noche.

CAPÍTULO XIX

GOLDY RECURRE A LA ESTRATEGIA

—**T**E llaman al teléfono, Burke. —Clyde Burke se levantó de su mesa de la oficina de El Clásico. En el teléfono reconoció la voz firme del detective José Cardona.

—¿Quiere usted una historia, Burke?

—Eso ni se pregunta, Cardona.

—Pues le espero en casa de Goldy Tancredo, dentro de un cuarto de hora.

—¡En casa de Goldy Tancredo! ¿Que sucede, Cardona?

—Ya lo averiguaré cuando llegue. Le doy a usted esta preferencia porque quiero saber qué le sucedió anoche. Markham me acompaña.

—¿Visita a Goldy por sorpresa?

—No; nos ha llamado.

Saliendo de las oficinas de El Clásico, Burke se detuvo en un locutorio telefónico de la planta baja. Telefonó a Burbank para informarle del curso de los acontecimientos. Convinieron en que telefonaría de nuevo, tan pronto como averiguase el motivo de la llamada de Goldy Tancredo al detective José Cardona.

En el vestíbulo Marathon, Clyde encontró a Cardona y a Markham esperándole. Los tres hombres tomaron el ascensor.

Curry les recibió en la puerta del departamento de Goldy Tancredo. Al ver a Clyde Burke, el criado titubeó.

—Este hombre viene conmigo-anunció Cardona, con aspereza—. Vamos adentro, muchachos.

Sin hacer caso de la indecisión de Curry, el detective avanzó seguido de sus compañeros. Los tres encontraron a Goldy paseándose en el gabinete. Goldy vaciló al ver a Clyde Burke.

Empezó:

—Quiero hablar con usted, Cardona. Lo que tenga que decirle es cosa particular. No quiero que se divulgue demasiado pronto.

—Burke es de confianza —gruñó el detective—. No viene en calidad de reportero esta noche. Me acompaña por otro motivo.

Goldy Tancredo titubeó y luego se encogió de hombros. Sonrió levemente al señalar los sillones. Luego, exhibiendo su reluciente dentadura de oro, se dejó caer en una butaca.

Anunció el jefazo:

—Cardona, estoy preocupado. Me ha puesto en un aprieto. Ahora tiene que ayudarme a salir del lío en que me ha metido.

—¿Cómo es eso? —inquirió el detective.

—Pues que ahora sé quién me amenazaba. Seré franco con usted; ya me lo sospechaba; pero no estaba seguro. Ahora estoy enterado.

—Hable-ordenó el sabueso —. ¿Quién es ese sujeto?

—Ping Slatterly-declaró Goldy.

Cardona quedó atónito durante un momento; luego empezó a mover la cabeza en un gesto de asentimiento. Ocupado en los detalles del episodio de la noche anterior, el famoso detective había olvidado por completo a Goldy Tancredo.

Observó Goldy, en tono confidencial:

—Él mató a aquellos ingenieros. Quería asesinarme, como usted pensaba. Ping tenía algunos planes colosales y temía que yo le estorbase. Esto es lo que yo creo.

“Las luces se apagaron en el hotel Olimpia, ¿no es verdad? Se apagaron anoche también y usted se “cargó” a Ping Slatterly. No es usted ningún tonto, Cardona.

—Creo que ha acertado, Goldy-asintió el detective —. Mas no veo por qué ha de estar preocupado. Ping ha sido eliminado.

—Es cierto —interpuso Goldy—, pero tiene amigos, ¿no es verdad? Por este motivo quería hablarle. ¿Cómo se informó a tiempo para estropearle la partida a Ping? ¿Quién le dio la confianza?

—Ese es asunto mío-declaró Cardona.

—Exacto-repuso Goldy —. Precisamente eso es lo que me preocupa. Hay muchos tunantes que se están preguntando de dónde pudo usted obtener el «chivatazo». Creen que Ping tenía el

propósito de «despacharme». Y, haciendo cálculos, algunos están convencidos de que he sido yo quién ha informado a usted.

Cardona permaneció silencioso. Encontraba lógicas las explicaciones de Goldy. Si Ping Slatterly no era el único poderoso jefe de banda complicado en la tentativa de robo del Banco Nuevo, era seguro que sus compañeros tratarían de vengar su muerte.

Tras una larga reflexión, el detective dijo:

—Me ha dado algo en qué pensar. Le diré por qué he traído a Burke, Goldy. Anoche se topó con un par de pistoleros, que seguramente le habrían asesinado si Markham no hubiese estado allí. Burke había venido a verle a usted, ¿es verdad?

—Así es-declaró Goldy—. Estuvo aquí un par de veces.

—Francamente-declaró Cardona —, no me gustó nada. Y lo he traído aquí para oír lo que tiene usted que decir al respecto.

—¿De que viniera a verme anoche?

—No. Respecto de esta tentativa de asesinarle.

—¿Quiere saber lo que tengo que decir? —gritó Goldy—. Ya lo he dicho, si viese las cosas como las veo yo.

»Escuche, Cardona. Ping Slatterly estaba ocupado con el robo al Banco anoche. No me dijo ni pío al respecto. No quería que yo me enterase. Lo más probable es que tuviese a algunos vigilando este lugar anoche.

“Burke vino a verme. Aparte de Riggins, es la única persona que me visitó. ¿No lo ve claro, Cardona? Esos pistoleros intentaron matar a Burke porque se figuraron que trabajaba conmigo. Seguramente eran de la cuadrilla de Ping Slatterly. Eso está claro como el agua.

Cardona meditó. De nuevo el detective estaba de acuerdo con Goldy Tancredo, creyendo sus explicaciones. Moviéndose automáticamente la cabeza y formuló una pregunta:

—¿Qué quiere que haga, Goldy? ¿Cómo puedo yo sacarle de este aprieto? ¿Tiene algo que sugerir?

La dentadura de oro de Goldy relució. El jefe escrutó al detective con una expresión casi burlona. Cardona se preguntó cuál sería la causa.

Goldy se mofó.

—Quiere ayudarme. Entonces, ¿por qué me ha traicionado? ¿Por qué ha instalado aquí un aparato para oír lo que se hablaba?

—¡Yo no he instalado nada! —negó el detective.

—¿No?

Goldy cruzó el aposento mientras hablaba. Hizo una seña a los otros para que se acercasen. Al mismo tiempo, apartó de la pared el armario para libros.

—Mire esto. ¿No lo puso usted aquí?

Cardona contempló el micrófono después que Goldy hubo sacado la cubierta de caucho. El detective meneó la cabeza.

—No sé ni una jota de eso, Goldy-declaró con franqueza —. En serio, no sé nada sobre el particular.

El jefazo gruñó. Tiró del micrófono de la pared y empezó a arrancar el alambre. Se le rompió en la mano, al llegar al sitio donde la delgada línea llegaba del saliente de la ventana. Llegando más allá del punto roto, Goldy dio otro tirón.

Produjo un resultado inesperado. Salió el alambre que había debajo del saliente de la ventana. Consternado, Goldy tiró en dirección opuesta, y el micrófono que estaba detrás del calorífero apareció de pronto a la vista.

—¡Rayos! —bramó el jefazo—. ¿Qué es esto? ¿No sabe nada de esto, Cardona?

—Nada en absoluto insistió el detective —. Quizá cuando averigüemos adónde va a parar la línea...

—No hay nada que hacer-interpuso Goldy —. Está conectado con el teléfono de un cuarto vacío del piso inferior. Después, se pierde el rastro.

Poseído de súbita rabia, Goldy cogió ambos instrumentos y los arrojó con violencia contra la pared. Empezó a temblar. Su sonrisa se convirtió en una expresión lastimosa. Cogiéndose las sienes con ambas manos, Goldy Tancredo fue a su sillón y se dejó caer sobre los cojines. Exhaló:

—¡Me persiguen, Cardona! ¡Quieren matarme! Yo creí que este dictáfono era cosa de usted. ¡Mas si no es así, entonces quiere decir que han entrado aquí! ¡Tengo que salir de aquí, Cardona!

El sorprendente colapso de Goldy Tancredo impresionó a José Cardona. El detective meditó.

Ahora estaba convencido de que Ping Slatterly y otros-probablemente atracadores a quienes Goldy habría estropeado algún negocio en el pasado —habían conspirado para asesinar a

Goldy Tancredo.

La muerte de Ping Slatterly, el crimen intentado en la extraña oscuridad, el atentado contra Clyde Burke y el descubrimiento del dictógrafo, constituían pruebas de que Goldy Tancredo se encontraba en peligro.

Cardona sentía poca simpatía por este gangster de altos vuelos, al mismo tiempo que no veía en Goldy Tancredo más que una víctima en perspectiva de la furia del mundo del hampa. Cuando tenía la obligación de evitar un crimen, no podía encogerse de hombros ante la petición de Goldy.

—Le preguntó:

—¿Solicita la protección de la policía?

Goldy sacudió negativamente la cabeza.

—¿Qué quiere entonces? —Inquirió el detective.

—Sáqueme de este apuro. Sáqueme de aquí—rugió Goldy—. No me abandone. Quiero largarme. Iré a un sitio donde no me encontrarán nunca.

José Cardona reflexionó. Seguía opinando que la muerte de Ping Slatterly señalaba el fin de la reciente serie de crímenes. Goldy Tancredo no prestaría ningún servicio como testigo.

Existían, además, diversas razones para que Cardona deseara que Goldy Tancredo se ausentara de Nueva York. Indudablemente, Goldy estaba relacionado con numerosos políticos. Podía ocasionar muchos disgustos a Manhattan.

Musitó Cardona:

—Muy bien, Goldy. Le dejaré marchar, si deja que me asegure de su partida...

—¡Qué deje que se asegure! —exclamó el jefeazo—. ¡Si quiero que me proteja!

—¿Cómo?

—Me escabulliré aquí. Iré a la estación de Pennsylvania esta noche. Tomaré el tren de Florida. Si puedo entrar en ese tren, sin que nadie se entere, estaré a salvo. Que me acompañe un subordinado suyo; yo costearé los gastos de ida y vuelta.

»Pero quiero que me escolte de aquí a la estación. Siga mi auto. Mire cómo saco el billete del tren. Luego que me acompañe su subordinado. Esto es todo lo que pido.

“Cardona. Estoy vencido. Quiero largarme cuanto antes.

Cardona sonrió con desdén, Goldy Tancredo resultaba un cobarde. Ya no existía el mito de que Goldy Tancredo era una potencia. La burbuja había reventado.

—Perfectamente-asintió el detective —. Le escoltaremos. Markham y yo iremos detrás. Saque los billetes y ordenaré a un agente que le espere en las puertas del andén.

—¡Gracias, Cardona! —exhaló Goldy—. Es usted un buen amigo. Confío en usted, Cardona; y en ti también, Burke. No menciones esto hasta que yo me haya marchado, Te lo ruego.

—Te complaceré-asintió Clyde.

—Espéreme en el vestíbulo —sugirió Goldy—. Asegúrese de que no me acecha nadie allí. Me vestiré y ni siquiera me llevaré una maleta. Sale un tren dentro de una hora. ¡Cuando yo baje, sígame!

—De acuerdo-asintió Cardona.

El detective hizo una seña a Markham y a Burke. Los tres salieron del aposento y Curry les acompañó al ascensor. En la última mirada que Burke lanzó a Goldy Tancredo antes de cerrarse la puerta, vió una imagen de Goldy Tancredo crispando nerviosamente las manos, sentado en un amplio y cómodo sillón. El reportero sonrió al oír reír a Cardona.

—Es un cobarde-fue el comentario sarcástico del detective —. Un cobarde. ¡Nunca lo hubiese creído!

El as de los detectives habría cambiado de opinión, si en aquel instante hubiese visto lo que sucedía en el piso. De vuelta a su gabinete, Goldy ya no era la imagen del abatimiento.

Una sonrisa astuta substituyó la expresión lastimosa de los labios de Goldy.

De pie en el centro de la habitación, reía silenciosa y burlonamente.

Su criado entró. La risa de Goldy se convirtió en una orden pronunciada en voz baja, lo que provocó una sonrisa de parte de Curry.

—Muy bien, Curry-dijo Goldy —. Maquíllate esa cara. Luego vístete de prisa con esas ropas.

Curry fue a una mesa situada en un rincón. Abrió un cajón y extrajo varios objetos diminutos y relucientes. Se les introdujo en la boca, se los ajustó y se volvió sonriente hacia su dueño.

Sus dientes aparecían coronados de oro. Curry sonreía de la

misma manera que Goldy, y presentaba una sorprendente semejanza con su amo. Goldy asintió con la cabeza y luego exclamó:

—Estupendo. Adelante, Curry. Espero que disfrutes del clima de Florida.

CAPÍTULO XX

LA PARTIDA

ABAJO, en el vestíbulo del hotel Marathon, Clyde Burke informó a Cardona que tenía que telefonar a la redacción de El Clásico.

—No diga nada de esto-advirtió el detective—. He prometido a Goldy...

—Ni una palabra-respondió Burke.

En el locutorio telefónico, el reportero llamó a Burbank y le relató brevemente lo ocurrido en el piso de Goldy Tancredo.

El agente de enlace ya había oído la conversación, hasta el punto en que Goldy suplicó que el detective le ayudase a huir. Luego, al arrancar Goldy los dos micrófonos de la pared, se había roto la conexión del dictógrafo.

—Informe recibido-fue el comentario de Burbank.

Esto significaba que se avisaría a La Sombra. Clyde Burke salió de la cabina telefónica y al volver al lado de Cardona y Markham, los encontró discutiendo en voz baja.

Cardona decía:

—Probablemente Goldy ha abandonado a Riggins. Quizá este pájaro ya ha volado en dirección sur.

—Quizá Riggins anda aún por aquí —objetó Markham—. Para que lo vigilen a él mientras Goldy levanta el vuelo.

Los sabuesos abandonaron la discusión, no dándole importancia. Resultó que Cardona había telefoneado también al mismo tiempo que Clyde Burke.

Un agente había sido designado para encontrarse con Goldy en la puerta de la estación y acompañarle en el viaje.

Markham observaba atentamente el ascensor. Al cabo de un cuarto de hora de espera, el sargento habló a sus compañeros:

—Ahí viene Goldy.

Una figura corpulenta emergía del ascensor. El hombre llevaba un pesado gabán con el cuello levantado hasta el mentón y un sombrero gris que le cubría los ojos.

Cuando el hombre del paletó cruzaba el vestíbulo, la sonrisa reluciente apareció entre los picos del cuello del gabán. Los tres hombres que vigilaban observaron aquella expresión característica de Goldy Tancredo.

El hombre salió por la puerta del vestíbulo. Los detectives y el reportero vieron al supuesto Goldy montar en un coche y alejarse. Cardona llamó a otro taxi y el trío le siguió.

El coche que conducía a Goldy Tancredo marchaba despacio. Goldy tenía tiempo suficiente para coger el tren. Cardona, Markham y Clyde Burke continuaron siguiendo al hombre que huía.

Le vieron detenerse en la ventanilla de información; luego delante de una taquilla y finalmente dirigirse hacia las puertas de entrada del andén.

Avanzando rápidamente, Cardona se aproximó a las puertas y señaló a un hombre que estaba parado allí. Cuando el coche de Goldy llegó, el hombre se les reunió.

Este era el subordinado de Cardona: un joven detective que no había visto nunca a Goldy Tancredo, pero en quien podía confiarse para seguir, sin perderle de vista, al hombre que se le señalaba.

Cardona vio la sonrisa familiar de Goldy Tancredo, cuando el supuesto personaje depositó un billete en la mano del sabueso que esperaba. Los dos descendieron juntos los escalones.

Cardona se volvió hacia sus acompañantes. Sonrió:

—Ya está. El pez se ha convertido en muralla ahora. Goldy Tancredo ha puesto los pies en polvorosa. Buen viaje.

El detective pronunció estas palabras, con la seguridad de que había visto a Goldy Tancredo tomar el expreso de Florida. Yendo su subordinado en el mismo tren, no tenía la menor duda de que terminaría el viaje hasta el final.

Markham y Clyde Burke compartían la opinión del detective.

Mas, la firme creencia de Cardona estaba muy alejada de la verdad.

Mientras el detective se encontraba aún cerca de las puertas del andén, Goldy Tancredo, en carne y hueso, subía montado en un

taxi, por la Quinta Avenida, acompañado de Riggins.

El jefazo decía:

—La jugada ha salido bien, Riggins. Conté a Cardona que algunos gangsters peligrosos querían eliminarme, lo creyó, como también se tragó el cuento, ese reportero Burke.

—Deberías “despachar” a ese pájaro-sugirió Riggins.

—Burke no significa nada ahora-repuso Goldy —. Déjalo que viva. Oye, Riggins cuando Curry, disfrazado, exhibió su sonrisa, era mi propia imagen. Y Cardona ha enviado a un detective para que acompañe a Curry, para asegurarse de que llega a Florida.

—Valiente broma —rió Riggins—. Que tanto, tú te escabulliste por el ascensor del servicio, pero, dime una cosa: ¿a santo de qué has hecho que Cardona te escoltase con un agente suyo?

—Te lo explicaré-gruñó Goldy —. Había un segundo dictógrafo en mi gabinete, debajo del calorífero. Suerte que no telefoneé últimamente. Sin embargo, voy a hacerlo ahora.

»Se va a dar un golpe colosal, Riggins-añadió —, y yo participaré en él. Tú también. No quiero arriesgarme. Me alegro de haber pagado el viaje de ese sabueso a Florida, en compañía de Curry.

Tras una pausa, continuó: —Ese agente me servirá de coartada, Riggins. Suceda lo que suceda, no se sabrá que yo he tomado parte. Esos dictógrafos me tienen preocupado. Nos enfrentaremos con un sujeto muy listo. En consecuencia, juego sobre seguro. Y si mister Cardona tiene algún plan para tenderme un lazo, fracasará. ¡Cree, que soy un caballero, Riggins! ¡Pues que se lo crea y me haga seguir hasta Florida!

La dentadura de oro reflejó el resplandor de unas luces de tráfico. El taxi pasó. Goldy y Riggins se apearon y entraron en un hotelito, no muy lejos de la esquina donde habían terminado el viaje.

Observó Goldy:

—Voy a telefonear... Quédate aquí, Riggins. Voy a tomar una habitación de arriba. Espérame en el vestíbulo.

Goldy Tancredo estaba encantado de su astucia. Nadie, pensó Goldy, podía sospechar del disfraz de Curry.

Al suponer esto, Goldy Tancredo se equivocaba. José Cardona había sido engañado. Como también Markham. Igualmente Clyde Burke había sido víctima de una burla. Al alejarse de las puertas del

andén, estos tres hombres estaban seguros de que habían visto a Goldy Tancredo salir con el tren de Florida.

Mas había otro observador en aquel lugar cuya presencia ninguno de los tres hombres notó.

Como una de las varias personas que se agrupaban junto a las puertas, este sagaz observador había visto de cerca la cara que José Cardona y sus acompañantes tomaron erróneamente por la de Goldy Tancredo.

Los ojos observadores del personaje de elevada estatura, notaron una expresión tensa en la sonrisa que surgiera de entre los picos del cuello del gabán.

Este observador era La Sombra. Vestido como un visitante casual, había recibido el informe retransmitido por Burbank. Como el trío encabezado por Cardona, había llegado para presenciar la partida de Goldy Tancredo.

La Sombra conocía lo que los otros ignoraban. Un impostor había salido en el tren, asumiendo la personalidad del jefazo. El disfraz de Curry engañó a otros ojos, pero no a los de La Sombra.

Goldy Tancredo seguía en Nueva York. El jefazo se había escondido en un hotel. No estando Ping Slatterly vivo para realizar ciertas misiones, Goldy se disponía a ejecutar el trabajo personalmente. Un nuevo golpe criminal era inminente, acompañado de la amenaza de la negrura silenciosa.

Un leve y fantástico cuchicheo brotó de los labios de aquel observador, que ahora se hallaba solo junto a las puertas desiertas. La risa de La Sombra constituía la señal de una lucha feroz que se iniciaba contra la amenaza del rayo negro.

La Sombra tenía una misión ahora: hacer frente a los ases del crimen, con un método que ellos no esperaban, y localizar el origen de la negrura siniestra.

CAPÍTULO XXI

EL HOMBRE QUE TEMÍA

HARRY Vincent hallábase de pie junto a la ventana del gabinete de un piso confortable. Delante de él, estirado en un sillón, estaba el hombre a quien había ido a visitar: Chalvers.

No tardó mucho Harry en trabar amistad con un anfitrión. Chalvers se encontraba ebrio, cuando Harry le habló la noche anterior. No obstante, esta noche Chalvers estaba sereno y de buen humor.

Sin embargo, Harry, desde el momento de su llegada, observó cierta tensión y nerviosidad en las maneras de su nuevo amigo. Alto y desgarbado, pero ligero de peso, Chalvers tenía un aspecto excéntrico, aumentaba esta impresión cuando crispaba el rostro de vez en cuando.

Harry había tenido poca dificultad en hablar con su nuevo amigo. Al parecer, Chalvers había creído en su palabra. No preguntó nada respecto del lugar donde anteriormente se conocieron.

Era cerca de medianoche. Harry Vincent, decidiendo que sería imprudente sondear a Chalvers en esta primera visita, resolvió evitar una discusión que pudiera conducir a alguna palabra referente a Rolando Furness.

Chalvers parecía estar muy inquieto; quizá fuera debido a la juerga de la noche anterior. Harry observó que el individuo se encontraba fatigado. Al apartarse de la ventana, dijo:

—Se hace tarde y me voy a marchar. ¿Cuándo nos veremos de nuevo? ¿Mañana por la noche?

—Estaré ocupado mañana por la noche—respondió Chalvers—. Pero no se marche todavía, Vincent. ¡No se vaya!

La petición fue formulada en tono suplicante. Harry dirigió una mirada penetrante a su compañero. Notó que estaba pálido.

Esto no era, en verdad, muy significativo, pues la impresión que tuvo al verle por vez primera fue la de su rostro pálido y enfermizo. Mas cuando Chalvers hable esta vez, Harry se imaginó que la palidez había aumentado. Le preguntó:

—¿Qué sucede? Tiene usted mala cara, Chalvers.

—No me encuentro bien —se quejó el hombre—. Ya hace días que me encuentro mal. Espere. Si se marcha, bajaré con usted y daré un paseo alrededor de la manzana.

Harry asintió.

Los dos jóvenes salieron del piso y bajaron en el ascensor automático.

Cuando caminaban juntos, Chalvers asió el brazo de Harry en la oscuridad.

Dijo de repente:

—Vincent: vuelva al piso, ¿quiere hacer el favor? Quiero hablar con usted. Tengo que hablarle. Estoy preocupado, terriblemente preocupado, y tengo que hablar con alguien.

Harry consultó su reloj. Estaban parados junto a las luces de un establecimiento. Tras una breve reflexión, Harry manifestó que estaba dispuesto a volver al piso. Observó:

—Tengo que telefonar a un amigo. Tal vez haya algún mensaje para mí en el hotel. Voy a entrar en este establecimiento.

—Telefonee desde mi piso...

Chalvers habló demasiado tarde. Harry había llegado a la puerta. Chalvers le siguió y le vio entrar en un locutorio telefónico. Mientras el ingeniero compraba unos cigarrillos, Harry telefoneó a Burbank. A continuación anunció:

—Vincent informa. Es posible que Chalvers hable. Vuelvo a su piso. Estamos ahora en un establecimiento.

—¿Va todo bien? —inquirió Burbank.

—Sin novedad —respondió Harry—. No hay posibilidad de peligro. Informaré por medio de Mann mañana por la mañana, a menos que averigüe alguna cosa de verdadera importancia.

Tras estas palabras, Harry terminó la conferencia telefónica y se reunió con Chalvers junto a la puerta del establecimiento. Juntos regresaron a la casa y subieron en el ascensor.

Chalvers estaba taciturno; no obstante, Harry sabía que el hombre no quería hablar hasta llegar a la habitación.

De vuelta en el gabinete, el ingeniero tiró su sombrero encima de una mesa.

Inquieto, condujo a Harry a un sillón y empezó a expresar sus penas con voz turbada. Todas las precauciones de Chalvers parecían desahogarse en un momento de emoción. Murmuró, en confidencia:

—Vincent, estoy asustado. No me pregunte a quién temo. Lo que temo es lo importante. Temo por mi vida. Quizá usted puede ayudarme.

—Explíqueme sus cuitas.

—Todo ello remonta a la época en que iba al colegio-Chalvers hablaba menos precipitadamente y Harry escuchaba sin mostrar demasiado interés —, y afecta a un amigo mío. Era mi mejor amigo, pero ahora está muerto. ¡Pobre Rolando!

—¿Rolando?

—Sí; Rolando Furness. ¿Recuerda, Vincent, que no hace mucho tiempo asesinaron a dos hombres en el hotel Olimpia? Dos ingenieros electricistas, Los periódicos dedicaron páginas enteras a reseñar el caso.

—Me parece haber leído algo respecto al caso.

Chalvers se frotó las manos, preocupado. Miró a Harry y su rostro tenía una expresión de hombre perseguido.

Harry Vincent permaneció impasible. Estaba seguro de que iba a recoger alguna pista valiosa para La Sombra.

Confió Chalvers:

—Cuando yo estuve en el colegio, Rolando Furness era mi compañero de dormitorio. El y yo solíamos dedicarnos a una serie de experimentos extraños. Hicimos un descubrimiento, Vincent, un descubrimiento maravilloso. No quiero entrar en detalles. Pero fue algo más que un descubrimiento; era un invento también. Era un rayo...

Chalvers hizo una pausa y giró la vista a su alrededor como si el mero hecho de mencionarlo pudiese comprometerle... Se humedeció los labios nerviosamente y resumió su confidencia. Explicó:

—Un rayo que proyecta una negrura. Inutilizaba todas las instalaciones eléctricas cuando lo experimentábamos. No obstante, continuamos los experimentos hasta que nos expulsaron del colegio.

No dimos ninguna explicación; simplemente, nos resignamos y aceptamos la expulsión sin decir nada.

“Furness no realizó muchos experimentos después de ese episodio. Estaba demasiado ocupado preparándose para los exámenes en el nuevo colegio, donde finalmente se graduó. Pero yo seguí realizando más estudios. Construí un modelo en mi casa de Catskills. Aun está allí...

Chalvers hizo una pausa y asió el brazo del sillón. Miró hacia la puerta, luego se puso en pie de un salto y fue a girar el punto y echar un vistazo por el pasillo. Satisfecho, volvió al lado de Harry. Susurró:

—Alguien ha descubierto el secreto. Alguien ha perfeccionado un aparato como el nuestro. Quienquiera que sea, lo está utilizando para fines criminales. Cuando asesinaron a Furness en el hotel Olimpia, el lugar quedó sumido en la oscuridad. Asesinaron a Furness porque conocía la existencia del rayo y podría haberlo denunciado.

»Yo soy la única persona que lo sabe. No me han encontrado todavía, Vincent. Prácticamente, estoy escondido aquí. Tengo miedo de informar a la Policía. No quiero que se sepa que estoy en Nueva York.

»Mire, Vincent-Chalvers señaló la ventana —, y vea esas luces que parpadean. ¡El rayo podría apagarlas! Podría entrar aquí y envolvernos a los dos. Proyecta una negrura y produce un silencio también; una negrura silenciosa...

Mientras Chalvers pronunciaba, estas últimas palabras las luces de la habitación se extinguieron de repente. Harry se encontró envuelto en una espesa oscuridad, sin poder ver nada.

Había llegado una espesa negrura cegadora y con ella un palio sofocante que arrancó una exclamación al agente de La Sombra.

La sorpresa del extraño fenómeno paralizó a Harry Vincent. Se quedó clavado en el sillón, sin acertar a comprender lo ocurrido. Un silencio terrible se cernía como un sudario. La negrura silenciosa había caído sobre aquel lugar.

Haciendo un esfuerzo, Harry recobró la serenidad. Empezó a levantarse del sillón. Mas antes de ponerse en pie, unas manos le asieron los brazos.

Un cuerpo poderoso lo arrojó hacia atrás. El sillón se volvió.

Harry cayó al suelo. Alguna cosa le golpeó debajo de la barbilla.

¡Una negrura invadió el cerebro de Harry Vincent, al sucumbir al ataque ejecutado por unos hombres en la oscuridad!

CAPÍTULO XXII

PLANES CRIMINALES

HARRY Vincent abrió los ojos. Ya no se encontraba en la habitación donde lo sorprendiera la extraña negrura. Yacía en un rincón de un cuarto de paredes pétreas, atado de pies y manos.

Había dos hombres a su lado, de pie. Uno de ellos miró hacia el rincón donde oyó moverse a Harry. El agente de La Sombra observó el brillo de una dentadura de oro, que relucía a los rayos de la sola luz que colgaba del techo.

Con una risa, el hombre preguntó:

—Ha vuelto en sí, ¿eh? Tuvo suerte que no abrió los ojos en el camino. Se salvó de otra trompada...

A pesar del dolor de la cara, Harry Vincent adivinó quién era el individuo que le hablaba. Había oído hablar de Goldy Tancredo, rey de los “racketeers” y aquel rostro exhibía todas las señales de identidad del famoso gangster.

Se burló Goldy:

—Todavía está aturdido, ¿eh? Pues, vuelva a dormirse. No se preocupe de su amigo. Nos cuidamos de él. Así-Goldy rió cuando los ojos de Harry se cerraron —. Siga mi consejo. Va usted a pasar una temporada aquí. No adelantará nada con estar despierto.

Según todas las apariencias, Harry había vuelto a caer en un estado de sopor.

Mas esto era fingido.

Quería averiguar todo cuanto fuese posible; y sabía que los individuos que le habían secuestrado hablarían con mayor libertad, si creyesen que él no se encontraba en estado de poder oír.

Goldy Tancredo habló a su compañero:

—Tú viste cómo funcionó. Pues del mismo modo funcionará

mañana por la noche. De pronto, todo queda envuelto en una negrura. Ya lo has visto, Hardigan.

Harry Vincent oyó el nombre que Goldy Tancredo pronunció. Descubría la identidad del otro individuo. Clipper Hardigan, “racketeers” de los muelles, era un ex jefe de banda que ejercía una influencia muy poderosa, que la policía no había podido contrarrestar.

Clipper Hardigan gruñó:

—Sí. Funciona a la perfección. Mas, ¿cuánto tiempo puede durar?

Replicó Goldy:

—No necesitamos más que tres minutos esta noche. En realidad, no nos hacía falta, pero quise que presenciara la prueba. ¿Observaste cómo silenció todos los ruidos? Por esto lo hemos bautizado con el nombre de la negrura silenciosa o «el silencio negro». ¿Cuánto tiempo puede estar funcionando? Todo el tiempo que sea necesario.

Calculó Clipper:

—Necesitaremos cosa de un cuarto de hora. Mas no estoy seguro del todo. Este es el problema, Goldy. Supón que nos pillen con las manos en la masa, en medio de la operación.

Repuso Goldy:

—No es probable. Es mañana por la noche. Lo proyectaremos durante un cuarto de hora. Luego lo retiraremos. Nos será fácil comprobar si has terminado la operación. Si no has terminado, proyectaremos el rayo negro de diez segundos.

Gruñó Clipper Hardigan, meditabundo:

—Me parece bien. Solo una cosa, Goldy. Ping Slatterly trabajaba contigo, ¿no es verdad? Pues bien, Ping fue...

—Eso es diferente-atajó Goldy —. Ping asaltaba un Banco. El y su cuadrilla armaron mucho ruido. Pero tú y tu banda no hacéis las cosas a vuestro agrado. Vamos, Clipper; ya dijiste que sí antes. No vas a dejar pasar esta ocasión, ¿verdad?

—No me gustaría.

—Naturalmente. Tu negocio de «seguros contra el robo de mercaderías» va mal. Terminará antes de lo que te figuras. En cambio, este negocio es sólido y seguro...

Clipper Hardigan asentía con la cabeza.

Goldy Tancredo le asió del brazo.

—Todo está dispuesto, Clipper. Escucha. Repasaré otra vez los detalles de...

—¡Chitón! —advirtió Clipper—. Ese pájaro del rincón...

—Que escuche-se mofó Goldy —. Aun se pregunta qué le ocurrió a Chalvers. Bien pronto lo sabrá. Lo retendremos aquí una temporada para que tenga suerte. Y si está despierto, que no lo creo, le daremos qué pensar...

El jefazo arrojó una mirada de desdén a Harry Vincent. El joven yacía al parecer, inerte en el rincón.

Goldy lanzó una carcajada. Hablaba en serio. No importaba que el prisionero oyese. No le servida de nada.

Volviéndose hacia Clipper Hardigan, Goldy Tancredo reanudó sus explicaciones. Paso a paso esbozó el plan audaz que había trazado.

En tono suave y convincente, pintaba su porvenir risueño a su nuevo aliado.

La cabeza de Clipper se movía en un gesto de asentimiento; y sus labios formulaban una sonrisa al aprobar las disposiciones finales.

Formaban una pareja de malhechores diabólicos. Goldy Tancredo, suave y persuasivo; Clipper Hardigan, un rufián de mandíbulas de acero, con un rostro que aumentaba de fealdad a cada frase de su compañero.

—Está bien-asintió finalmente Clipper —. Estaremos allí, dispuestos a dar el golpe en cuanto se proyecte la negrura y se apaguen las luces. No obstante, confío en ti, Goldy.

—Yo estaré en el otro extremo-aseguró el jefazo.

Sonó un golpecito en la puerta. El jefazo gruñó. La puerta se abrió. Riggins franqueó el umbral.

—Tengo el coche a punto en el garaje-anunció —. ¿Listos?

—Sí —respondió Goldy—. Vamos, Clipper.

El jefazo extinguió la luz. Harry Vincent oyó cerrarse la puerta. La llave giró en la cerradura. El trío se había marchado. El agente de La Sombra estaba solo, prisionero y reducido a la impotencia.

Conocía que aquella habitación era subterránea. Comprendió que sería inútil gritar; de lo contrario, lo habrían amordazado. Forcejeó en vano con las ligaduras que le aprisionaban.

Una multitud de pensamientos alarmantes, pasó por la cabeza dolorida del joven ayudante de La Sombra.

Recordó su informe a Burbank; fue una imprudencia decirle al agente de enlace que no podía existir ningún peligro.

Pensó en Chalvers y en las revelaciones del joven ingeniero, poco antes de ser atacado. Harry estaba seguro de que el joven perseguido había sido asesinado.

Mas en los pensamientos que bullían en el cerebro del joven ayudante de La Sombra, se destacaba la conversación sostenida entre Goldy Tancredo y su nuevo aliado, Clipper Hardigan.

En aquella discusión, Harry conoció los planes de los enemigos. Conoció los detalles del golpe que iban a dar al día siguiente por la noche.

Un robo y uno o más asesinatos figuraban, en el programa de un golpe colosal que únicamente la negrura silenciosa podía hacer posible. La policía no sospecharía, nunca de tal plan.

Aun La Sombra, si estuviese alerta, pensaría en mil lugares antes de ocurrírsele el sitio donde se iba a realizar esta operación criminal.

Harry Vincent gimió. Había caído en las manos de unos genios del crimen.

Sus secuestradores eran hombres ambiciosos que, ante todo, buscaban enriquecerse. Al día siguiente por la noche, les fallaría el golpe. Después se ocuparían de Harry Vincent.

El agente de La Sombra sabía que no podía esperar compasión de Goldy Tancredo. Conocía que el jefe lo retenía solamente para interrogarlo más tarde; luego lo mataría si no hablaba. Sin embargo, Harry no se preocupaba de esto.

Tenía el convencimiento de que estaría seguro hasta después de la noche del siguiente día. Entonces, habiéndose perpetrado otro crimen, La Sombra quizá encontraría la pista de su fiel agente. Harry tenía absoluta confianza en el poder y la habilidad de su jefe para rescatarlo de una situación desesperada.

No sabía que La Sombra hubiese fracasado jamás. No obstante, los pensamientos del joven no se limitaron al examen de su situación personal.

Por su cerebro pasaban repetidamente los detalles de la operación que Goldy Tancredo había discutido tan abiertamente.

¡Si la Sombra lo supiese!

Pero La Sombra no podía saberlo. ¡Harry Vincent, la única persona que podía informar detalladamente a La Sombra, se encontraba encerrado en una prisión subterránea!

CAPÍTULO XXIII

LA SOMBRA RIE

UNAS manos debajo de una luz azulada; una piedra reluciente que mojaba destellos de un purpúreo profundo.

¡La Sombra se encontraba ahora en su santuario! Encima de la mesa aparecían unos cuantos recortes de periódicos y unos pliegos de papel.

Debajo, un mapa de Manhattan cubría toda la superficie de la mesa.

El cuarto sin ventanas no conocía el día ni la noche. En medio de una negrura interrumpida solamente por la luz del rincón, La Sombra trabajaba completamente aislado. Su santuario era un lugar que no había visitado nunca nadie mas que él.

La noche había terminado fuera del santuario. La luz de un nuevo día había llegado. Mas La Sombra no se preocupaba del tiempo. Estaba ocupado en una tarea tremenda. Tres veces se había perpetrado un crimen, después de producirse el fenómeno de la negrura silenciosa. Después de la primera vez, La Sombra pudo derrotar a los malhechores que habían intervenido.

Mas ahora, La Sombra buscaba resultados más importantes. Indiferente a los planes que sus enemigos pudiesen trazar, el rey de la oscuridad trataba de descubrir el origen mismo de la trama; La Sombra conocía perfectamente que Ping Slatterly no era más que un instrumento en manos de unos ases del crimen.

La Sombra había estado reuniendo datos de importancia. Ante sus ojos aparecían los informes de cosas que el detective José Cardona ni siquiera había sospechado.

¡El secreto de la negrura silenciosa! ¡El secreto del rayo negro y silencioso!

¡La Sombra le seguía el rastro!

Una mano se movió encima de la mesa. Echó a un lado los recortes. Unos ojos fulgurantes se enfocaron sobre el mapa de Manhattan. Unos dedos hábiles extrajeron unos alfileres de cabeza blanca. Uno tras otro, La Sombra los fue colocando encima de lugares de vital importancia.

Primero, un alfiler tocó el lugar donde estaba enclavado el hotel Olimpia. El segundo alfiler señaló el edificio coronado por la Torre Harmon; el tercer alfiler indicó la posición exacta del Banco Nuevo. El cuarto entró en el cruce de calles donde el tráfico quedó detenido, para dejar escapar a los ladrones fugitivos.

Tras una pausa, los dedos pusieron otro alfiler en una línea que indicaba el tren aéreo de la Secta Avenida. Los ojos agudos de La Sombra escrutaron la superficie del mapa.

Aquellos alfileres indicaban un hecho de importancia. Señalaban que la entraña negra silenciosa podía haberse proyectado fácilmente desde un solo punto.

Significativamente, el índice de la mano derecha de La Sombra se movió de un alfiler a otro. Los alfileres tocados fueron los que señalaban el ferrocarril aéreo y los cruces de calles.

Eran los dos lugares que suministraban una pista de importancia. En el hotel, la casa de Tadeus Harmon y el Banco no significaban más que el manejo de un equipo de electricidad dentro de los mismos edificios.

¡Pero el ferrocarril aérea y el cruce de calles! ¡Estos lugares, donde se proyectara el rayo negro, constituían indicios seguros de un palio que descendiera de la noche misma!

Con un lápiz, la mano de La Sombra trazó unas líneas punteadas sobre la superficie del mapa. Sólo desde el hotel Olimpia la línea indicadora podía haber tomado cualquier dirección.

Con el pabellón a modo de punto de partida, había unos lagares lógicos donde debían cruzarse su línea y la del hotel.

La línea del Banco Nuevo limitaba aún más. La línea del cruce de calles significaba otra limitación de la búsqueda. Sin embargo, el problema de la localización no lo había terminado aún La Sombra.

Un alfiler más podría haber resuelto la cuestión. El dedo de La Sombra se posó sobre el alfiler de la Sexta Avenida. Este era inútil. Identificado con el Banco Nuevo, no le prestaba ninguna ayuda.

La Sombra esperó. Su agudo cerebro forcejeaba con este problema desde hacía varias horas. La luz se apagó con un chasquido. Dentro de una oscuridad tan completa como la de la negrura silenciosa, La Sombra se quedó absorto en profundos pensamientos.

Una mano avanzó en la negrura. Encontré un par de auriculares. Una lucecita brilló en la pared, al otro lado de la mesa.

—Burbank al aparato-dijo una voz desde el otro extremo de la línea —. ¿Me oye?

—Informe sobre Vincent-fueron las palabras reposadas de La Sombra.

—No ha comunicado más-respondió el agente de enlace.

—Pregunte a Mann-ordenó La Sombra.

La luz, se extinguió. Cuando volvió a encenderse, Burbank inició la conversación.

—Mann no ha recibido ningún informe.

Silencio. Luego la voz susurrada de La Sombra. Como una súbita inspiración.

—Llame a Burke-ordenó el fantasma de la noche —. Dígame que telefonee a la casa de Chalvers. Que llame desde la oficina de El Clásico, solicitando información sobre la interrupción del servicio de luz ocurrida allí anoche.

La bombilla se apagó. La luz azul se encendió encima de la mesa de La Sombra.

Envuelto en una oscuridad completa, La Sombra había realizado un nuevo informe relacionado con el caso que ocupaba sus energías actualmente. No hubo informe de Harry Vincent. El joven ayudante podría haberse topado con unos enemigos inesperados. ¡De ser así, posiblemente el encuentro ocurrió anoche en el lugar donde Vincent estuvo investigando!

Anticipándose a esta posibilidad, La Sombra puso un alfiler en el lugar de la casa donde Chalvers residía. Empezó a trazar nuevas líneas punteadas.

Esto era lo que él necesitaba. Indicaba un punto central en Manhattan, donde todas las líneas convergían.

La diminuta bombilla estaba encendida. La mano de La Sombra levantó de la mesa los auriculares.

Burbank tenía ya un informe.

—Llamada de Burke-dijo la voz repasada del agente de enlace—. Informe de la casa de viviendas. El servicio de alumbrado eléctrico estuvo interrumpido durante unos minutos anoche. Se lo atribuyó a una avería de la dinamo.

La bombilla se apagó. Los auriculares se movieron hacia el otro lado de la mesa. La mano de La Sombra apareció con un alfiler de cabeza negra.

Cuidadosamente, los dedos lo colocaron en el punto focal de las líneas punteadas.

Aquel alfiler, con su cabeza negra como el azabache, marcaba el lugar que La Sombra había estado buscando. Indicaba el sitio de Manhattan desde el cual se había proyectado el rayo negro.

¡Estaba clavado exactamente encima del edificio ocupado por la nueva Torre Yudruth!

Transcurrió un minuto mientras los ojos de La Sombra contemplaban el mapa. La luz arrojó su fantástico destello. El girasol del dedo de La Sombra parecía fulgurar con chispas triunfales.

La negrura surgió cuando la mano de La Sombra extinguió la luz. Una carcajada larga y hueca estalló repercutiendo sus ecos por todo el santuario.

Los ecos escalofrantes parecían palpar por todo el cuarto. Cuando los ecos siniestros terminaron, el santuario estaba desierto.

Eran las últimas horas de la tarde en Manhattan. Una figura alta, caminando por una calle transversal, se detuvo a contemplar el cielo. Unos ojos agudos y escrutado les percibieron la Torre Yudruth, resplandeciendo al sol.

El observador se echó a reír. Su júbilo resonó como un eco del santuario del fantasma de la noche.

La Sombra contemplaba el rascacielos que encerraba el secreto de la negrura silenciosa. Allí estaba el origen del rayo negro.

¡La Sombra lo sabía!

CAPÍTULO XXIV

EN LA TORRE

CERRABA la noche en Manhattan. Los perfiles de los rascacielos aparecían aún visibles; las luces titilantes de las ventanas semejaban joyas relucientes en unos marcos fantásticos.

Desde el círculo de observación de la Torre Yudruth, unos visitantes contemplaban el hermoso panorama que se extendía ante sus ojos asombrados.

Entre ellos hallábase un silencioso observador-cuyos ojos penetrantes examinaban la escena que se extendía a sus pies. La Sombra, en calidad de visitante del puesto de observación, contemplaba los lugares donde se proyectara el rayo negro y, silencioso.

El hotel Olimpia se destacaba con sus ventanas iluminadas. El pabellón de Tadeus Harmon era perfectamente visible en la azotea de la casa. La fachada de mármol blanco del Banco Nuevo semejaba una diminuta baldosa o plancha al otro lado del ferrocarril aéreo de la Sexta Avenida.

El cruce de la avenida con la calle transversal se hallaba cerca del edificio.

El visitante observó ese detalle; luego se volvió y localizó la casa donde Harry Vincent había visitado a Chalvers.

Desde este pináculo, La Sombra había corroborado una hipótesis que formulara cuando se dirigía hacia la Torre Yudruth; a saber, que la fuerza del rayo negro debió proyectarse desde uno de los pisos superiores de este edificio; solamente desde una gran altura pudo haberse realizado.

Inclinándose sobre la barandilla, La Sombra miró hacia el fondo de la calle.

En algunas de aquellas ventanas visibles se ocultaba el origen de la negrura silenciosa. Escudriñando a lo largo de la superficie del edificio, el silencioso observador esperaba la ocasión que había de presentarse pronto.

—¡Señores visitantes de la torre! —gritó una voz desde la puerta—. ¡Ahora va a bajar el último ascensor!

La elevada figura se descolgó por la plataforma. Una capa negra produjo un ruido de fru-frú. Cuando la figura se enderezó de nuevo, se fundió con la oscuridad que ahora rodeaba al pináculo.

El último visitante se había convertido en una figura fantasmal vestida con una capa negra y un flexible negro también.

Un vigilante, con una linterna en la mano, inició un circuito de la plataforma. No vió a la figura espectral que le precedía. Terminada su inspección, el vigilante quedó convencido de que todos los visitantes se habían retirado. Una puerta metálica resonó. Se cerró con ruido. El último ascensor iniciaba su último viaje descendente. La torre quedó cerrada para esa noche. Pero allí quedó una persona.

La Sombra, el rey de la oscuridad, se encontraba solo en la plataforma de observación de la Torre Yudruth, teniendo ante su vista las millares de luces fantásticas de Manhattan. Como el cerebro de un ser gigantesco, podía distinguir todo cuanto sucedía abajo.

Mientras el viento creciente remolineaba en potentes ráfagas, el extraño fantasma empezó un circuito solitario en torno de la plataforma. Unos ojos agudos escudriñaron las paredes del edificio. La Sombra inspeccionaba el edificio donde se encontraba. La figura espectral se detuvo.

Una risa fantástica fue lanzada al viento creciente. En su círculo, La Sombra había llevado a cabo unas observaciones de suma importancia. Sin embargo, esperaba, presintiendo que con el tiempo llegaría el movimiento de actual de una manera extraña y arriesgada.

En lo alto de la torre, La Sombra era el dueño. ¡Encima del lugar de origen del rayo de la negrura silenciosa, podía esperar el momento oportuno!

Lanzando una mirada hacia el Oeste, los ojos de La Sombra divisaron la cinta que señalaba el río Norte. Las luces de muchas

embarcaciones brillaban por encima de las aguas oscurecidas. Unos transatlánticos gigantescos sembraban juguetes diminutos.

Un buque, liliputiense desde la torre de observación, presentaba un perfil iluminado de una manera fantástica, cuando unos diminutos remolcadores, casi imperceptibles, lo sacaban fuera.

Los ojos agudos de La Sombra se posaron sobre aquel buque. Una risa salió de los labios del fantasma de la noche. El barco era el Garonic, el trasatlántico más moderno que prestaba servicio entre América y Europa.

El gigantesco vapor era movido por electricidad. Una vez que el buque llegara al centro del río, los remolcadores lo abandonarían, entonces se dirigiría con sus propias fuerzas al puerto inferior.

¿Por qué La Sombra vigilaba tan atentamente aquel barco?

Había una respuesta. Alejándose del muelle, el buque era muy visible. De todos los objetos perceptibles desde la torre de observación, éste era el más claro.

La lista de pasajeros del Garonic había hecho famoso este viaje. Entre los pasajeros que se encontraban a bordo hallábase un príncipe siamés, cuya visita a los Estados Unidos había sido anunciada con grandes titulares.

Con él, esta celebridad llevaba piedras preciosas de un valor fabuloso, que guardaba y vigilaba su fiel séquito.

La Sombra pensaba en esto. Desde la torre, el Garonic se asemejaba a un juguete diminuto, que una mano gigantesca podía arrancar del río y despojarlo de su contenido. No existía tal mano; mas aquí, a pocos metros de distancia, había una fuerza tan poderosa como un puño gigantesco.

Si alguna vez la negrura silenciosa podía dar un golpe criminal, ésta era la ocasión. Este hecho, tan evidente desde esta torre, indujo a La Sombra a observar el movimiento de retroceso del barco. Cerca del centro del río, el colosal buque seguía aún siendo arrastrado por los remolcadores.

La proa estaba enfilada hacia la bahía.

La risa de La Sombra se elevó sobre el viento. Su tono de burla era un reto a los ases del crimen. Sobrenatural y sin la menor nota de júbilo, la risa estalló siniestra y escalofriante.

Con esta señal extraña de la misteriosa presencia de La Sombra, llegó el golpe que el genial luchador esperaba.

En un instante relampagueante, el casco entero del Garonic desapareció de la vista. Los diminutos remolcadores quedaron también borrados. Entre el barco gigante y los muelles se extendía una zona de oscuridad completa.

La negrura silenciosa había surgido rápida.

Bajo su poder, el buque gigantesco se desvaneció mientras La Sombra miraba.

¡Unas riquezas fabulosas estaban a merced de los hombres que esperaban la oscuridad que iba a servirles!

CAPÍTULO XXV

PROCEDENTE DEL RAYO

LA Sombra actuó con rapidez. Desde la plataforma de observación de la Torre Yudruth, observaba perfectamente cuanto ocurría. El rayo negro estaba debajo. Su proyección cónica formaba un tubo puntiagudo de oscuridad que no podía penetrar ningún ojo.

Desde abajo, no podía observarse la oscuridad contra el cielo. Pero La Sombra la vió como una mancha negra que oscurecía las luces de la ciudad a su paso. Más aún, distinguió el punto de partida; la habitación de un rincón, dos pisos más abajo.

Dentro del círculo de la plataforma de observación hallábanse la antesala y la mesa de información.

La puerta estaba cerca de La Sombra. Volviéndose, guiando sus movimientos los rayos de una linterna eléctrica, el fantasma de la noche llegó al teléfono que conectaba la torre con la planta baja del edificio.

La voz de la telefonista respondió.

—Jefatura de Policía-ordenó La Sombra.

La telefonista, a varios centenares de metros de distancia, respondió con la precisión de una persona sumida en un trance. ¡Una llamada desde la torre a esta hora! ¡Una voz que sonaba escalofriante!

La llamada de La Sombra recibió una respuesta.

En tono calmoso y frío, el fantasma de la noche dio el alarmante aviso.

Informó la voz de La Sombra:

—El barco Garonic, atacado por gangsters en el puerto. Los criminales que les ayudan se encuentran en el piso noventa y tres de la Torre Yudruth.

Eso fue todo.

El receptor estaba en el gancho. Atravesando velozmente la oscuridad, La Sombra llegó a la plataforma de observación.

¡Con la indiferencia del suicida, saltó por encima de la baranda quedando su larga figura encima del precipicio de la calle!

Su cuerpo se detuvo bruscamente y luego se deslizó por la pared del edificio, asiendo sus manos la cornisa. Una poderosa ráfaga de viento azotó al edificio, mas no desprendió a la figura vestida de negro que se agarraba a la pared.

Las superficies decoradas debajo de la plataforma, de observación, servían para que La Sombra pusiera en pie y luego hicieran de asidero.

¡En el borde de la muerte, indiferente al huracán que intentaba arrancarle del muro el fantasma vestido de negro inició su descenso que constituía un reto a la muerte!

¡Trescientos metros de vacío! Sin embargo, La Sombra se mantenía con igual calma que si estuviese, a un metro del suelo. Había proyecciones que le servían de asidero y las encontró en la oscuridad.

Pegado a la superficie de las mayores alturas de la Torre Yudruth, La Sombra descendía como un escarabajo a su meta: ¡hacia el rayo de negrura que estaba dos pisos más abajo!

La Sombra había dominado otras superficies más difíciles aun que ésta; pero esta noche luchaba con gran desventaja. La rapidez era esencial; y la empleó a pesar de la amenaza del viento huracanado que hacia remolinear los pliegues de su capa.

Luego, cuando La Sombra estuvo encima mismo de la ventana de donde se proyectaba el rayo negro, ejecutó una maniobra espeluznante, sobrenatural, que dejó a su cuerpo al nivel de aquella ventana.

La muerte abría sus fauces debajo. Los enemigos estaban dentro. La Sombra hizo una pausa. ¿Pensaba en volver al único lugar que le ofrecía un vestigio de seguridad a la plataforma de observación?

¡Sólo La Sombra le sabía: mas otros lo sabrían pronto también!

Había cuatro hombres dentro de la sala de proyección esta noche. Héctor Fawcett miraba por la ventana, sin embargo no podía ver gran cosa, pues el rayo negro, pasaba por su lado rozándole. Con Fawcett se encontraba el jefe, Goldy Tancredo. Detrás Bower

Riggins, la escolta de Goldy.

De acuerdo con su promesa, Goldy Tancredo dirigía las operaciones desde este punto, mientras Clipper Hardigan hacía el trabajo abajo. Pero el cuarto miembro era tan importante como cualquiera de los presentes. En la oscuridad, detrás del reluciente aparato, estaba Hobbs, el operador.

Silenciosamente, el manipulador del rayo esperaba las instrucciones que debían darle.

Su mano estaba dispuesta a levantar el palio de la negrura silenciosa al final del tiempo marcado; listo también para proyectarlo de nuevo, si Héctor Fawcett o Goldy Tancredo lo indicasen.

Juzgándose libres de todo ataque, estos demonios se deleitaban en el crimen que ellos creían no podía fallar. El potente rayo que proyectaba un brazo de negrura había paralizado toda acción a bordo del Garonic.

Comentó Héctor Fawcett:

—No pueden detenernos esta noche. Esta es una operación que no puede fracasar.

—Sin embargo, hay que estar preparados—aconsejó Goldy Tancredo—. Vigila los remolcadores, cuando retiremos el rayo. Si aun están cerca, tápalos de nuevo—añadió a Hobbs.

Bower Riggins soltó una risita. Como de costumbre, reflejaba la opinión de su jefe y Goldy Tancredo había hablado con tono de seguridad. Hobbs no despegó los labios. Estólidamente, el operador del rayo cumplía su cometido, con igual perfección que lo hiciera anteriormente.

—Diez minutos—anunció Fawcett—. Es la mitad del tiempo que necesitan. Están realizando el golpe.

—Es una cosa segura —comentó Goldy—. Oye... mira aquella negrura... cómo se extiende...

Héctor Fawcett profirió una carcajada.

Comprendió que Goldy se percataba de la fuerza del rayo. La negrura dentro de la negrura ofrecía un espectáculo increíble..

—Jamás vi cosa igual —añadió Goldy—, ... Escucha... si saliese alguna cosa de esta oscuridad, no se la podría ver hasta...

La frase del jefe se interrumpió. Una exclamación salió de sus labios.

El grito indujo a Héctor Fawcett a seguir la mirada de Goldy Tancredo. Bower Riggins le imitó. Los tres criminales retrocedieron atónitos ante un fenómeno más asombroso que el brazo de negrura que contemplaban. De la oscuridad surgía una figura que contemplaban.

De la oscuridad surgía una figura viviente, como si una porción de la negrura silenciosa se hubiese desprendido del rayo, un ser del otro mundo se había materializado de la negrura proyectada.

Como un espíritu de la oscuridad, una figura elevada saltó por la ventana y cayó acurrucado delante misma de los hombres que le observaban. Luego, en vez de una forma menguada, el siniestro objeto se enderezó hasta adquirir la semejanza de un ser viviente, de elevada estatura.

Dando un poderoso salto, el fantástico monstruo avanzó, con los brazos extendidos, hacia los tres hombres.

Instintivamente, los criminales huyeron hacia los costados de la habitación.

Sus gritos indujeron a Hobbs a ver el objeto que les había producido tanto terror. Con aire resuelto, el operador del aparato del rayo negro se enfrentó con la amenaza surgida de la nada.

Por una ventana abierta, a unos trescientos metros de altura de la formidable negrura que borraba todos los objetos que encontraba a su paso, había surgido el superhombre que jamás había fracasado en sus innumerables batallas contra las hordas del crimen.

Del rayo negro surgió La Sombra, terminado el descenso de la torre de observación, el rey de la oscuridad había aprovechado para sus propios fines el trazo negro. El rayo le había proporcionado la oscuridad que necesitaba para terminar este ataque sobrenatural.

La Sombra había llegado, pillando por sorpresa a sus adversarios. Su objetivo era el proyector que los criminales habían utilizado para sus fines siniestros.

La mano de La Sombra se extendía para terminar con la negrura servidora de una banda de forajidos.

¡El fantasma de la noche, el temible vengador, se encontraba allí para luchar contra la negrura silenciosa, en su misma guarida!

¡Procedente del rayo, surgió La Sombra!

CAPÍTULO XXVI

ARRIBA Y ABAJO

UNA luz brillaba a bordo de la motonave Garonic.

Aquel rayo de luz provenía de una potente linterna de acetileno que tenía en su mano firme Clipper Hardigan. A la cabeza de los gangsters del río, este jefe de banda avanzaba hacia un objetivo seguro.

Representando el papel de pasajeros a bordo del buque, Clipper y su pandilla de ladrones no hicieron caso del aviso de que todos los visitantes abandonasen el barco. Se habían reunido en la popa, en la misma cubierta, dispuestos a lanzarse sobre el objetivo, cuando llegase la orden.

Cuando la motonave retrocedió hasta el centro del río, la negrura silenciosa la envolvió. La linterna de Clipper horadó la oscuridad.

A bordo de un barco indefenso, en el cual se había eliminado todo medio de iluminación y la fuerza eléctrica, Clipper lanzó a sus hombres hacia la escalera que conducía al camarote de lujo del príncipe siamés.

Los remolcadores iban tripulados por los secuaces de Clipper. Como la motonave, los barcos menores desaparecieron de la vista.

La proyección del rayo negro había sido reservada para el momento, en que los remolcadores estuviesen dispuestos a alejarse. Sin embargo, permanecieron arrimados al costado, pues habían de servir para la fuga de Clipper y su banda, una vez realizado el golpe.

Los remolcadores tenían las luces apagadas también, pero sus máquinas primitivas no fueron afectadas por la fuerza paralizadora del rayo. A la luz del acetileno, Clipper se proponía apoderarse del

tesoro del príncipe siamés; luego bajaría a una cubierta inferior para conducir a su cuadrilla a los remolcadores que esperaban.

Por este motivo, quería Clipper que la oscuridad durase más tiempo. Con las calderas encendidas, los remolcadores podían alejarse con toda seguridad.

Entretanto reinaría la confusión a bordo del Garonic.

El plan estaba bien trazado y dependía de La Sombra, que intentaba frustrarlo en su origen: en aquella habitación del piso noventa y tres de la Torre Yudruth.

Clipper Hardigan y sus satélites alcanzaron su objetivo. La mayoría, de los pasajeros paseaban por la cubierta. El camino estaba despejado. Clipper y su banda avanzaron con precisión.

Sigilosamente, en medio de la oscuridad, los ladrones se aproximaron a la puerta del camarote del príncipe. El resplandor de la luz de la linterna reveló una abertura. Los sobresaltados miembros del séquito del príncipe no sospecharon, que aquella luz era peligrosa. Vieron su error cuando uno de los pistoleros de Clipper disparó un tiro que se aplastó en la puerta.

La puerta se cerró al instante, pero los pistoleros se lanzaron contra ella y la abrieron. Entonces los miembros del séquito opusieron resistencia.

El príncipe no se encontraba en su camarote; había allí otras personas, además de los sirvientes. Varios detectives y oficiales del Banco, que habían sido designados para guardar las joyas temporalmente, abrieron fuego de una manera inesperada.

Derribaron a los primeros bandidos que se precipitaron en el interior delante de la luz. Los pistoleros devolvieron el fuego desde fuera. Un detective se tambaleó; uno de los criados siameses cayó. Clipper y su banda atacaron a medida que los defensores se dispersaban ante el fuego abrumador.

Este camarote de lujo tenía una habitación interior, casi una cámara acorazada Goldy Tancredo estaba informado de ello. Actuando de acuerdo con los datos que poseía, Clipper ordenó a sus hombres que avanzasen. La breve batalla había ocasionado un retraso. No había tiempo que perder.

Los gangsters penetraron en el cuarto principal del camarote de lujo. De común acuerdo, los defensores se zambulleron en las otras habitaciones.

Mientras sus hombres encañonaban los lugares donde los detectives y los oficiales se habían refugiado, Clipper usó la linterna de acetileno para mandar la luz al escenario de la batalla.

Unos lugartenientes de confianza se dirigieron hacia la habitación interior.

Derribaron la puerta. Los defensores se dieron cuenta de que su causa estaba perdida. Se mantuvieron en sus lugares de refugio esperando que se encendieran las luces, lo cual era la única ayuda que podía nivelar lucha.

La puerta de la habitación de delante estaba abierta. Clipper, al mirar en la niebla oscura que su luz penetraba, vió que sus hombres la derribaban. El éxito era seguro. La oscuridad que Goldy Tancredo prometiera se había producido.

Mas cuando los labios del gangster emitían un grito de triunfo, ocurrió lo que él temía.

¡Las luces del barco se encendieron!

Los hombres de Clipper vacilaron. Luego, al final de unos segundos largos y tensos, las luces se apagaron de nuevo. Clipper profirió una carcajada en medio de la oscuridad silenciosa.

La operación se realizaba de acuerdo con los planes acordados. Las luces se habían vuelto a apagar cuando los que vigilaban, vieron que la operación no se había terminado.

Sin embargo, antes de que la banda terminase, las luces se encendieron de nuevo. ¡Volvieron a apagarse y encenderse repetidas veces y al final quedaron encendidas!

El pánico se apoderó de los gangsters. Se abrieron las puertas del camarote y los defensores, emboscados, dispararon. Los pistoleros, batiéndose en retirada, empezaron a caer cuando Clipper Hardigan ordenó retirarse.

Surgieron nuevos enemigos en lo alto de la escalera. ¡Había empezado una verdadera batalla!

La explicación del súbito giro de los acontecimientos, consistía en lo que estaba ocurriendo en la oficina del piso superior de la Torre Yudruth.

La Sombra, lanzándose sobre el proyector del rayo negro, había puesto una mano encima del interruptor. Mas cuando la mano enguantada lo cogió, Hobbs se arrojó impetuosamente sobre el misterioso invasor vestido de negro.

La Sombra no empuñaba ningún arma. Esperaba encontrar desprevenidos a sus enemigos. Si Fawcett, Goldy o Riggins hubiesen intentado sacar un revólver. La Sombra habría recurrido a sus pistolas automáticas.

Los hombres se habían espantado temiendo la furia de La Sombra: quedó tan sólo Hobbs, el menos formidable de todos. Fue él, sin embargo, quien opuso resistencia.

Su mano asía aún la de La Sombra cuando el rayo se apagaba y se encendía.

El brazo negro surgió de la oscuridad; Hobbs se desplomó cuando el puño de La Sombra descargó sobre su barbilla.

Esto provocó el asalto. De común acuerdo, los tres hombres que habían retrocedido se lanzaron sobre La Sombra.

Con un grito salvaje, Goldy Tancredo anunció la identidad de este enemigo a quien, todos los malhechores habían tratado de eliminar.

La figura de La Sombra pareció desplomarse ante el ataque. Goldy y Riggins sacaron sus revólveres cuando se abalanzaron sobre el odiado enemigo que yacía hecho un ovillo. Cayeron al suelo cuando la Sombra dio un salto. Héctor Fawcett, tambaleándose contra el aparato, sacó a su vez un revólver.

Goldy y Riggins dispararon. Erraron el tiro. La Sombra esquivó hábilmente.

El rugido de una pistola automática respondió. Riggins, que estaba delante de Goldy, recibió el balazo.

Héctor Fawcett, intentando asir con la mano izquierda el interruptor, apuntó su revólver a La Sombra. El criminal de gafas de oro llevaba ventaja, pero el intento de hacer dos cosas a la vez fue su perdición.

No cogió el interruptor con una mano y disparó erráticamente con la otra.

Luego asió el interruptor y trató de disparar otra vez. Un balazo de la pistola automática de La Sombra lo derribó.

Hobbs se había puesto en pie. De nuevo el operador del rayo negro hizo lo inesperado. Lanzándose contra el proyector, de un empujón, lo hizo rodar hacia delante. La Sombra estaba agazapado delante mismo.

El aparato lo tiró atrás, hacia la ventana. Disparó dos veces. Las

balas rebotaron en el costado de la máquina. Hobbs, instintivamente, cambió de posición. La Sombra detuvo la marcha del reflector.

Goldy Tancredo se escabulló por la puerta, seguido de Hobbs. La Sombra, no pudiendo detenerlos con los disparos de sus pistolas, lanzó una carcajada en la oscuridad, junto a la ventana. Estos hombres no podían escapársele; él tenía una tarea más urgente.

Entrando en la habitación, se agachó y puso el hombro debajo de la máquina que ya no funcionaba. Con un poderoso esfuerzo, la alzó y la puso en la ventana.

¡Luego, dando a la pesada máquina un empujón, la tiró a un patio desierto, detrás del rascacielos!

Antes de que se oyera el ruido de la caída, La Sombra había franqueado el umbral de la habitación. Había arrojado la máquina, desde una altura de trescientos metros, al patio, donde quedó hecha añicos; ahora salía en persecución de los criminales que trataron de huir.

Goldy Tancredo, el rey de los racketeers y Hobbs, el operador del proyector, eran los hombres con quienes La Sombra ajustaría cuentas ahora. La puerta de la antesala estaba cerrada para interceptar el paso de La Sombra. Estaba cerrada con llave por el otro lado.

Cuidadosamente, una mano enguantada de negro introdujo un instrumento diminuto en el ojo de la cerradura. Esta chirrió. La mano asió el pomo; la puerta se abrió. La Sombra se deslizó en la oscuridad, empuñando una pistola automática, dispuesta a disparar.

Al otro lado de la antesala, la puerta del ascensor se cerraba. Los criminales habían encontrado una salida. Un ascensorista haba acudido a la llamada frenética de los malhechores.

¡La Sombra había avisado abajo y, sin embargo, se había cometido este error!

La Sombra rió sin júbilo. No se podía llamar a ningún otro ascensor ahora; pues probablemente los criminales amenazaron con sus revólveres al ascensorista. Sin embargo, La Sombra no había fracasado.

Tenía motivos para querer que estos hombres viviesen. Conocía que Harry Vincent había caído en las manos de los malhechores. Tan sólo ellos podían indicar el lugar dónde el agente de La Sombra

estaba prisionero.

Si la policía hubiese llegado, capturarían a los fugitivos, pero el fantasma de la noche no contaba con la ayuda de los representantes de la Ley.

Personalmente, emprendería la persecución.

Su elevada figura volvió al cuarto del rincón. Salió por la ventana. No prestó atención a los millares de luces de Manhattan, ni siquiera a la escena del río, donde la motonave Garonic estaba ahora con todas las luces encendidas.

Una batalla furiosa terminaba a bordo del barco. Clipper Hardigan y un puñado de pistoleros saltaban por la baranda de la cubierta a un remolcador, que estaba arrimado al costado del buque.

Alcanzado su objetivo, el jefe de la banda amenazó con el puño a los hombres que se agolpaban en el borde de la cubierta del Garonic. El remolcador se alejaba, fuera ya del alcance de las balas, en dirección al muelle. El jefe de la banda empezó a echar maldiciones al oír unos pitos y ver las luces de unas lanchas a motor que se aproximaban a toda velocidad. Esto era el fin, la canoa de la policía había llegado.

Cargando su vacío revólver, Clipper Hardigan se preparó a luchar. Lanzó una mirada fútil hacia la Torre Yudruth, que se recortaba contra el cielo de Manhattan.

No podía venir ninguna ayuda de allí. Clipper Hardigan ignoraba el motivo.

No vio la diminuta figura de La Sombra, negra en la noche, cuando llegaba a la baranda de la plataforma de observación.

Había varios hombres en aquel círculo. Habían subido a investigar el origen de la misteriosa llamada telefónica hecha desde aquel sitio.

Mientras proyectaban sus luces, la alta figura del fantasma de la noche saltó la baranda. Pasó por entre los detectives y entró en el cuarto, dentro del círculo.

Cuando los detectives llegaron allí un minuto después, se sorprendieron al encontrar cerrada la puerta del ascensor que poco antes dejaron abierta.

Estúpidamente se dieron cuenta de que el hombre que buscaban escapó por allí.

El ascensor se detuvo en la planta baja. La puerta se abrió lentamente. Las personas que entraron en el vestíbulo de la Torre Yudruth, se habían precipitado hacia la puerta a observar los resultados de la confusión en la calle.

La figura sigilosa de La Sombra, se deslizó por el suelo. Atravesó la puerta exterior y se hundió en la oscuridad de la noche, por el costado del edificio, sin ser visto por el grupo que miraba hacia la calle, donde dos policías auxiliaban a un camarada herido.

Una risa cuchicheada sonó fantasmal en la oscuridad. La Sombra se había esfumado. Había terminado con la amenaza de la negrura silenciosa en Manhattan.

Otra misión le esperaba. Debía seguir el rastro de Goldy Tancredo y Hobbs. La Sombra estaba dispuesto para esa tarea.

CAPÍTULO XXVII

LA PERSECUCIÓN TERMINA

UN veloz coche de turismo salió cómo una bala de un garaje, de Manhattan.

El automóvil llevaba tres hombres. Goldy Tancredo manejaba el volante.

Hobbs iba sentado a su lado. Harry Vincent, atado de pies y manos, se hallaba en el asiento trasero.

La capota del vehículo estaba bajada. En la parte posterior del asiento delantero había un poste y, encima de éste, lo que parecía un reflector.

En el momento en que el coche apareció, unos gritos anunciaron su llegada.

Un policía, apostado cerca del garaje, disparó frenéticamente errando el blanco.

Goldy Tancredo y Hobbs habían escapado en un taxi, y amenazando al chofer, Goldy había herido a un policía, un miembro explorador de una patrulla que se aproximaba a la Turre Yudruth. Esto señaló el comienzo de la persecución.

Los dos gangsters habían abandonado el taxi y, entrando en el garaje, recogieron a Harry Vincent, al que tiraron dentro del coche de turismo.

Una sirena sonó cuando una camioneta de la Policía subió vertiginosamente por la calle, en persecución del fugitivo coche de turismo.

Hobbs, con toda calma, oprimió el interruptor del extraño reflector.

Una oscuridad espesa inundó la calle, detrás del coche fugitivo, y envolvió a la camioneta de la Policía. La fuerza de la negrura

silenciosa paró en seco la camioneta. Goldy Tancredo dobló una esquina y penetró velozmente en una amplia avenida.

Otro coche policíaco descendía en dirección opuesta. Del vehículo partieron varios disparos. Hobbs replicó proyectando el rayo negro. El nuevo perseguidor quedó inmovilizado. El coche de turismo continuó su carrera desenfrenada.

Luego se sucedieron una serie de acontecimientos extraños. Hobbs giró el reflector negro de modo que sus rayos se proyectaban hacia delante, arrojando un brazo de negrura que empezaba a unos veinte metros de distancia, delante de los faros del coche de turismo:

No había apenas tráfico en la avenida. Siguiendo una zona de oscuridad, el veloz coche continuaba su carrera vertiginosa sin encontrar nada que le interceptase el paso.

Todos los vehículos quedaban inmovilizados por la poderosa oscuridad.

Goldy Tancredo veía el camino con la ayuda de las luces de sus faros delanteros.

El rayo negro actuó de un modo intermitente a medida que Hobbs oprimía el interruptor, proyectando o cortando el brazo de negrura. Este sistema era eficaz. Veíase cuando se quería la avenida, y al mismo tiempo proyectaba la oscuridad que inmovilizaba a todo lo que encontraba a su paso.

Siguiendo una nueva ruta, Goldy entró en otra avenida y de nuevo tomó rumbo hacia el Norte. Mientras el coche de turismo avanzaba raudo y veloz hacia el río Harlem, sonó la sirena de un coche de la policía.

Una camioneta conteniendo un pelotón de agentes venía detrás. Desde jefatura avisaron que los fugitivos huían en aquella dirección.

Hobbs giró el extraño reflector.

Un brazo de oscuridad pilló al coche policíaco en su espesa negrura. Una vez más se había inmovilizado a un perseguidor. El coche de turismo cruzó como un rayo un puente.

¡El camino estaba libre! Parecía, en efecto, estar despejado; pero cuando el automóvil fugitivo entró en un bulevar iluminado, un nuevo y peligroso enemigo surgió amenazador. Se oyó el zumbido de un potente motor.

¡Un aeroplano de la policía había emprendido la persecución!

Una retahíla de maldiciones salió de los labios de Goldy Tancredo. Arrojó una mirada de desaliento al hombre que iba a su lado. Esto significaba el desastre. Los perseguidores del aire podían sostener la marcha del automóvil.

Podían picar y ametrallar al coche.

Fue Hobbs quien resolvió el problema. El operador de la máquina conocía la potencia del rayo negro. El reflector apuntó hacia arriba. La oscuridad proyectada apagó de repente las luces del biplano que se cernía sobre el automóvil.

El coche de turismo corría a más de ciento treinta kilómetros por hora.

Calculando la velocidad, Hobbs proyectó calmosamente el rayo a una velocidad algo mayor. El aeroplano de la policía quedó envuelto en una amplia zona de negrura.

Con el motor parado, el avión perseguidor se veía reducido a la impotencia.

Cerca del suelo, se ladeó cuando el piloto trató de evitar estrellarse.

Envuelto en la oscuridad, con el motor parado, la situación había llegado a un punto crítico.

El coche de turismo continuó su marcha vertiginosa. Hobbs perdió el foco.

Las luces brillaron cuando el aeroplano quedó libre de la fuerza de la negrura silenciosa. Mas la buena suerte llegó demasiado tarde. El piloto trató de aterrizar en un espacio libre, pero el aeroplano se estrelló al efectuar el aterrizaje tan súbito y brusco.

Harry Vincent, levantando la vista, observó las luces del aeroplano remolineando en la caída final. El agente de La Sombra cerró los ojos.

Ignoraba adónde lo conducían. Se percató de que la última tentativa, realizada para detener al coche fugitivo había fracasado. Helado de frío, olvidó el pasar del tiempo.

Cuando abrió los ojos, encontró que el automóvil se había detenido delante de una casa vieja. Se hallaban en un lugar aislado.

Los secuestradores le sacaron a rastras del automóvil y lo llevaron, dando un rodeo, a la casa, a un edificio bajo, situado en el otro lado.

Cruzaron una puerta, luego Harry se encontró tendido, boca

arriba, en lo que parecía ser una habitación de suelo de piedra.

Una luz se encendió.

El agente de La Sombra distinguió la cara inflada de Goldy Tancredo. No era posible confundir al famoso gangster; la reluciente dentadura de oro indicaba su identidad.

¿Quién era el otro individuo que le acompañaba?

Harry había oído que Goldy llamaba a su compañero por el nombre de Hobbs. El segundo hombre se volvió. ¡Ante su asombro, el joven ayudante de La Sombra observó el rostro pálido de Chalvers!

Como Goldy, el ingeniero sonreía. Harry Vincent se dio cuenta de que el nerviosismo de Chalvers fue fingido.

Comprendía perfectamente ahora el móvil del asesinato de Rolando Furness.

¡Chalvers, poseedor del rayo negro, había juzgado necesario eliminar de una vez a la persona que podría revelar el secreto! Chalvers informó a Goldy:

—Voy a entrar el proyector. Voy a instalarlo en esta azotea. Si alguien viene por aquí, puede resultar útil.

Respondió el gangster:

—No es muy probable: Nos deshicimos de ellos y los hemos despistado. Yo no me preocupo.

No obstante, Chalvers fue a instalar el proyector en la azotea. Goldy Tancredo se quedó mirando ceñudo a Harry Vincent. Al fin, mientras su compinche estaba aun ausente, le dirigió un gruñido hostil.

—Estás trabajando para La Sombra, ¿eh?

Harry no respondió a la pregunta.

Goldy continuó en son de mofa:

—¿Tratas de callarte? Pues bien, ya encontraremos la manera de hacerte “cantar”. Tal vez creas que hemos sido derrotados esta noche. Te equivocas. Hemos perdido a un buen compañero; seguramente atraparon a Clipper Hardigan. Pero el cerebro está aun aquí. Chalvers te tomó el pelo, ¿eh? Es muy listo, y yo también.

Harry continuó mudo. Transcurrieron varios minutos. Chalvers volvió. Los dos malhechores celebraron una conferencia. Goldy se volvió hacia el agente de La Sombra. Dijo:

—Escucha. Vamos a largarnos del país. Te diré adónde nos

dirigiremos: a Londres. Saquearemos el Banco de Inglaterra cuando nuestro rayo negro entre en funciones.

Tras una pausa, continuó:

—¿Crees que te engañamos? De ningún modo. No hay más que una persona que pueda estropearnos la combinación: La Sombra. El sujeto para quien tú trabajas. En consecuencia: escucha nuestra oferta. Habla todo cuanto sabes. Alíate con nosotros y haz creer a La Sombra que te mataremos si intenta entrometerse en nuestros negocios particulares.

“El se mantendrá al margen —añadió—. Si es necesario, para despistar, te daremos de vez en cuando alguna información para que se la facilites. Tienes que despistarlo, para que no se entrometa en nuestras operaciones financieras. Tú recibirás una parte del botín.

Harry Vincent permaneció mudo. Goldy Tancredo observó durante unos minutos el rostro del joven ayudante de La Sombra.

Al fin, el gangster se volvió hacia su compinche. Anunció:

—Este pájaro no quiere “cantar”. Sigue creyendo que La Sombra puede sacarlo de este aprieto. No hay nada que hacer. «Despacha» al menos...

Goldy Tancredo se interrumpió de repente. Su dentadura de oro relució cuando fruncía el ceño. Asió el brazo de Chalvers y el par adoptó una actitud expectante, escuchando.

El motivo de la interrupción llegó de pronto a los oídos de Harry Vincent.

De alguna parte, lejos aun, el runruneo de un motor anunciaba la llegada de lo que no podía ser más que un aeroplano. El zumbido llenó de júbilo a Harry Vincent.

¡Podría significar que La Sombra, el temible vengador, se aproximaba a este lugar!

Mas al asaltarle este pensamiento, no pudo reprimir un gemido. Chalvers había hecho los preparativos para un posible ataque de esta índole.

¡La Sombra entraba dentro del rayo de acción del rayo negro!

CAPÍTULO XXVIII

EL GOLPE FINAL

EN una azotea, debajo de la cual Harry Vincent se encontraba prisionero, Goldy Tancredo y Chalvers estaban de pie, envueltos en una densa oscuridad neblinosa.

Al lado de los dos hombres, estaba el proyector que podía lanzar su temible rayo negro. Goldy Tancredo, gruñendo, miraba con fijeza el cielo mientras el joven ingeniero, representando de nuevo el papel de Hobbs, estaba alerta, presto a utilizar la máquina.

Apuntando hacia el horizonte, Goldy gruñó:

—¡Ahí viene! ¡Prepárate! ¡Cuándo se acerque más, puedes enfocarlo!

Un aeroplano de formas extrañas aparecía visible en los tonos pálidos del alba. Al aproximarse el aparato, mostró unas aletas que giraban como las aspas de un molino.

Aquel avión indicaba quién lo pilotaba.

¡La Sombra llegaba en su autogiro!

Gruñó Goldy:

—Bien. Ese aparato no puede volar con tanta velocidad como el biplano que derribaste. Proyecta el rayo cuando se arrime más. Es La Sombra... Si lo aniquilamos...

El gangster no terminó la frase. Observaba el vuelo del aeroplano y dio a comprender a su compañero que la muerte de La Sombra significaría el fin de todo posible ataque o persecución.

El autogiro continuó aproximándose. Chalvers esperaba. Observó que el piloto buscaba un sitio donde aterrizar.

La Sombra había descubierto la relación que existía entre Chalvers y el rayo.

Sabía que la fuga de los criminales debió terminar allí mismo.

Así el criminal ingeniero esperaba el momento oportuno. El proyector apuntó hacia arriba. Chalvers siguió esperando el momento en que el autogiro se encontrase dentro del radio deseado. El aeroplano pareció detenerse en el aire, no completamente encima del lugar donde los dos malvados esperaban.

—¡Enfócalo ahora! —gritó Goldy—. A ver si se estrella.

El autogiro descendía cuando el gangster dio la orden. A menos de trescientos metros, La Sombra había observado la blancura del edificio enclavado detrás del viejo caserón perteneciente a Chalvers.

¡Clic!

El rayo negro alargó el brazo hacia el cielo. Así como un reflector hiende el aire, este brazo de negrura atravesaba la luz. El autogiro quedó borrado por el círculo de negrura, El runruneo del motor cesó.

Anunció Goldy Tancredo:

—Este es el fin de La Sombra. Ya verás cómo sale de la zona negra, lo mismo que el biplano. Su motor se ha parado.

Los dos bandidos esperaron. Al mirar hacia arriba, no vieron ningún resultado. El autogiro se había perdido en la zona negra. Desapareció como si se hubiese desintegrado dentro de los pliegues de la negrura silenciosa.

Transcurrieron aun varios segundos. Goldy emitió un gruñido de perplejidad al volverse hacia Chalvers. A la tenue luz del alba, junto al rayo negro, el gangster observó de pronto que, en el rostro del ingeniero, aparecía una expresión de comprensión.

Gritó Chalvers:

—¡Desciende dentro de la zona negra del rayo! ¡Se orienta dentro de la negrura! ¡Ese autogiro no necesita ninguna fuerza; Las aletas que lleva resisten al aire!

Exhaló Goldy:

—¿Viene hacia nosotros? ¿Quieres decir... quieres decir que cae en dirección nuestra?

—¡Sí! —chilló Chalvers— ¡No podemos detenerle ahora! Aterrizará... aquí mismo...

Cuando el ingeniero huyó del costado del proyector, una figura surgió de la oscuridad. Las alas y las ruedas descendieron hacia la azotea. El autogiro aterrizó violentamente sobre el proyector del rayo negro.

La máquina crujió bajo el impacto. El rayo negro se extinguió. Chalvers, que no pudo huir a tiempo para ponerse a salvo, quedó aplastado bajo la rueda derecha del autogiro al saltar éste, del aparato que había destrozado.

Goldy volvió a su compañero. Profiriendo un gruñido furioso, sacó su revólver. Vió a una figura vestida de negro saltar por la parte derecha del aeroplano. Disparó aun sabiendo que se enfrentaba con La Sombra.

El gangster erró el tiro al agazaparse en la carlinga del autogiro la figura vestida de negro. Luego, cuando las ruedas balancearon el aparato, Goldy levantó su arma para disparar de nuevo.

Una pistola automática habló antes de que el malhechor oprimiera el gatillo.

La Sombra, recobrándose del violento aterrizaje, había replicado para hacer frente a la amenaza de Goldy Tancredo. Emitiendo un gruñido, el bandido retrocedió tambaleándose y se desplomó sobre la azotea.

La Sombra, alto y siniestro, saltó del autogiro. Se inclinó sobre los cuerpos que intentaron resistirle. Una bala atravesó el corazón de Goldy Tancredo; Chalvers, aplastado por el impacto de las dos ruedas; exhalaba el último aliento.

A través de la niebla que se pegaba al suelo, La Sombra descendió por una abertura que había en la azotea. En la habitación de abajo, encontró a Harry Vincent, atado de pies y manos. Rápidamente cortó las ligaduras, puso en libertad a su ayudante y lo condujo a la azotea.

Acurrucado en la carlinga del autogiro, Harry Vincent apenas podía creer que el rescate se había llevado a cabo de una manera tan súbita. Oyó el zumbido del motor. El autogiro se remontó hacia el cielo.

En lo alto, pareció detenerse. Debajo yacía la blancura de la azotea, visible en la luz creciente del día. Encima de ella yacían dos cadáveres, junto al destrozado proyector del rayo negro.

La negrura silenciosa no volvería a ser proyectado nunca más por los criminales, que yacían muertos junto a la máquina destrozada. El poder del rayo negro había terminado, había sido aniquilado.

Al asestar el golpe final, La Sombra destruyó a los últimos

criminales.

Chalvers, el creador, y Goldy Tancredo, el instigador estaban muertos.

¡El secreto de la negrura silenciosa había sido esclarecido!

¡El rayo negro había sido destruido! ¡Su poder siniestro había sido aniquilado por la fuerza de La Sombra!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN

Título original: *The Black Hush*